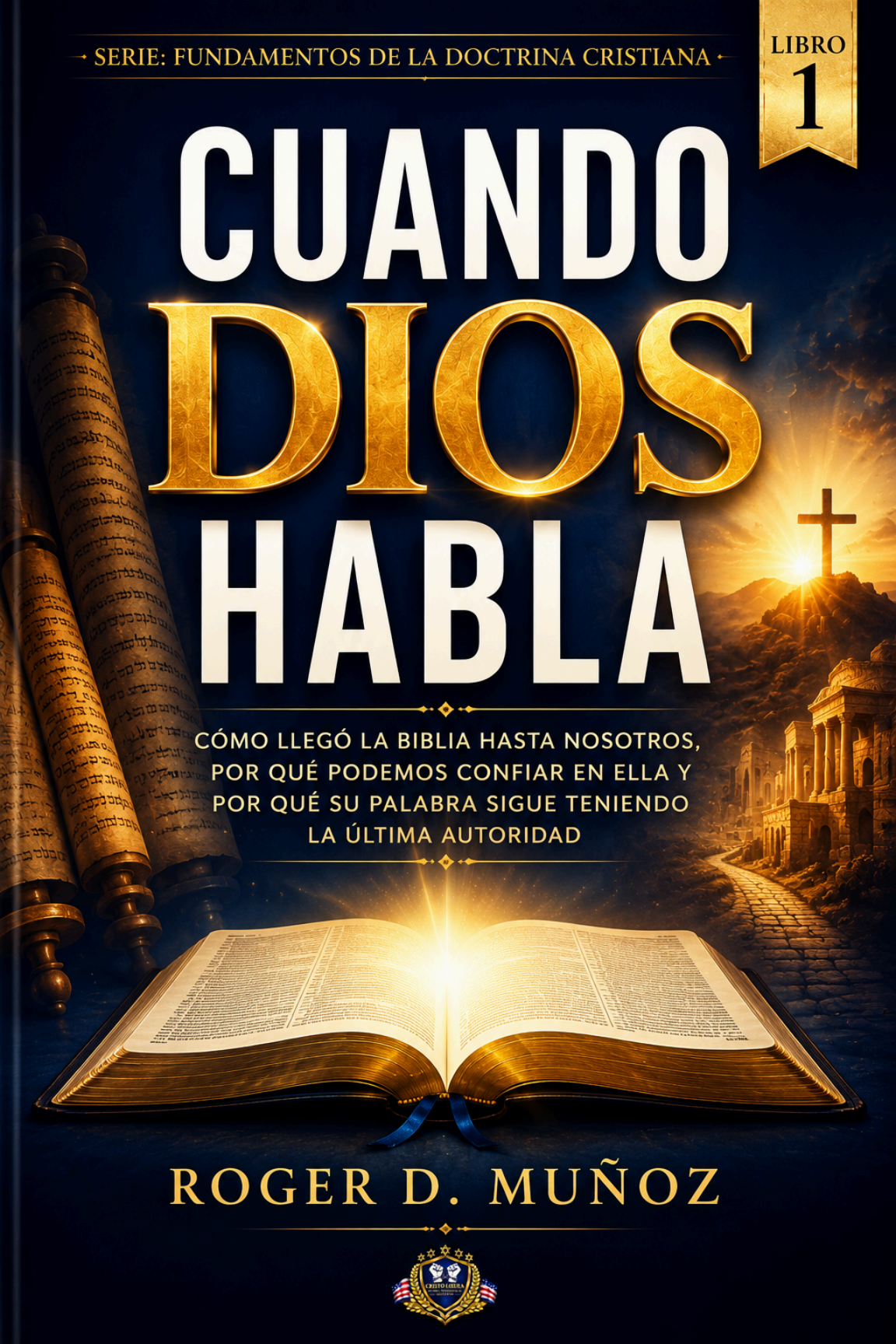
SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

LIBRO 1

CUANDO DIOS HABLA

CÓMO LLEGÓ LA BIBLIA HASTA NOSOTROS, POR QUÉ PODEMOS CONFIAR EN ELLA Y POR QUÉ SU PALABRA SIGUE TENIENDO LA ÚLTIMA AUTORIDAD



ROGER D. MUÑOZ

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA
LIBRO 1

CUANDO DIOS HABLA

Cómo llegó la Biblia hasta nosotros, por qué podemos confiar en ella y por qué su Palabra sigue teniendo la última autoridad

Roger D. Muñoz

Edición digital gratuita

CUANDO DIOS HABLA

Cómo llegó la Biblia hasta nosotros, por qué podemos confiar en ella y por qué su Palabra sigue teniendo la última autoridad

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los diez capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional: www.cristolibera.org

Instituto: www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo 8

Introducción 17

CAPÍTULO 1 DIOS NO PERMANECIÓ EN SILENCIO 22

El Dios que quiso ser conocido

CAPÍTULO 2 CUANDO DIOS HABLÓ POR MEDIO DE HOMBRES 60

Voces humanas llevando un mensaje divino

CAPÍTULO 3 ALIENTO DE DIOS EN PALABRAS HUMANAS 102

¿Qué significa realmente que la Biblia es inspirada?

Contenido · continuación

CAPÍTULO 4 UNA BIBLIOTECA QUE CUENTA UNA SOLA GRAN HISTORIA 133
Muchos libros, una sola dirección

CAPÍTULO 5 ¿QUIÉN DECIDIÓ QUÉ LIBROS PERTENECEN A LA BIBLIA? 162
La pregunta que muchos tienen miedo de hacer

CAPÍTULO 6 EL LARGO VIAJE DE LA PALABRA HASTA NUESTRAS MANOS 186
Una Biblia sobre la mesa y siglos detrás de ella

CAPÍTULO 7 ¿PODEMOS CONFIAR EN LA BIBLIA QUE TENEMOS HOY? 209
La pregunta detrás de la sospecha

CAPÍTULO 8 PREGUNTAS DIFÍCILES Y APARENTES CONTRADICCIONES 231
Cuando la fe se encuentra con preguntas que no puede ignorar

Contenido · continuación

CAPÍTULO 9 CUANDO OTRAS VOCES QUIEREN OCUPAR EL LUGAR DE LA PALABRA 253

La batalla por la última palabra

CAPÍTULO 10 LA PALABRA QUE NO SOLAMENTE INFORMA, SINO QUE TRANSFORMA 262

El peligro de saber mucho y permanecer igual

PROPÓSITO DEL LIBRO

Este libro ha sido escrito para ayudar al creyente a comprender una de las verdades más importantes de la fe cristiana: **Dios ha hablado**.

La Biblia no es simplemente un libro antiguo, una colección de pensamientos religiosos o el registro de las experiencias espirituales de diferentes pueblos. Las Escrituras presentan una afirmación mucho más profunda: el Dios eterno, invisible y soberano decidió darse a conocer al ser humano.

A lo largo de estas páginas, el lector descubrirá cómo Dios se reveló progresivamente en la historia, cómo utilizó autores humanos sin destruir sus personalidades, cómo fueron reconocidos los libros que forman las Escrituras, cómo el texto bíblico atravesó generaciones hasta llegar a nuestras manos y por qué podemos confiar en su mensaje.

Pero el propósito de este libro va más allá de transmitir información.

No basta con saber cómo se formó la Biblia.

No basta con defenderla.

No basta con tenerla en una biblioteca, llevarla a una iglesia o citar algunos de sus versículos.

La pregunta fundamental es otra:

Si Dios ha hablado, ¿estamos dispuestos a escucharlo?

Este libro busca llevar al estudiante desde la comprensión de la revelación hasta una vida sometida a la autoridad de la Palabra de Dios.

Porque cuando Dios habla, algo debe suceder.

PRÓLOGO

Hay momentos en la vida en que necesitamos algo más que una opinión.

Podemos escuchar consejos.

Podemos consultar personas experimentadas.

Podemos leer libros, escuchar conferencias, buscar información y comparar diferentes puntos de vista.

Todo eso puede ser útil.

Pero tarde o temprano llegamos a situaciones en las que las opiniones humanas ya no son suficientes.

Entonces aparece una pregunta mucho más profunda:

¿Qué ha dicho Dios?

Esa pregunta cambia completamente el escenario.

Porque si Dios ha hablado, entonces el ser humano no está condenado a caminar para siempre en medio de la oscuridad.

Si Dios ha hablado, entonces la verdad no depende de una votación.

Si Dios ha hablado, entonces la cultura no tiene la última palabra.

Si Dios ha hablado, entonces mis sentimientos, aunque sean reales, no determinan necesariamente lo que es verdadero.

Si Dios ha hablado, entonces existe una voz por encima de todas las demás voces.

Y si Dios ha hablado, tenemos una responsabilidad:

escuchar.

Una Biblia cerrada

Imagine por un momento una Biblia cerrada sobre una mesa.

Tal vez usted ha tenido una Biblia durante muchos años.

Quizás recibió una cuando era niño. Tal vez alguien se la regaló después de su conversión. Es posible que tenga varias Biblias en diferentes versiones, tamaños y formatos.

Pero deténgase por un instante.

Mire esa Biblia.

Pregúntese:

¿Cómo llegó hasta aquí?

¿Cómo es posible que palabras escritas hace tantos siglos puedan estar hoy delante de nosotros?

¿Quiénes escribieron estos libros?

¿Por qué los escribieron?

¿Cómo sabemos que pertenecen a la Biblia?

¿Quién decidió cuáles libros debían ser incluidos?

¿El texto fue alterado con el paso del tiempo?

¿Podemos confiar verdaderamente en lo que tenemos hoy?

¿La Biblia contiene la Palabra de Dios o es la Palabra de Dios?

¿Tiene la misma autoridad para nosotros que tuvo para las generaciones anteriores?

¿Y qué ocurre cuando la Biblia dice algo diferente de lo que nuestra cultura quiere escuchar?

Estas preguntas son importantes.

No debemos tenerles miedo.

Una fe que nunca puede ser examinada permanece frágil. Pero cuando el creyente conoce el fundamento de lo que cree, deja de depender únicamente de emociones, costumbres o tradiciones heredadas.

Dios pudo haber permanecido en silencio

Hay algo que me impacta profundamente.

Dios no estaba obligado a explicarnos nada.

Piense en eso.

Él es Dios.

Antes de que existieran los océanos, Él ya era Dios.

Antes de que brillara la primera estrella, Él ya existía.

Antes de que hubiera seres humanos haciendo preguntas, Dios ya era eterno, perfecto y completo.

Él no necesitaba al ser humano para ser Dios.

Sin embargo, decidió revelarse.

Decidió hablar.

La historia bíblica es, entre muchas otras cosas, la historia de un Dios que rompe el silencio y se acerca al ser humano.

Habló en la creación.

Habló a los patriarcas.

Habló por medio de los profetas.

Habló en acontecimientos históricos.

Habló mediante palabras que fueron escritas.

Y finalmente, de una manera suprema y definitiva, se reveló en Jesucristo.

La Escritura dice:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”.

Hebreos 1:1-2.

Observe la expresión:

Dios ha hablado.

Ese es el punto de partida de este libro.

Una historia que atravesó generaciones

La Biblia no fue escrita por una sola persona sentada en una habitación durante unos pocos meses.

Su historia es extraordinaria.

Diferentes autores participaron en su escritura.

Vivieron en distintas épocas.

Tuvieron diferentes ocupaciones.

Algunos conocieron palacios.

Otros conocieron desiertos.

Algunos fueron reyes.

Otros fueron profetas.

Hubo pescadores, pastores, líderes, sacerdotes y hombres con diferentes historias personales.

Escribieron en contextos distintos.

Algunos escribieron durante momentos de victoria.

Otros escribieron desde el sufrimiento.

Algunos hablaron a naciones enteras.

Otros enviaron cartas a comunidades específicas o a personas particulares.

Sin embargo, cuando recorremos las Escrituras descubrimos una historia que avanza.

La creación.

La caída.

La promesa.

El pacto.

La redención.

El Mesías.

La cruz.

La resurrección.

La Iglesia.

La consumación final.

Una historia que, a pesar de desarrollarse a través de generaciones, avanza hacia un propósito redentor.

¿Cómo ocurrió esto?

¿Cómo pudo Dios utilizar personas reales, con vocabulario, experiencias y personalidades diferentes, y al mismo tiempo comunicar fielmente su mensaje?

De eso hablaremos.

Cuando todos quieren tener la última palabra

Vivimos en una época llena de voces.

Nunca antes el ser humano había tenido acceso tan rápido a tanta información.

Una persona puede despertar por la mañana y, antes de levantarse de la cama, haber escuchado opiniones de personas que viven en cinco países diferentes.

Todos hablan.

Todos opinan.

Todos publican.

Todos parecen tener una verdad.

Un video dice una cosa.

Otro video dice lo contrario.

Un predicador afirma algo.

Otro lo contradice.

La cultura cambia.

Las definiciones cambian.

Las convicciones cambian.

Incluso dentro de las iglesias pueden surgir confusión, modas doctrinales, interpretaciones extrañas y enseñanzas construidas alrededor de experiencias personales.

En medio de todo ese ruido, la pregunta vuelve a levantarse:

¿Quién tiene la última palabra?

Este libro nace en medio de esa pregunta.

No ha sido escrito solamente para explicar cómo se formó la Biblia. Ha sido escrito para llevarnos nuevamente a reconocer su autoridad.

Porque podemos defender la Biblia intelectualmente y desobedecerla prácticamente.

Podemos afirmar que es inspirada y mantenerla cerrada.

Podemos predicar sobre su autoridad y, al mismo tiempo, construir nuestras decisiones sobre emociones personales.

Podemos citarla cuando confirma lo que queremos y evitarla cuando confronta lo que estamos haciendo.

Por eso, el verdadero desafío no es solamente demostrar que Dios habló.

El verdadero desafío es preguntarnos:

¿Qué haremos con lo que Dios ha dicho?

Ese será nuestro recorrido.

Vamos a caminar por la historia de la revelación.

Vamos a comprender la inspiración.

Vamos a estudiar el canon.

Vamos a conocer cómo las Escrituras llegaron hasta nosotros.

Vamos a enfrentar preguntas difíciles.

Vamos a hablar de confiabilidad.

Vamos a examinar la relación entre la Palabra, la tradición, la experiencia y la cultura.

Y finalmente tendremos que tomar una decisión.

Porque cuando Dios habla, nadie puede permanecer verdaderamente neutral.

Podemos escuchar.

Podemos ignorar.

Podemos obedecer.

Podemos resistir.

Pero su Palabra permanece.

Bienvenido a este recorrido.

Comencemos donde todo debe comenzar:

Dios no permaneció en silencio.

INTRODUCCIÓN

La pregunta que está detrás de todas las demás preguntas

Un hombre puede pasar años preguntándose qué debe hacer con su vida.

Puede preguntarse con quién debe casarse.

Qué profesión debe escoger.

Dónde debe vivir.

Cómo debe administrar su dinero.

Cómo puede superar una crisis.

Cómo puede reconstruir su familia.

Todas esas preguntas son importantes.

Pero detrás de ellas existe una pregunta todavía mayor:

¿Existe una verdad que viene de Dios y que puede orientar mi vida?

Si la respuesta es no, entonces cada persona debe construir su propia verdad.

Pero si la respuesta es sí, todo cambia.

La fe cristiana comienza con una afirmación extraordinaria:

Dios se ha dado a conocer.

No conocemos a Dios porque el ser humano haya logrado escalar intelectualmente hasta alcanzarlo.

Lo conocemos porque Él tomó la iniciativa de revelarse.

Antes de que el hombre buscara respuestas, Dios ya estaba hablando.

Los cielos anunciaban su gloria.

La creación mostraba su poder.

La conciencia humana daba testimonio de una realidad moral.

Pero Dios hizo algo más.

Entró en la historia.

Llamó personas.

Hizo promesas.

Estableció pactos.

Intervino en acontecimientos.

Envió profetas.

Inspiró Escrituras.

Y en el centro de la historia envió a su Hijo.

Por eso, estudiar la doctrina de la Biblia no es simplemente estudiar un libro.

Es estudiar el milagro de la comunicación divina.

Es preguntarnos cómo el Dios infinito se dio a conocer a criaturas finitas.

Es comprender cómo una palabra pronunciada en la historia llegó hasta generaciones que todavía no habían nacido.

Es descubrir por qué hombres y mujeres estuvieron dispuestos a vivir, sufrir y morir sosteniendo las verdades que habían recibido.

No adoramos un libro

Es necesario aclarar algo desde el principio.

Los cristianos no adoramos la Biblia.

Adoramos a Dios.

Pero conocemos quién es Dios, qué ha hecho y cuál es su voluntad porque Él se ha revelado.

La Biblia no ocupa el lugar de Dios.

La Biblia nos conduce al Dios que habla.

Nos muestra al Creador.

Nos revela nuestra condición.

Nos presenta la historia de la redención.

Nos conduce hacia Jesucristo.

Nos enseña cómo vivir.

Nos corrige cuando nos desviamos.

Nos confronta cuando queremos construir un dios según nuestra propia imaginación.

Por eso, despreciar la Palabra mientras afirmamos amar a Dios produce una contradicción.

¿Cómo podemos decir que queremos escuchar a Dios mientras ignoramos lo que Él ya ha dicho?

El peligro de construir un Dios a nuestra medida

El ser humano tiene una tendencia peligrosa.

Cuando no quiere escuchar quién es Dios, comienza a imaginar cómo le gustaría que Dios fuera.

Entonces construye un dios cómodo.

Un dios que nunca confronta.

Un dios que siempre aprueba.

Un dios que piensa exactamente como nosotros.

Un dios que cambia cuando cambia la cultura.

Pero el Dios verdadero no es producto de nuestra imaginación.

No tenemos autoridad para inventarlo.

Necesitamos revelación.

Necesitamos que Él mismo nos diga quién es.

Y aquí comienza nuestro viaje.

No comenzaremos preguntando qué pensamos nosotros acerca de Dios.

Comenzaremos preguntando:

¿Cómo decidió Dios darse a conocer?

Porque antes de estudiar inspiración, canon, manuscritos, transmisión, autoridad o interpretación, debemos comprender la primera gran verdad:

Dios quiso ser conocido.

Y porque quiso ser conocido, habló.

CAPÍTULO 1

DIOS NO PERMANECIÓ EN SILENCIO

El Dios que quiso ser conocido

Imagine por un momento que usted despierta en un lugar completamente desconocido.

No sabe cómo llegó allí.

No conoce el lugar.

No sabe quién lo construyó.

No conoce las reglas.

No sabe hacia dónde debe caminar.

Mira a su alrededor buscando alguna señal que le permita comprender dónde está y qué debe hacer.

Entonces comienza a observar.

Hay caminos.

Hay estructuras.

Hay señales.

Hay huellas.

Todo lo que observa parece indicar que alguien estuvo allí antes que usted.

Pero todavía hay muchas preguntas sin respuesta.

Algo parecido sucede con el ser humano cuando comienza a mirar seriamente la existencia.

Abrimos los ojos y encontramos un universo que ya estaba aquí antes de nosotros.

Nadie nos preguntó si queríamos nacer.

Nadie nos permitió escoger el siglo, el país o la familia en la que llegaríamos al mundo.

Simplemente llegamos.

Y cuando comenzamos a pensar aparecen las grandes preguntas.

¿De dónde viene todo esto?

¿Por qué existe algo en lugar de no existir nada?

¿Quién soy?

¿Por qué estoy aquí?

¿Existe un propósito para mi vida?

¿Por qué dentro de mí existe la sensación de que algunas cosas son correctas y otras incorrectas?

¿Qué ocurre después de la muerte?

¿Existe Dios?

Y si existe, ¿podemos conocerlo?

Estas preguntas han acompañado a la humanidad durante generaciones.

Los seres humanos han construido ciudades, levantado imperios, desarrollado ciencias, explorado océanos y enviado instrumentos al espacio.

Sin embargo, las preguntas fundamentales permanecen.

Podemos descubrir cómo funciona una célula.

Podemos observar galaxias lejanas.

Podemos estudiar el cerebro humano.

Podemos calcular distancias extraordinarias.

Pero existe una pregunta que el ser humano no puede responder completamente por sus propios medios:

¿Quién es Dios?

Para conocer verdaderamente a Dios necesitamos algo más que inteligencia.

Necesitamos que Dios se dé a conocer.

Y esa es la primera gran verdad que debemos comprender:

Dios no permaneció en silencio.

1. Todo comenzó con una iniciativa de Dios

Cuando pensamos en la relación entre Dios y el ser humano, muchas veces imaginamos al hombre buscando desesperadamente a Dios.

Pero la historia bíblica presenta algo diferente.

Antes de que el hombre buscara a Dios, Dios ya había tomado la iniciativa.

La Biblia comienza con estas palabras:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Génesis 1:1.

La Biblia no comienza intentando demostrar la existencia de Dios.

Comienza presentándolo.

En el principio, Dios.

Antes de la creación, Dios.

Antes del ser humano, Dios.

Antes de la historia, Dios.

Antes de nuestras preguntas, Dios.

Y ese Dios eterno decidió crear.

Pero no solamente creó.

También decidió darse a conocer.

La creación misma se convirtió en una primera forma de revelación.

El universo comenzó a hablar sin utilizar palabras humanas.

El cielo habló.

Los mares hablaron.

Las montañas hablaron.

La complejidad de la vida habló.

El orden de la creación habló.

El salmista lo expresó de una manera extraordinaria:

“Los cielos cuentan la gloria de Dios,
y el firmamento anuncia la obra de sus manos”.

Salmo 19:1.

Observe la expresión:

Los cielos cuentan.

No tienen boca.

No utilizan idiomas.

No escriben libros.

Sin embargo, comunican algo.

Cuando el ser humano contempla la creación, está mirando una obra que apunta más allá de sí misma.

Es como entrar a una casa perfectamente diseñada y pensar que nadie la construyó.

Es como observar una pintura y negar que hubo un pintor.

La creación no nos cuenta todo acerca de Dios, pero nos dice algo:

Hay un Creador.

2. Cuando la creación se convierte en una señal

Piense por un momento en una noche despejada.

Usted levanta los ojos.

Observa las estrellas.

Tal vez no conoce sus nombres.

Quizás no entiende las distancias que existen entre ellas.

Pero algo ocurre dentro de usted.

Se siente pequeño.

Muy pequeño.

El rey David tuvo una experiencia semejante.

Él escribió:

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú formaste,
digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,
y el hijo del hombre, para que lo visites?”

Salmo 8:3-4.

David miró hacia arriba y terminó mirando hacia dentro.

Eso es interesante.

La creación produjo una pregunta sobre su propia existencia.

Miró la inmensidad del cielo y preguntó:

¿Quién soy yo en medio de todo esto?

La revelación de Dios en la creación puede producir ese efecto.

Nos saca del centro.

Nos recuerda que no somos los dueños del universo.

Nos confronta con nuestra pequeñez.

Pero también despierta una pregunta:

Si existe un Creador tan poderoso, ¿quién es?

¿Puede conocerme?

¿Tiene un propósito?

¿Puedo acercarme a Él?

La creación despierta la pregunta, pero por sí sola no responde todo.

Podemos mirar una montaña y reconocer poder.

Podemos observar el orden del universo y reconocer sabiduría.

Podemos estudiar la vida y quedar maravillados.

Pero una montaña no puede explicarnos el camino de la salvación.

Las estrellas no pueden contarnos que Jesucristo murió en una cruz.

El océano no puede explicarnos el significado de la gracia.

Para eso necesitamos algo más.

Necesitamos que Dios hable de una manera más específica.

Pero antes de llegar allí, debemos comprender la primera forma en que Dios se da a conocer.

Los teólogos la llaman **revelación general**.

3. La revelación general: Dios dejando huellas

La palabra *revelación* significa, en términos sencillos, descubrir algo que estaba oculto.

Imagine una obra de teatro.

El escenario está cubierto por una cortina.

El público sabe que algo está detrás, pero no puede verlo.

Entonces la cortina se abre.

Lo que estaba oculto queda visible.

De una manera mucho más profunda, cuando hablamos de revelación divina hablamos de la iniciativa de Dios de darse a conocer.

No significa que podamos comprender absolutamente todo acerca de Dios.

Dios es infinito.

Nosotros somos limitados.

Nunca podremos contener completamente al Dios eterno dentro de nuestra mente.

Pero sí podemos conocer verdaderamente aquello que Él ha decidido revelar.

La revelación general es el conocimiento de Dios disponible de manera amplia para la humanidad.

La encontramos principalmente en tres áreas:

la creación, la providencia y la conciencia humana.

Vamos a caminar por ellas.

4. La creación habla

El apóstol Pablo escribió:

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas”.

Romanos 1:20.

Pablo está diciendo algo profundo.

Hay cosas de Dios que no podemos ver directamente con nuestros ojos.

No podemos mirar físicamente su eternidad.

No podemos medir su poder con una máquina.

Sin embargo, la creación muestra señales de su existencia y poder.

Imagine que usted camina por una playa y encuentra una palabra perfectamente escrita sobre la arena.

No pensaría que las olas, durante millones de intentos, produjeron accidentalmente esa palabra.

Inmediatamente pensaría:

Alguien estuvo aquí.

¿Por qué?

Porque el orden comunica inteligencia.

De una manera incomparablemente mayor, el universo presenta orden, leyes, estructuras y condiciones que hacen posible la existencia.

La creación no es Dios.

Esto debemos decirlo claramente.

El cristianismo no enseña que el árbol es Dios, que el sol es Dios o que la naturaleza es Dios.

La creación es obra de Dios.

Existe una diferencia entre el Creador y lo creado.

Podemos admirar la obra sin adorarla.

Podemos estudiar el universo sin convertirlo en una divinidad.

La creación señala al Creador.

Pero el ser humano ha cometido muchas veces el error de detenerse en la señal y olvidar hacia dónde apunta.

Pablo explica que los hombres:

“cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”.

Romanos 1:23.

El problema no fue que la creación no comunicara nada.

El problema fue que el ser humano tomó lo creado y lo colocó en el lugar del Creador.

Y eso continúa sucediendo.

Cuando algo creado ocupa el lugar que solamente pertenece a Dios, aparece la idolatría.

Puede ser una imagen.

Puede ser el dinero.

Puede ser el poder.

Puede ser una persona.

Puede ser incluso uno mismo.

El corazón humano puede fabricar altares con casi cualquier cosa.

5. Dios también se revela en su providencia

Hay otra manera en que podemos percibir la acción de Dios: su providencia.

La providencia habla del cuidado, sostenimiento y gobierno de Dios sobre su creación.

Jesús dijo:

“Vuestro Padre que está en los cielos... hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”.

Mateo 5:45.

Cada mañana, millones de personas despiertan.

Respiran.

Comen.

Reciben luz.

La lluvia cae.

La tierra produce.

La vida continúa.

Muchos nunca se detienen a pensar en ello.

Lo llaman normal.

Pero la Biblia nos enseña a mirar más profundamente.

El apóstol Pablo, hablando a personas que no conocían al Dios verdadero, dijo:

“Si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones”.

Hechos 14:17.

Observe esa frase:

No se dejó a sí mismo sin testimonio.

Dios estaba haciendo bien incluso a personas que no lo reconocían.

Eso es extraordinario.

La bondad de Dios puede rodear a una persona durante años mientras ella permanece inconsciente de su origen.

El aire que respira.

El alimento que recibe.

Las personas que ama.

Las oportunidades.

La capacidad de levantarse después de una caída.

Todo don bueno debe conducirnos a reconocer que no somos autosuficientes.

Sin embargo, debemos tener cuidado.

No toda circunstancia debe interpretarse como un mensaje secreto.

No debemos convertir cada puerta cerrada, cada coincidencia o cada emoción en una revelación doctrinal.

La providencia de Dios es real.

Pero necesitamos la Palabra para interpretar correctamente quién es Dios y cómo debemos responderle.

La experiencia necesita ser examinada por la verdad.

No al contrario.

6. Una voz dentro del ser humano

Hay otra evidencia profundamente interesante.

La conciencia.

En diferentes culturas encontramos personas que poseen algún sentido de responsabilidad moral.

Pueden existir diferencias en muchas normas culturales, pero el ser humano vive con la experiencia de que algunas acciones deben hacerse y otras no.

Sentimos culpa.

Buscamos justicia.

Nos indignamos ante ciertas acciones.

Esperamos que otros sean honestos con nosotros, aunque nosotros mismos a veces no seamos honestos.

Pablo escribió acerca de personas que no tenían la Ley de Moisés:

“Mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia”.

Romanos 2:15.

La conciencia no es perfecta.

Puede ser deformada.

Puede ser endurecida.

Puede ser mal educada.

Por eso la conciencia necesita ser formada por la verdad de Dios.

Pero su existencia señala algo importante.

El ser humano no solamente pregunta:

¿Qué puedo hacer?

También pregunta:

¿Qué debo hacer?

Esa es una pregunta moral.

Y las preguntas morales nos llevan hacia una realidad mayor que nuestras preferencias personales.

Si todo fuera simplemente cuestión de gustos, no podríamos hablar verdaderamente de justicia.

Solamente podríamos decir:

“Eso no me gusta”.

Pero cuando decimos:

“Eso está mal”,

estamos haciendo una afirmación diferente.

Estamos apelando, consciente o inconscientemente, a un estándar.

La Biblia enseña que fuimos creados por un Dios moral y que el ser humano, aunque afectado profundamente por el pecado, todavía conserva evidencias de haber sido creado a imagen de Dios.

7. Pero las huellas no son suficientes

Aquí llegamos a un punto decisivo.

La creación puede mostrarnos que existe un Creador poderoso.

La providencia puede mostrarnos su bondad y cuidado.

La conciencia puede confrontarnos con nuestra responsabilidad moral.

Pero todavía necesitamos respuestas.

¿Cómo es Dios?

¿Cuál es su nombre?

¿Qué espera de nosotros?

¿Por qué existe el mal?

¿Por qué morimos?

¿Cómo puede un pecador reconciliarse con Dios?

¿Qué significa el perdón?

¿Quién es Jesucristo?

¿Por qué murió?

¿Resucitó verdaderamente?

¿Qué debemos hacer para ser salvos?

La creación no responde estas preguntas con suficiente claridad.

Por eso Dios hizo algo más.

Dios habló de maneras específicas.

Aquí entramos en lo que llamamos **revelación especial**.

8. Cuando Dios llamó a personas por su nombre

La Biblia está llena de momentos en los que Dios entra en la historia humana.

No solamente deja señales generales.

Habla.

Llama.

Ordena.

Promete.

Advierte.

Corrige.

Consuela.

Imagine algunas de esas escenas.

Abram está viviendo su vida cuando recibe un llamado:

“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”.

Génesis 12:1.

Moisés está en el desierto.

Han pasado años desde que huyó de Egipto.

Tal vez pensaba que la parte más importante de su historia había quedado atrás.

Entonces una zarza arde.

Dios lo llama:

“¡Moisés, Moisés!”

Éxodo 3:4.

Samuel es todavía joven.

Está acostado cuando escucha su nombre.

“¡Samuel!”

1 Samuel 3:4.

Jeremías recibe una palabra que transforma su comprensión de sí mismo:

“Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué”.

Jeremías 1:5.

Una y otra vez vemos al Dios eterno entrando en la historia de personas reales.

Esto es revelación especial.

Dios dando a conocer verdades que el ser humano no podría descubrir solamente mirando las estrellas.

9. Dios habló en la historia

Algo extraordinario de la fe bíblica es que Dios no se revela únicamente mediante ideas abstractas.

Se revela también actuando en la historia.

Dios llamó a Abraham.

Dios liberó a Israel de Egipto.

Dios estableció pactos.

Dios levantó profetas.

Dios juzgó.

Dios restauró.

Dios prometió un Mesías.

Y en el momento señalado, Jesucristo nació en un lugar y tiempo determinados.

La fe cristiana está conectada con acontecimientos.

Pablo comprendía esto tan claramente que llegó a decir:

“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana”.

1 Corintios 15:17.

Observe la honestidad de esa afirmación.

Pablo no dijo:

“No importa si ocurrió realmente; lo importante es que la historia nos inspire”.

No.

Él conectó la fe con un acontecimiento.

Cristo resucitó.

La revelación bíblica no es solamente información acerca de Dios.

Es Dios actuando y explicando el significado de sus acciones.

10. El Dios que habló por los profetas

Hubo hombres que recibieron una responsabilidad extraordinaria.

Los profetas.

No eran simplemente comentaristas religiosos.

No fueron llamados para decirle al pueblo lo que quería escuchar.

Muchas veces su mensaje era incómodo.

Confrontaban reyes.

Denunciaban injusticias.

Llamaban al arrepentimiento.

Anunciaban juicio.

También proclamaban esperanza.

Una expresión aparece repetidamente:

“Vino palabra de Jehová...”

Jeremías 1:2.

El profeta no se presentaba diciendo:

“Se me ocurrió una idea interesante”.

La autoridad del mensaje estaba en su origen.

Dios había hablado.

Esto no significa que los profetas fueran máquinas.

Cada uno tenía personalidad.

Isaías no escribe exactamente como Jeremías.

Amós no habla como Ezequiel.

Los autores bíblicos conservan vocabulario, experiencias y estilos diferentes.

Sin embargo, Dios obró mediante ellos.

Más adelante estudiaremos cómo la inspiración divina y la participación humana trabajan juntas.

Por ahora debemos comprender algo fundamental:

El Dios de la Biblia es un Dios que se comunica.

11. Y entonces vino el Hijo

Toda la historia de la revelación avanza hacia un momento extraordinario.

Hebreos comienza diciendo:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”.

Hebreos 1:1-2.

Dios había hablado muchas veces.

Había hablado de muchas maneras.

Pero entonces ocurrió algo incomparable.

El Verbo se hizo carne.

Juan escribió:

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”.

Juan 1:14.

Jesucristo no vino solamente a traer información acerca de Dios.

Él reveló al Padre.

Jesús dijo:

“El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Juan 14:9.

Esto no significa que Jesús sea el Padre. La doctrina bíblica distingue al Padre y al Hijo. Significa que en Jesucristo tenemos la revelación perfecta del carácter y la naturaleza de Dios.

¿Quiere saber cómo trata Dios al quebrantado?

Mire a Jesús.

¿Quiere saber cómo responde Dios a la hipocresía religiosa?

Mire a Jesús.

¿Quiere comprender la santidad y la misericordia?

Mire a Jesús.

¿Quiere comprender hasta dónde llegó el amor de Dios por el mundo?

Mire la cruz.

La revelación bíblica alcanza su centro en Cristo.

La Biblia no fue dada para alimentar simplemente nuestra curiosidad religiosa.

Nos conduce hacia Él.

12. De la palabra hablada a la palabra escrita

Entonces aparece otra pregunta.

Si Dios habló a personas específicas en momentos específicos, ¿cómo llegaría ese mensaje a las siguientes generaciones?

La respuesta incluye algo extraordinario:

Dios ordenó que su Palabra fuera escrita.

Después de una victoria de Israel, Dios dijo a Moisés:

“Escribe esto para memoria en un libro”.

Éxodo 17:14.

Más adelante encontramos otra instrucción:

“Escríbete estas palabras”.

Éxodo 34:27.

Isaías recibió esta orden:

“Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre”.

Isaías 30:8.

Jeremías recibió una orden semejante:

“Toma un rollo de libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado”.

Jeremías 36:2.

Observe la intención.

La palabra no debía quedar limitada al momento.

Debía permanecer.

Debía viajar.

Debía llegar a otros.

Personas que todavía no habían nacido podrían escuchar lo que Dios había dicho.

Aquí comienza a abrirse delante de nosotros el camino hacia las Escrituras.

13. Una carta que llegó hasta nosotros

Imagine a un creyente en una iglesia del primer siglo.

No tiene un teléfono.

No puede abrir una aplicación bíblica.

No tiene una biblioteca llena de comentarios.

Un día llega una carta.

La comunidad se reúne.

Alguien comienza a leerla en voz alta.

Quizás era una carta de Pablo.

La carta habla a problemas reales.

Conflictos.

Doctrina.

Matrimonio.

Dones espirituales.

Santidad.

Resurrección.

Los primeros oyentes escucharon esas palabras en un contexto específico.

Pero la carta no terminó allí.

Fue conservada.

Copiada.

Compartida.

Leída en otras comunidades.

Y siglos después, usted abre su Biblia y lee:

“Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios...”

1 Corintios 1:1.

Piense en eso.

Una carta escrita en el mundo antiguo está delante de usted.

No llegó por accidente.

En los próximos capítulos estudiaremos cómo ocurrió ese proceso.

Pero antes debemos reconocer algo:

Dios quiso que su mensaje alcanzara generaciones.

14. Revelación no significa imaginación religiosa

Vivimos en un tiempo en el que la palabra *revelación* se utiliza con mucha facilidad.

Alguien tiene una impresión y dice:

“Dios me reveló”.

Alguien sueña algo y afirma:

“Dios me mostró”.

Alguien siente una emoción intensa y la presenta como una verdad universal.

Debemos ser cuidadosos.

La Biblia enseña que Dios guía, que el Espíritu Santo obra y que debemos ser sensibles a su dirección.

Pero ninguna experiencia personal tiene autoridad para corregir, reemplazar o contradecir las Escrituras.

Esto es especialmente importante en ambientes ministeriales.

Una frase como “Dios me dijo” no debe utilizarse para manipular personas.

No puede emplearse para controlar decisiones ajenas.

No puede convertirse en una manera de evitar el examen bíblico.

El apóstol Juan escribió:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios”.

1 Juan 4:1.

La espiritualidad bíblica no es ingenua.

Examina.

Discierne.

Prueba.

Compara.

La revelación de Dios no nos conduce al desprecio de la Escritura.

El Espíritu Santo no contradice la Palabra que Él mismo inspiró.

15. ¿Por qué Dios decidió hablar?

Podríamos terminar este capítulo hablando solamente de categorías teológicas.

Revelación general.

Revelación especial.

Creación.

Conciencia.

Providencia.

Historia.

Profetas.

Cristo.

Escritura.

Todo eso es necesario.

Pero quiero que vayamos un poco más profundo.

¿Por qué Dios decidió darse a conocer?

La respuesta no puede reducirse a una definición académica.

Dios se revela porque quiere relacionarse con su creación de acuerdo con su propósito.

Desde Génesis vemos a Dios hablando al ser humano.

Después de la caída, cuando Adán y Eva se escondieron, Dios llamó:

"¿Dónde estás tú?"

Génesis 3:9.

Dios sabía dónde estaba Adán.

La pregunta no buscaba información geográfica.

Era una confrontación.

Era un llamado.

El hombre había pecado y se había escondido.

Pero Dios habló.

A través de la historia bíblica encontramos ese movimiento una y otra vez.

El ser humano se desvía.

Dios llama.

El ser humano olvida.

Dios recuerda su pacto.

El ser humano se rebela.

Dios advierte.

El ser humano clama.

Dios responde.

Y finalmente:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...”

Juan 3:16.

La revelación alcanza la redención.

Dios no habló simplemente para aumentar nuestra información.

Habló para mostrarnos quién es, quiénes somos, qué ocurrió con nosotros y qué ha hecho para salvar.

16. El problema nunca fue solamente la falta de información

Aquí debemos ser honestos.

El problema del ser humano no es únicamente que necesita más información.

Si ese fuera todo el problema, bastaría con enseñar más datos.

Pero la Biblia presenta un problema más profundo.

Pablo dice que los hombres:

“Detienen con injusticia la verdad”.

Romanos 1:18.

Eso significa que el problema no es solamente intelectual.

También es moral y espiritual.

Podemos conocer algo y resistirlo.

Podemos escuchar la verdad y rechazarla.

Podemos leer un mandamiento y buscar una explicación que nos permita desobedecerlo.

Esto sucede incluso dentro de las iglesias.

A veces no necesitamos una nueva palabra.

Necesitamos obedecer la que ya conocemos.

A veces decimos:

“Señor, háblame”.

Y quizá la respuesta sería:

“Ya te hablé. Lee, escucha y obedece”.

No estoy diciendo que Dios haya dejado de guiarnos.

Estoy diciendo que nunca debemos utilizar la búsqueda de una dirección personal como excusa para ignorar lo que Dios ya ha establecido claramente en su Palabra.

17. La pregunta personal

Ahora quiero llevar este capítulo a su vida.

Usted ha aprendido que Dios se revela.

Pero la pregunta no puede quedarse en el aula.

Debe llegar al corazón.

¿Estoy dispuesto a escuchar a Dios cuando su Palabra contradice mis deseos?

Esa es una pregunta diferente.

Es fácil decir que creemos en la Biblia cuando estamos leyendo una promesa que nos consuela.

Pero ¿qué ocurre cuando encontramos una corrección?

¿Qué hacemos cuando la Palabra confronta una relación?

¿Una actitud?

¿Una práctica?

¿Una ambición?

¿Una doctrina que hemos repetido durante años?

¿Estamos dispuestos a cambiar?

La verdadera autoridad de la Escritura no se demuestra solamente con declaraciones doctrinales.

Se demuestra cuando permitimos que la Palabra tenga la última palabra.

Jesús hizo una pregunta que sigue siendo necesaria:

"¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?"

Lucas 6:46.

Es posible utilizar lenguaje religioso y resistir la autoridad de Dios.

Por eso este libro no quiere producir solamente estudiantes que sepan explicar la revelación.

Queremos creyentes que escuchen.

18. Dios todavía está siendo ignorado

Tenemos más acceso a la Biblia que muchas generaciones anteriores.

Podemos tenerla impresa.

En teléfonos.

En computadoras.

En audio.

En diferentes traducciones.

Podemos buscar una palabra en segundos.

Comparar pasajes.

Escuchar enseñanzas.

Sin embargo, tener acceso no significa escuchar.

Una Biblia abierta puede transformar una vida.

Una Biblia cerrada puede permanecer durante años como decoración.

Pero existe algo todavía más peligroso:

leer la Biblia sin permitir que nos gobierne.

Podemos estudiar para predicar a otros y nunca permitir que el texto nos examine.

Podemos buscar versículos para ganar discusiones.

Podemos aprender términos teológicos y mantener un corazón orgulloso.

La Palabra fue dada para ser creída, obedecida, enseñada y vivida.

Santiago escribió:

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”.

Santiago 1:22.

El autoengaño espiritual puede ocurrir mientras escuchamos sermones.

Podemos confundir exposición con transformación.

Podemos pensar que, porque conocemos una verdad, ya vivimos de acuerdo con ella.

Pero conocer y obedecer no son lo mismo.

19. Antes de continuar

En los próximos capítulos vamos a entrar en preguntas profundas.

¿Cómo habló Dios mediante autores humanos?

¿Qué significa inspiración?

¿Escribieron como máquinas o participaron realmente con sus capacidades y personalidades?

¿Cómo se formó el canon?

¿Por qué tenemos estos libros y no otros?

¿Cómo fueron copiados los textos?

¿Podemos confiar en ellos?

¿Qué hacemos con las preguntas difíciles?

¿Quién tiene autoridad cuando la cultura y la Escritura entran en conflicto?

Pero antes de entrar en esos temas, necesitábamos establecer el fundamento:

Dios no permaneció en silencio.

La creación habla de su poder.

La providencia muestra su cuidado.

La conciencia señala nuestra responsabilidad.

La historia registra sus actos.

Los profetas transmitieron su palabra.

El Hijo reveló al Padre.

Las Escrituras preservaron el mensaje para las generaciones.

Y ahora la pregunta está delante de nosotros.

No es solamente:

¿Ha hablado Dios?

La pregunta también es:

¿Estoy escuchando?

REFLEXIÓN FINAL

Imagine nuevamente aquella Biblia cerrada sobre la mesa.

Después de este capítulo, quizás la mire de manera diferente.

Ese libro tiene una historia.

Antes de llegar a sus manos hubo generaciones que escucharon, escribieron, copiaron, preservaron, tradujeron, enseñaron y transmitieron.

Pero detrás de toda esa historia existe una realidad todavía mayor:

Dios quiso ser conocido.

El Dios eterno no permaneció distante.

Habló.

Y cada vez que abrimos las Escrituras debemos acercarnos con humildad.

No estamos entrando simplemente en un documento antiguo.

Estamos acercándonos al testimonio escrito de la revelación de Dios y a la historia de su obra redentora, cuyo centro es Jesucristo.

Por eso, antes de avanzar, hagamos una oración sencilla:

Señor, si has hablado, enséñame a escuchar.
Si estoy equivocado, corrígeme.
Si estoy confundido, guíame.
Si he colocado otras voces por encima de tu Palabra, ayúdame a volver.
Dame un corazón humilde para conocer la verdad, valentía para obedecerla y fidelidad para transmitirla a otros.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo entraremos en una pregunta fascinante:

¿Cómo pudo el Dios eterno hablar por medio de hombres reales, con historias, personalidades y estilos diferentes, y al mismo tiempo comunicar fielmente su Palabra?

Ese será nuestro siguiente paso:

CAPÍTULO 2

CUANDO DIOS HABLÓ POR MEDIO DE HOMBRES

Voces humanas llevando un mensaje divino

Imagine por un momento que usted hubiera vivido en los días del profeta Jeremías.

La nación atraviesa una crisis.

Los dirigentes políticos toman decisiones equivocadas.

La injusticia se ha extendido.

La idolatría ha entrado en el corazón del pueblo.

Los líderes religiosos continúan realizando actividades, pero muchas personas se han alejado verdaderamente de Dios.

Hay sacerdotes.

Hay ceremonias.

Hay sacrificios.

Hay palabras religiosas.

Pero también hay corrupción, mentira, opresión e hipocresía.

Entonces aparece un hombre con un mensaje incómodo.

No llega prometiendo prosperidad inmediata.

No dice que todo está bien.

No confirma lo que la gente quiere escuchar.

Jeremías advierte.

Confronta.

Llora.

Suplica.

Anuncia consecuencias.

Llama al arrepentimiento.

Muchos no quieren escucharlo.

Otros lo consideran peligroso.

Algunos quieren silenciarlo.

Y en medio de aquella situación ocurre algo extraordinario.

Dios le dice:

“Toma un rollo de libro, y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel y contra Judá, y contra todas las naciones”.

Jeremías 36:2.

Jeremías llama a Baruc.

Comienza a dictar.

Baruc escribe.

Piense en la escena.

Un hombre habla.

Otro escribe.

Hay tinta.

Hay un rollo.

Hay palabras humanas que pueden escucharse.

Hay manos humanas participando.

Y, sin embargo, detrás de aquel proceso está Dios comunicando su mensaje.

Aquí aparece una de las preguntas más fascinantes de toda la doctrina de las Escrituras:

¿Cómo habló Dios por medio de seres humanos?

Porque la Biblia fue escrita por personas reales.

Personas con historia.

Con personalidad.

Con vocabulario.

Con emociones.

Con experiencias.

Con diferentes niveles de educación.

Con distintas ocupaciones.

Y, sin embargo, la Iglesia reconoce las Escrituras como Palabra de Dios.

¿Cómo debemos entender esto?

Para responder, tenemos que acercarnos a los autores bíblicos.

No como nombres impresos en una página.

Sino como hombres reales que vivieron, caminaron, sufrieron, investigaron, recordaron, escribieron y fueron usados por Dios.

1. Dios pudo haber escrito toda la Biblia directamente, pero escogió utilizar personas

Pensemos en algo.

Dios no necesitaba autores humanos.

El Dios que creó el universo no tiene limitaciones.

En el relato bíblico encontramos un momento extraordinario en el que las tablas del testimonio son descritas como escritas por Dios.

Éxodo dice:

“Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas”.

Éxodo 32:16.

Dios podía actuar directamente.

Sin embargo, cuando observamos el conjunto de las Escrituras descubrimos que, en su soberanía, decidió utilizar autores humanos.

Dios habló a Moisés.

Moisés escribió.

Dios llamó a profetas.

Los profetas proclamaron y escribieron.

Los salmistas expresaron adoración, dolor, arrepentimiento, preguntas y esperanza.

Los evangelistas narraron la vida y obra de Jesús.

Los apóstoles escribieron cartas a iglesias que enfrentaban problemas reales.

Dios decidió que su Palabra llegara a nosotros mediante palabras humanas.

Esto es importante porque algunas personas imaginan la inspiración de una manera demasiado mecánica.

Piensan que los autores bíblicos entraban en una especie de estado inconsciente, perdían completamente su personalidad y funcionaban como instrumentos sin participación real.

Pero cuando leemos la Biblia, eso no es lo que encontramos.

Encontramos diversidad.

Moisés no escribe exactamente como David.

David no escribe como Salomón.

Isaías no escribe como Amós.

Jeremías no escribe como Ezequiel.

Lucas no narra exactamente como Marcos.

Pablo no escribe como Juan.

Hay diferencias.

Y esas diferencias no son un problema.

Son parte de la manera extraordinaria en que Dios decidió comunicarse.

2. Un pastor, un rey, un médico y un pescador

Imagine que reunimos en una misma habitación a varios autores bíblicos.

Colocamos a Moisés.

David.

Amós.

Lucas.

Pedro.

Pablo.

¿Qué conversación tendrían?

Sus historias son muy diferentes.

Moisés conoció el ambiente de Egipto y después el desierto.

David conoció los campos, las ovejas, la persecución, la guerra y el palacio.

Amós trabajaba en un contexto muy diferente y declaró:

“No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y recojo higos silvestres”.

Amós 7:14.

Lucas era médico.

Pablo había recibido una formación rigurosa dentro del judaísmo.

Pedro era pescador.

Dios no eliminó esas historias.

Las utilizó.

Cuando David escribe:

“Jehová es mi pastor; nada me faltará”.

Salmo 23:1,

esas palabras salen de un hombre que conocía el trabajo de un pastor.

David sabía lo que significaba cuidar.

Buscar.

Defender.

Guiar.

Llevar a las ovejas hacia lugares de alimento y agua.

La experiencia no creó la verdad divina, pero Dios utilizó el mundo que David conocía para comunicarla.

Cuando Pablo utiliza imágenes relacionadas con soldados, atletas, carreras, armaduras y cuerpos, encontramos a un autor capaz de conectar la verdad con imágenes comprensibles para sus lectores.

Cuando Lucas comienza su Evangelio, explica que investigó cuidadosamente.

Él escribe:

"Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden".

Lucas 1:3.

Deténgase allí.

Lucas investigó.

Eso es importante.

La inspiración divina no anuló la investigación humana.

Dios podía utilizar memoria.

Testimonio.

Documentos.

Observación.

Investigación.

Experiencia.

Personalidad.

Vocabulario.

Todo bajo su propósito soberano.

La participación humana no elimina la acción divina.

Y la acción divina no elimina la realidad humana.

3. Moisés frente a la responsabilidad de escribir

Pensemos en Moisés.

Su historia comenzó bajo amenaza.

Un niño hebreo en una época en la que los niños varones de su pueblo estaban en peligro.

Fue colocado en una arquilla.

Creció en circunstancias extraordinarias.

Conoció Egipto.

Después conoció el exilio.

Pasó años en el desierto.

Y un día, frente a una zarza que ardía sin consumirse, escuchó su nombre:

“¡Moisés, Moisés!”

Éxodo 3:4.

La vida de aquel hombre cambió.

Después vendrían confrontaciones con Faraón.

Plagas.

La Pascua.

La salida de Egipto.

El mar.

El desierto.

El monte.

La Ley.

Las rebeliones.

Los juicios.

La misericordia.

Y en diferentes momentos aparece la orden de escribir.

“Y Moisés escribió todas las palabras de Jehová”.

Éxodo 24:4.

Moisés no fue solamente testigo de acontecimientos.

También recibió la responsabilidad de preservar palabras para las generaciones.

Imagine el peso de esa tarea.

No estaba escribiendo simplemente sus memorias personales.

La historia del pueblo debía recordar.

Las futuras generaciones debían conocer.

Los hijos que todavía no habían nacido escucharían lo que Dios había hecho.

Aquí encontramos una dimensión fundamental de la Escritura:

Dios habla en la historia y hace que su verdad sea preservada para quienes vienen después.

La generación que salió de Egipto moriría.

Pero la Palabra permanecería.

Los testigos pasarían.

Pero el testimonio escrito continuaría hablando.

4. Cuando un profeta no quería hablar

Ahora piense en Jeremías.

Cuando Dios lo llamó, no respondió con entusiasmo inmediato.

Dijo:

"¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño".

Jeremías 1:6.

Jeremías se sentía insuficiente.

Pero Dios le respondió:

"No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande".

Jeremías 1:7.

Aquí vemos algo esencial.

El mensaje profético no surgía simplemente de la creatividad del profeta.

Había una comisión.

Había una palabra recibida.

Había una responsabilidad.

Pero Jeremías continuó siendo Jeremías.

Leemos su libro y encontramos lágrimas.

Dolor.

Preguntas.

Lamentos.

Conflictos interiores.

Hubo momentos en que el peso del ministerio fue tan fuerte que quiso callar.

Él dijo:

“No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre”.

Pero inmediatamente explicó lo que ocurría dentro de él:

“Había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude”.

Jeremías 20:9.

Qué escena tan humana.

El profeta está cansado.

Está herido.

Quiere callar.

Pero la palabra arde dentro de él.

Dios no convirtió a Jeremías en una máquina sin emociones.

Lo utilizó en medio de su humanidad.

Eso debe enseñarnos algo.

La inspiración bíblica no significa ausencia de personalidad.

Significa que Dios, por medio de su Espíritu, obró en autores reales para comunicar lo que quiso comunicar.

5. La voz de Dios no sonaba igual en todos los escritores

Si usted lee Isaías y después lee Amós, notará diferencias.

Si lee Proverbios y luego Apocalipsis, encontrará formas literarias diferentes.

Si pasa de Levítico a Salmos, la experiencia de lectura cambia.

¿Por qué?

Porque la Biblia contiene diferentes géneros y estilos.

Hay narración histórica.

Ley.

Poesía.

Sabiduría.

Profecía.

Evangelios.

Cartas.

Literatura apocalíptica.

Esto tiene enormes consecuencias para la interpretación.

No debemos leer un proverbio exactamente de la misma manera que una narración histórica.

No debemos interpretar una imagen poética como si fuera necesariamente una descripción científica literal.

No debemos tomar una visión apocalíptica y tratar cada símbolo sin considerar el género literario.

Dios habló mediante palabras humanas verdaderas, y esas palabras llegaron en formas literarias reales.

Por eso estudiar la Biblia exige humildad.

No basta con abrirla al azar, tomar una frase y darle el significado que nosotros queramos.

Debemos preguntar:

¿Quién escribió?

¿A quién?

¿En qué contexto?

¿Qué estaba ocurriendo?

¿Qué tipo de literatura estoy leyendo?

¿Qué quiso comunicar el autor?

¿Cómo se relaciona este texto con el resto de la revelación bíblica?

Estas preguntas no debilitan la espiritualidad.

La protegen.

Porque una persona puede tener mucha emoción y, al mismo tiempo, interpretar mal un texto.

6. Lucas investigó antes de escribir

Volvamos a Lucas.

Su introducción es extraordinaria porque nos permite mirar, aunque sea parcialmente, el proceso humano de composición.

Él escribe:

“Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas... me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden”.

Lucas 1:1,3.

Lucas investigó con diligencia.

No dijo:

“Cerré los ojos, esperé y de repente apareció todo el Evangelio delante de mí”.

Investigó.

Escuchó.

Organizó.

Escribió.

Y lo hizo con un propósito:

“Para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido”.

Lucas 1:4.

Esto nos ayuda a comprender que la obra del Espíritu Santo puede incluir procesos humanos responsables.

A veces existe una falsa idea de espiritualidad que desprecia la preparación.

Algunas personas piensan que investigar demuestra falta de fe.

Que estudiar apaga al Espíritu.

Que preparar cuidadosamente una enseñanza significa depender de la mente y no de Dios.

Lucas demuestra lo contrario.

Un hombre guiado por Dios pudo investigar con diligencia.

La dependencia del Espíritu Santo no es enemiga de la responsabilidad.

Orar y estudiar no son adversarios.

La unción no justifica la negligencia.

Un ministro puede orar profundamente y estudiar seriamente.

Debe hacerlo.

7. Pablo escribió a problemas reales

Ahora entremos en una iglesia del primer siglo.

Corinto.

La iglesia tiene dones.

Tiene actividad.

Pero también tiene problemas.

Divisiones.

Conflictos.

Inmoralidad.

Pleitos.

Confusión sobre matrimonio.

Preguntas acerca de alimentos.

Desorden en las reuniones.

Competencia alrededor de los dones.

Confusión acerca de la resurrección.

Pablo escribe.

No escribe un tratado abstracto desconectado de la vida.

Responde a situaciones reales.

Eso significa que cuando leemos 1 Corintios estamos leyendo una carta nacida en un contexto.

Pero, al mismo tiempo, la enseñanza trasciende aquel contexto.

La iglesia de Corinto ya no existe en la misma forma.

Pero las iglesias todavía pueden dividirse.

Los creyentes todavía luchan con orgullo.

La inmoralidad continúa siendo una realidad.

Los dones espirituales todavía requieren orden.

La resurrección continúa siendo fundamental para la fe cristiana.

Una carta dirigida originalmente a personas específicas fue preservada y reconocida como Escritura para la Iglesia.

Esto nos enseña algo importante:

La Palabra de Dios entró en situaciones concretas sin quedar prisionera de ellas.

Fue escrita en la historia, pero continúa hablando a través de las generaciones.

8. Cuando Pedro habló de las cartas de Pablo

Existe un pasaje muy interesante.

Pedro escribe acerca de Pablo y dice:

“Como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas”.

Luego añade que algunas personas tuercen sus escritos:

“Como también las otras Escrituras”.

2 Pedro 3:15-16.

Esa expresión es significativa.

Pedro coloca los escritos de Pablo en una relación muy seria con “las otras Escrituras”.

Esto nos permite ver que ya dentro del período apostólico existía conciencia de la autoridad especial de determinados escritos.

No todo lo que un apóstol dijo mientras conversaba quedó registrado como Escritura.

No toda carta escrita por una persona en el mundo antiguo era inspirada.

La Iglesia tuvo que reconocer aquellos escritos que poseían autoridad apostólica y correspondían a la verdad recibida.

Más adelante estudiaremos cuidadosamente el canon.

Por ahora, observemos el proceso:

Dios actuó.

Cristo vino.

Los apóstoles fueron testigos.

El evangelio fue proclamado.

Se escribieron Evangelios y cartas.

Las iglesias recibieron, leyeron, compartieron y conservaron esos escritos.

La historia de la Biblia tiene movimiento.

No apareció como un libro encuadernado descendiendo del cielo.

Dios obró dentro de la historia.

9. El Espíritu Santo y los autores humanos

Llegamos ahora a una pregunta central.

¿Qué papel tuvo el Espíritu Santo?

Pedro escribió:

“Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

2 Pedro 1:21.

La expresión traducida como “siendo inspirados” comunica la idea de ser llevados o impulsados.

Piense en una embarcación movida por el viento.

La embarcación es real.

El marinero es real.

Pero existe una fuerza que conduce el movimiento.

La ilustración no debe llevarse demasiado lejos, pero puede ayudarnos a comprender la idea básica.

Los autores bíblicos hablaron y escribieron.

Pero detrás del proceso estaba la acción del Espíritu Santo.

No fue simplemente voluntad humana.

No fue una colección de opiniones religiosas que después la Iglesia decidió convertir en Palabra de Dios.

La iniciativa y supervisión divina son fundamentales.

Al mismo tiempo, los escritores no desaparecen.

Pedro utiliza un lenguaje.

Pablo utiliza otro.

Juan tiene formas de expresión reconocibles.

Lucas investiga y organiza.

David escribe poesía.

Salomón presenta sabiduría.

Dios utilizó seres humanos sin permitir que su propósito de revelación quedara frustrado.

En el próximo capítulo entraremos más profundamente en esta verdad cuando estudiemos la inspiración.

Pero desde ahora debemos mantener juntas dos realidades:

La Biblia es verdaderamente Palabra de Dios y fue verdaderamente escrita por autores humanos.

No debemos escoger una realidad y destruir la otra.

10. Dios utilizó incluso las heridas y los procesos de sus siervos

Hay algo profundamente cercano en las Escrituras.

Los autores no escribieron desde vidas artificiales.

Conocieron el dolor.

David conoció persecución.

Jeremías conoció rechazo.

Job conoció sufrimiento.

Pablo conoció oposición, prisión, golpes y abandono.

Pedro conoció la vergüenza de haber negado a Jesús y la gracia de ser restaurado.

Cuando estos hombres escribieron, no lo hicieron desde una burbuja.

Habían caminado.

Habían llorado.

Habían fallado.

Habían sido corregidos.

Habían visto la fidelidad de Dios.

Esto no significa que la experiencia personal sea la fuente de la verdad.

La fuente es Dios.

Pero Dios puede utilizar la historia de una persona para comunicar su verdad de una manera profundamente humana.

Pensemos en Pedro.

Una noche dijo:

“Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”.

Mateo 26:33.

Horas después negó a Jesús.

Más tarde fue restaurado.

Años después escribió:

“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”.

1 Pedro 5:5.

Cuando Pedro escribió sobre humildad, no estaba jugando con una teoría.

Había conocido el peligro de confiar demasiado en sí mismo.

Había caído.

Había llorado.

Había sido restaurado.

La verdad era de Dios.

Pero pasó a través de un hombre cuya vida había sido trabajada.

Esto también debe hablar a quienes sirven.

Dios no solamente quiere usar nuestra boca.

Quiere trabajar nuestro carácter.

11. La personalidad no es enemiga de la inspiración

Algunas personas creen que, para ser utilizado por Dios, uno debe perder completamente su individualidad.

Pero observe la Biblia.

Dios no convirtió a todos los autores en una sola personalidad.

La diversidad permanece.

Eso nos enseña algo sobre la manera de obrar de Dios.

El Señor puede utilizar diferentes temperamentos.

Diferentes historias.

Diferentes capacidades.

Diferentes formas de comunicar.

El problema comienza cuando la personalidad quiere colocarse por encima de la verdad.

Pero la personalidad sometida a Dios puede convertirse en instrumento.

Esto también es importante para la predicación.

Un predicador no necesita imitar la voz de otro.

No necesita copiar sus movimientos.

No necesita utilizar las mismas frases.

No necesita convertirse en una reproducción artificial de alguien a quien admira.

Dios puede usar su personalidad.

Pero esa personalidad debe estar sometida a la verdad bíblica y formada por el carácter de Cristo.

Los autores bíblicos fueron diferentes.

El mensaje, sin embargo, avanza dentro de una unidad redentora.

12. Cuando el mensajero quiere cambiar el mensaje

Aquí aparece un peligro.

Todo mensajero enfrenta la tentación de modificar el mensaje para hacerlo más aceptable.

Esto no es nuevo.

En los días de los profetas existían personas que decían lo que el pueblo quería escuchar.

Jeremías enfrentó esa situación.

Mientras él advertía acerca del juicio, otros proclamaban paz.

Dios dijo:

“Curan la herida de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz”.

Jeremías 6:14.

Qué imagen tan fuerte.

Una herida profunda tratada superficialmente.

El problema del falso mensaje no es solamente que contiene palabras equivocadas.

También puede impedir que una persona reconozca su verdadera condición.

Si un médico encuentra una enfermedad grave y dice al paciente que todo está bien para no preocuparlo, no está mostrando amor.

La verdad puede ser incómoda, pero es necesaria.

El mensajero fiel no tiene autoridad para modificar la Palabra de Dios con el propósito de obtener aceptación.

Esto debe ser recordado por cada pastor, maestro, evangelista y líder.

No somos dueños del mensaje.

Somos administradores.

13. La diferencia entre explicar la Palabra y utilizarla

Existe una diferencia enorme entre explicar un texto y utilizar un texto.

Permítame explicarlo.

Una persona puede comenzar con una idea propia y después buscar un versículo que parezca apoyarla.

Eso es utilizar la Biblia.

Otra persona puede acercarse al texto, estudiar su contexto, comprender lo que comunica y someter su mensaje a esa verdad.

Eso es diferente.

El predicador fiel no pregunta primero:

"¿Qué quiero decir?"

Pregunta:

"¿Qué dice el texto?"

Después:

“¿Qué significa?”

Luego:

“¿Cómo se aplica fielmente a quienes escuchan?”

Cuando invertimos ese proceso, podemos hacer que la Biblia parezca decir casi cualquier cosa.

Y allí comienza el peligro.

Las Escrituras han sido utilizadas para justificar decisiones, ambiciones, abusos y doctrinas que no nacieron realmente del texto.

Por eso necesitamos aprender a escuchar antes de hablar.

El ministro de la Palabra debe ser primero discípulo de la Palabra.

14. Los autores escribieron para ser comprendidos

Aunque existen pasajes difíciles, los autores bíblicos escribieron para comunicar.

Pablo esperaba que sus cartas fueran leídas.

Él dijo:

“Os conjuro por el Señor, que esta carta se lea a todos los santos hermanos”.

1 Tesalonicenses 5:27.

A los colosenses les escribió:

“Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses”.

Colosenses 4:16.

Las cartas circulaban.

Se leían.

Se escuchaban en comunidad.

Esto es importante porque a veces algunas personas presentan la Biblia como un código secreto que solamente individuos especiales pueden descifrar.

Es verdad que necesitamos estudiar.

Es verdad que algunos pasajes son complejos.

Es verdad que maestros preparados pueden ayudarnos enormemente.

Pero la Escritura no fue dada para crear una clase de personas que monopolice la verdad.

Fue dada al pueblo de Dios.

El creyente debe crecer en su capacidad de leerla, comprenderla y vivirla.

Por eso la enseñanza bíblica es tan importante.

El maestro no debe crear dependencia enfermiza.

Debe ayudar al estudiante a conocer mejor la Palabra.

15. La memoria también fue utilizada

Pensemos en los Evangelios.

Los discípulos caminaron con Jesús.

Escucharon enseñanzas.

Vieron milagros.

Presenciaron confrontaciones.

Vivieron momentos que jamás olvidarían.

Jesús prometió la obra del Espíritu Santo:

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”.

Juan 14:26.

La memoria apostólica no quedó abandonada a sí misma.

Había una obra del Espíritu Santo relacionada con el testimonio de Cristo.

Los apóstoles no anunciaban una filosofía que habían inventado después.

Proclamaban acontecimientos de los cuales daban testimonio.

Juan escribió:

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos... eso os anunciamos”.

1 Juan 1:1,3.

Escucharon.

Vieron.

Contemplaron.

Tocaron.

Y anunciaron.

La fe cristiana está profundamente conectada con el testimonio acerca de Jesucristo.

16. ¿Significa esto que comprendieron todo inmediatamente?

No.

Y eso hace que los Evangelios sean profundamente honestos.

Los discípulos muchas veces no entendieron.

Jesús enseñaba y ellos discutían acerca de quién era el mayor.

Jesús hablaba de sufrimiento y Pedro quería corregirlo.

Jesús anunció su muerte y resurrección, pero ellos no comprendieron plenamente.

Después de la resurrección, muchas cosas adquirieron una nueva claridad.

Esto nos enseña que la revelación bíblica tiene también un desarrollo progresivo.

Dios fue dando a conocer su propósito a través de la historia.

La promesa en Génesis abre un camino.

Los pactos añaden claridad.

Los profetas anuncian.

Las figuras y sombras preparan.

Cristo viene.

Los apóstoles proclaman y explican el significado de su obra.

No debemos tomar una etapa temprana de la revelación y estudiarla como si todo hubiera sido revelado ya con la misma claridad.

La Biblia es una historia que avanza.

Y su centro es Cristo.

17. Cristo abrió las Escrituras

Después de la resurrección, dos discípulos caminaban hacia Emaús.

Estaban confundidos.

Habían visto morir a Jesús.

Tenían información acerca del sepulcro vacío, pero todavía no comprendían.

Jesús se acercó.

Y Lucas relata:

"Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían".

Lucas 24:27.

Qué conversación debió ser aquella.

Imagine caminar mientras Jesús explica las Escrituras.

Moisés.

Los profetas.

Las promesas.

Las figuras.

La esperanza mesiánica.

Todo comenzando a conectarse.

Más tarde ellos dijeron:

"¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?"

Lucas 24:32.

Observe el orden.

Jesús abrió las Escrituras.

Y el corazón ardió.

Necesitamos ambas cosas.

Verdad y fuego.

Palabra y vida.

Comprensión y transformación.

El problema aparece cuando buscamos fuego sin verdad o información sin transformación.

La verdadera formación bíblica necesita mente y corazón bajo el señorío de Cristo.

18. Dios habló por hombres, pero la gloria pertenece a Dios

Cuando una persona es utilizada por Dios, existe una tentación peligrosa.

Comenzar a creer que el instrumento es la fuente.

Pero no lo es.

Pablo dijo:

“Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”.

2 Corintios 4:7.

Vasos de barro.

Qué descripción.

El tesoro es extraordinario.

El recipiente es frágil.

Esto protege al ministro de dos errores.

El primero es el orgullo.

El segundo es la desesperación.

El orgullo dice:

“Todo depende de mí”.

La desesperación dice:

“Dios no puede usar a alguien como yo”.

La imagen del vaso de barro responde a ambos.

El poder pertenece a Dios.

Pero el vaso debe estar disponible.

Esto no significa justificar pecado, negligencia o falta de preparación.

Significa reconocer la fuente.

Los autores bíblicos fueron hombres.

Dios es Dios.

Ellos fueron instrumentos.

La revelación procede de Él.

19. Una responsabilidad para quienes enseñamos

Si Dios tomó seriamente la comunicación de su Palabra, nosotros también debemos tomar seriamente su enseñanza.

Santiago advirtió:

“Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación”.

Santiago 3:1.

Enseñar no es un juego.

Predicar no es simplemente hablar bonito.

Publicar contenido cristiano no es llenar espacios.

Cuando una persona se levanta y dice que va a enseñar la Palabra de Dios, asume una responsabilidad.

Debe estudiar.

Debe orar.

Debe examinar su motivación.

Debe cuidar el contexto.

Debe estar dispuesto a corregirse.

Debe distinguir entre lo que el texto dice y su propia opinión.

Esto es especialmente importante en una época donde cualquiera puede publicar inmediatamente.

Un error puede viajar por el mundo en segundos.

Una frase fuera de contexto puede alcanzar millones de personas.

Una doctrina falsa puede presentarse con excelente producción audiovisual.

Por eso necesitamos una generación que ame al Espíritu Santo y ame profundamente la Escritura.

No son enemigos.

Nunca lo fueron.

20. La Palabra pasó por manos humanas, pero no nació de la imaginación humana

Este es el equilibrio que debemos conservar.

La Biblia tiene autores humanos.

Podemos estudiar su vocabulario.

Su contexto.

Su estilo.

Su audiencia.

Sus circunstancias.

Pero si reducimos la Escritura solamente a esos elementos, perdemos su dimensión divina.

Por otro lado, si hablamos de la Biblia como si hubiera caído del cielo sin historia, autores, lenguas, contextos y géneros, tampoco la estamos comprendiendo correctamente.

Dios habló por medio de hombres.

Ese es el misterio maravilloso que estamos contemplando.

Pablo escribió a Timoteo:

"Toda la Escritura es inspirada por Dios".

2 Timoteo 3:16.

En el próximo capítulo nos detendremos precisamente allí.

¿Qué significa **inspirada por Dios**?

¿Significa que la Biblia simplemente inspira buenos sentimientos?

¿Significa que los autores tuvieron experiencias religiosas profundas?

¿O significa algo mucho mayor?

La respuesta es fundamental.

Porque nuestra comprensión de la inspiración determinará cómo nos acercamos a las Escrituras.

REFLEXIÓN FINAL

Imagine nuevamente a Jeremías.

Está dictando.

Baruc está escribiendo.

Palabra tras palabra.

Línea tras línea.

El rollo será leído.

El rey escuchará parte de su contenido.

Y entonces ocurrirá algo dramático.

Mientras se lee el rollo, el rey corta partes de él y las arroja al fuego.

Jeremías 36 relata aquella escena.

Piense en la imagen.

Dios habló.

El mensaje fue escrito.

El rey escuchó.

Pero no quiso someterse.

Entonces intentó destruir el mensaje.

Cortó el rollo.

Lo quemó.

Tal vez pensó que, destruyendo el documento, podría escapar de la palabra.

Pero Dios habló nuevamente a Jeremías:

“Vuelve a tomar otro rollo, y escribe en él todas las palabras primeras que estaban en el primer rollo”.

Jeremías 36:28.

El rey pudo quemar el rollo.

No pudo silenciar a Dios.

Esa escena resume una verdad que ha atravesado la historia.

Gobiernos han intentado silenciar la Biblia.

Sistemas religiosos han tratado de controlar su acceso.

Críticos han anunciado su desaparición.

Personas la han rechazado.

Otros la han ignorado.

Pero la Palabra ha continuado avanzando.

Y hoy está delante de nosotros.

Ahora sabemos algo más acerca de su historia.

Dios no solamente habló.

Dios habló por medio de personas reales.

Utilizó profetas.

Apóstoles.

Testigos.

Investigadores.

Poetas.

Pastores.

Reyes.

Pescadores.

Hombres con fortalezas y debilidades.

Personas que caminaron por la historia.

Pero detrás de sus voces había una obra que necesitamos comprender con mayor profundidad.

¿Cómo pudo el Espíritu Santo asegurar que aquello que debía ser comunicado fuera verdaderamente Palabra de Dios?

¿Cómo debemos entender la relación entre la acción divina y las palabras humanas?

¿Qué significa realmente que una Escritura sea inspirada?

Ese será nuestro próximo paso.

CAPÍTULO 3

ALIENTO DE DIOS EN PALABRAS HUMANAS

¿Qué significa realmente que la Biblia es inspirada?

Hay palabras que usamos tanto que, con el tiempo, corremos el peligro de repetirlas sin detenernos a pensar en su peso.

Una de esas palabras es **inspiración**.

Decimos:

“La Biblia es inspirada por Dios”.

Lo hemos escuchado en iglesias.

Lo hemos leído en declaraciones de fe.

Lo hemos repetido en clases bíblicas.

Pero detengámonos un momento.

¿Qué significa realmente?

¿Significa que la Biblia produce buenos sentimientos?

¿Significa que sus autores fueron personas muy espirituales?

¿Significa que contiene ideas elevadas acerca de Dios?

¿O significa algo mucho más profundo?

Para entenderlo, necesitamos acercarnos a uno de los textos más importantes sobre este tema.

Pablo le escribió a Timoteo:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”.

2 Timoteo 3:16.

Esa frase parece sencilla.

Pero contiene una verdad enorme.

Toda la Escritura es inspirada por Dios.

No una parte.

No solamente los textos que nos gustan.

No solamente las promesas.

No solamente los pasajes fáciles de entender.

Toda la Escritura.

1. No es el hombre inspirándose hacia Dios

Cuando escuchamos la palabra inspiración, muchas veces pensamos en un artista.

Un músico se siente inspirado y compone una canción.

Un poeta se siente inspirado y escribe versos.

Un pintor observa un paisaje y crea una obra.

En ese sentido común, inspiración significa que una persona recibe un impulso interior, una emoción creativa, una idea especial.

Pero cuando la Biblia habla de inspiración, está diciendo algo mucho mayor.

No se trata simplemente de hombres sintiéndose elevados espiritualmente y escribiendo pensamientos religiosos.

La inspiración bíblica no comienza en el entusiasmo humano.

Comienza en Dios.

La expresión que Pablo utiliza en 2 Timoteo 3:16 comunica la idea de que la Escritura es **soplada por Dios**.

Es decir, procede de Él.

Tiene su origen en Él.

No estamos ante palabras humanas que subieron hasta Dios.

Estamos ante la Palabra de Dios comunicada mediante palabras humanas.

Esto cambia todo.

Porque si la Biblia fuera solamente el producto de la reflexión religiosa de hombres antiguos, podríamos tomarla como una fuente de sabiduría entre muchas otras.

Pero si la Escritura es inspirada por Dios, entonces no se coloca al mismo nivel que cualquier otro libro.

Tiene una autoridad distinta.

Su origen es distinto.

Su propósito es distinto.

2. El aliento de Dios

La imagen del aliento en la Biblia es poderosa.

En Génesis leemos:

“Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida”.

Génesis 2:7.

El aliento de Dios comunica vida.

En Ezequiel 37, el profeta ve un valle de huesos secos.

Todo parece terminado.

No hay movimiento.

No hay esperanza visible.

Pero Dios ordena al profeta hablar, y el Espíritu de Dios trae vida donde había muerte.

Cuando hablamos de la Escritura como inspirada por Dios, no estamos diciendo que es un libro muerto, sostenido solamente por valor histórico.

Estamos diciendo que procede del Dios vivo.

Por eso la Palabra no solamente informa.

Confronta.

Levanta.

Corrige.

Consuela.

Penetra.

Discierne.

Hebreos declara:

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos”.

Hebreos 4:12.

La Biblia no es viva porque el papel tenga vida.

Es viva porque el Dios que habló vive.

Y porque el Espíritu Santo sigue usando la Palabra para tratar con el corazón humano.

3. Dios habló sin destruir la humanidad de los escritores

Aquí debemos volver a una verdad que vimos en el capítulo anterior.

Dios utilizó autores humanos.

No anuló sus historias.

No borró sus personalidades.

No convirtió a todos en una sola voz literaria.

Sin embargo, el resultado final fue lo que Dios quiso comunicar.

Esto es un misterio maravilloso.

No debemos reducirlo de manera simplista.

Cuando Pablo escribe, se nota Pablo.

Cuando Juan escribe, se nota Juan.

Cuando David escribe, se nota David.

Pero Dios está obrando mediante ellos.

La inspiración bíblica no significa que los autores simplemente copiaron palabras escuchadas mecánicamente, como si no participaran en nada.

Tampoco significa que Dios solamente les dio ideas generales y luego ellos escribieron con posibilidad de error lo que pudieron entender.

La doctrina cristiana afirma que Dios supervisó de tal manera el proceso que los autores escribieron verdaderamente, usando sus capacidades reales, y al mismo tiempo comunicaron fielmente la Palabra de Dios.

La Escritura es plenamente divina en su origen y plenamente humana en su forma escrita.

Esta unión no debe sorprendernos completamente.

En el centro de la fe cristiana encontramos a Jesucristo: verdadero Dios y verdadero hombre.

No confundimos las naturalezas.

No negamos ninguna.

De manera distinta, pero con una analogía útil, las Escrituras tienen un carácter divino-humano: vienen de Dios y fueron escritas por hombres.

4. “Toda la Escritura”

Pablo no dijo:

“Algunas partes de la Escritura son inspiradas”.

Dijo:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios”.

2 Timoteo 3:16.

Esto es importante porque existe una tendencia humana a escoger.

Nos gustan los Salmos de consuelo.

Nos gustan las promesas.

Nos gustan los milagros.

Nos gusta leer sobre el amor de Dios.

Pero cuando llegamos a pasajes que confrontan el pecado, el juicio, la santidad, la obediencia, el arrepentimiento o la disciplina, algunos empiezan a buscar maneras de suavizarlos.

Debemos entender algo.

La autoridad de la Escritura no depende de cuánto nos guste un pasaje.

No somos jueces sobre la Palabra.

La Palabra juzga nuestras ideas, intenciones y caminos.

Esto no significa que todos los textos se aplican de la misma manera directa a nosotros.

No significa que no debamos interpretar correctamente los pactos, géneros literarios y contextos.

Pero sí significa que toda la Escritura pertenece al testimonio inspirado que Dios nos ha dado.

No podemos cortar la Biblia en pedazos y quedarnos solamente con lo que confirma nuestra comodidad.

El mismo Dios que habla en las promesas habla también en las advertencias.

5. Inspirada y útil

Después de afirmar que toda la Escritura es inspirada por Dios, Pablo añade:

“Y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”.

2 Timoteo 3:16.

Observe que la inspiración no se presenta como una doctrina para discusión intelectual solamente.

Tiene propósito práctico.

La Escritura enseña.

Eso significa que nos muestra la verdad.

La Escritura redarguye.

Eso significa que expone lo que está mal.

La Escritura corrige.

No solamente señala el error; nos llama a enderezar el camino.

La Escritura instruye en justicia.

Forma al creyente para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

Luego Pablo dice:

“A fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”.

2 Timoteo 3:17.

La Palabra forma al siervo.

Lo equipa.

Lo prepara.

Lo endereza.

Lo madura.

Un ministro que desprecia la Escritura terminará dependiendo de carisma, emociones, experiencias o métodos humanos.

Puede tener actividad.

Puede tener lenguaje espiritual.

Puede incluso atraer multitudes.

Pero si no está siendo formado por la Palabra, su fundamento está en peligro.

6. La inspiración no elimina la necesidad de interpretación

Algunas personas piensan que, porque la Biblia es inspirada, no necesitamos estudiar.

Dicen:

“Yo solo leo y el Espíritu me revela”.

Debemos tener cuidado con esa frase.

Es verdad que necesitamos al Espíritu Santo para comprender y obedecer la Palabra.

Pero el Espíritu Santo no nos fue dado para justificar la pereza.

La Biblia fue inspirada por Dios, pero escrita en lenguas humanas, dentro de contextos históricos reales y usando géneros literarios específicos.

Eso significa que debemos interpretarla responsablemente.

Cuando Pablo escribió a los corintios, ellos entendían su idioma, su contexto y muchos de los asuntos que estaban ocurriendo.

Nosotros, siglos después, necesitamos estudiar para comprender correctamente.

No porque la Biblia sea débil.

Sino porque nosotros estamos lejos cultural, lingüística e históricamente de los primeros lectores.

La inspiración garantiza el origen divino de la Escritura.

La interpretación busca comprender fielmente su significado.

Confundir inspiración con interpretación automática ha producido muchos errores.

Una persona puede afirmar que cree en la inspiración de la Biblia y, al mismo tiempo, interpretar mal un pasaje.

Por eso necesitaremos una futura serie completa sobre hermenéutica.

7. Inspiración no es licencia para manipular

Hay algo que debemos decir con firmeza.

Creer que la Biblia es inspirada no nos da derecho a usarla como arma de manipulación.

Algunos toman frases bíblicas, las sacan de contexto y las colocan sobre personas para controlar, culpar o imponer decisiones.

Eso no honra la inspiración.

La traiciona.

Cuando Satanás tentó a Jesús, utilizó palabras de la Escritura.

Citó el Salmo 91.

Pero lo hizo torciendo su propósito.

Jesús respondió también con la Escritura, correctamente aplicada:

“Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios”.

Mateo 4:7.

Esto nos enseña algo serio.

No basta citar la Biblia.

Hay que usarla fielmente.

Un texto bíblico mal usado puede convertirse en instrumento de confusión.

Por eso, quienes enseñan deben tener temor de Dios.

La Biblia es inspirada.

Nuestras interpretaciones deben ser examinadas.

La Escritura tiene autoridad.

Nosotros no tenemos autoridad para hacerle decir lo que queremos.

8. Inspiración verbal: Dios se importa por las palabras

La revelación de Dios no llegó simplemente como emociones vagas.

Llegó mediante palabras.

Esto es importante.

Jesús dijo:

“Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley”.

Mateo 5:18.

Jesús mostró una altísima visión de las Escrituras.

No trató la Palabra como algo impreciso.

También dijo:

“La Escritura no puede ser quebrantada”.

Juan 10:35.

La fe cristiana histórica ha afirmado que la inspiración alcanza las palabras de la Escritura, no solamente las ideas generales.

Esto no significa que cada traducción sea inspirada en el mismo sentido que los escritos originales.

Las traducciones son necesarias y pueden comunicar fielmente la Palabra de Dios.

Pero cuando hablamos técnicamente de inspiración, nos referimos a los escritos originales tal como Dios los dio mediante los autores bíblicos.

Ahora bien, que no tengamos físicamente los manuscritos originales no destruye nuestra confianza.

Más adelante hablaremos de transmisión textual y confiabilidad.

Por ahora basta decir que Dios no dio simplemente conceptos borrosos.

Dio un mensaje expresado en palabras.

Por eso debemos tratar las palabras bíblicas con cuidado.

No para caer en discusiones vacías.

Sino para escuchar con precisión lo que Dios ha comunicado.

9. Inspiración plenaria: toda la Escritura

Además de hablar de inspiración verbal, también hablamos de inspiración plenaria.

Eso significa que la inspiración se extiende a toda la Escritura.

No solamente a las enseñanzas religiosas.

No solamente a los discursos de Jesús impresos en rojo.

No solamente al Nuevo Testamento.

Toda la Escritura forma parte del testimonio inspirado.

Jesús y los apóstoles trataron el Antiguo Testamento como Palabra de Dios.

Pablo escribió:

“Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron”.

Romanos 15:4.

Eso no significa que vivamos bajo todos los mandamientos del antiguo pacto de la misma manera que Israel.

Pero sí significa que el Antiguo Testamento sigue siendo Palabra de Dios y debe ser leído a la luz de Cristo y del desarrollo de la revelación.

Una Iglesia que desprecia el Antiguo Testamento pierde raíces.

Y una Iglesia que no entiende el Nuevo Pacto puede malinterpretar el Antiguo.

Por eso necesitamos Biblia completa, bien interpretada y centrada en Cristo.

10. La inspiración y la verdad

Si Dios es verdadero, su Palabra es verdadera.

Jesús oró al Padre diciendo:

“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

Juan 17:17.

No dijo simplemente:

“Tu palabra contiene algunas verdades útiles”.

Dijo:

Tu palabra es verdad.

Esto no significa que la Biblia hable con el mismo nivel de detalle sobre todos los temas posibles.

La Biblia no fue dada como manual de medicina, ingeniería, matemáticas o tecnología.

Fue dada para revelar a Dios, su obra redentora, nuestra condición y su voluntad.

Pero cuando la Escritura afirma algo, Dios no miente.

La verdad bíblica no cambia porque cambien las preferencias de una generación.

No se vuelve antigua porque la cultura la considere incómoda.

No pierde autoridad porque el ser humano se sienta ofendido.

Aquí aparece una confrontación necesaria.

Muchos quieren una Biblia que consuele, pero no una Biblia que gobierne.

Quieren una Biblia que inspire, pero no una Biblia que corrija.

Quieren una Biblia que acompañe sus planes, pero no una Biblia que los examine.

Sin embargo, si la Escritura es inspirada por Dios, entonces no se limita a darnos palabras bonitas.

Nos coloca delante de la verdad.

11. Cuando la Palabra confronta al lector

Recuerdo una imagen espiritual que todos debemos considerar.

Una persona abre la Biblia buscando un texto para confirmar lo que ya decidió hacer.

Pero mientras lee, el texto la confronta.

No le dice lo que quería escuchar.

Le muestra orgullo.

Le muestra desobediencia.

Le muestra falta de perdón.

Le muestra idolatría.

¿Qué hará esa persona?

Tiene varias opciones.

Cerrar la Biblia.

Buscar otro versículo.

Decir que el texto no aplica.

Culpar al predicador.

O rendirse.

La inspiración de la Escritura se vuelve personal cuando dejamos de tratarla como objeto de estudio y permitimos que nos examine.

Santiago compara la Palabra con un espejo.

“Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural”.

Santiago 1:23.

El espejo no crea la realidad.

La muestra.

La Palabra revela lo que muchas veces intentamos ocultar.

Por eso algunas personas prefieren no leerla profundamente.

No porque no la entiendan.

Sino porque la entienden demasiado bien y saben que les está hablando.

12. La inspiración no hace innecesaria la obediencia

Una persona puede defender la inspiración de la Biblia y vivir en desobediencia.

Puede discutir con otros acerca de la autoridad de la Escritura mientras su propia vida no está bajo esa autoridad.

Eso es peligroso.

El propósito de la doctrina no es producir orgullo intelectual.

Es formar obediencia fiel.

Jesús dijo:

“El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama”.

Juan 14:21.

El amor a Cristo no se demuestra solamente con emoción en un culto.

Se demuestra en obediencia.

Si creemos que la Biblia es inspirada, debemos preguntarnos:

¿Estoy permitiendo que gobierne mis decisiones?

¿Mi manera de hablar?

¿Mi forma de tratar a mi familia?

¿Mi manejo del dinero?

¿Mi vida secreta?

¿Mi ministerio?

¿Mis enseñanzas?

¿Mi relación con el poder?

¿Mi respuesta ante la corrección?

La doctrina de la inspiración no debe quedarse en una página.

Debe bajar a la vida.

13. ¿Qué sucede cuando se pierde la inspiración?

Cuando una iglesia deja de creer que la Biblia es inspirada por Dios, algo comienza a cambiar.

Al principio, quizá no parece grave.

Todavía hay reuniones.

Todavía hay música.

Todavía se usa lenguaje cristiano.

Todavía se mencionan algunos versículos.

Pero poco a poco la autoridad se desplaza.

Ya la pregunta principal no es:

¿Qué dice la Escritura?

Ahora la pregunta es:

¿Qué opina la cultura?

¿Qué atrae más personas?

¿Qué produce menos conflicto?

¿Qué se siente correcto?

¿Qué dicen las encuestas?

¿Qué enseña la moda religiosa del momento?

Cuando la Biblia pierde su lugar, algo ocupará ese trono.

Puede ser la tradición.

Puede ser la experiencia.

Puede ser el líder.

Puede ser el mercado religioso.

Puede ser la ideología.

Puede ser el entretenimiento.

El corazón humano no soporta el vacío de autoridad.

Si la Palabra no gobierna, otra voz lo hará.

14. La inspiración y la predicación

La predicación cristiana depende de la inspiración de las Escrituras.

Si la Biblia no es Palabra de Dios, entonces la predicación se convierte en opinión religiosa.

Pero si la Escritura es inspirada, el predicador tiene una tarea sagrada.

No inventar el mensaje.

No entretener.

No manipular emociones.

No usar el púlpito para promoverse.

No convertir la predicación en espectáculo.

La tarea es abrir la Palabra, explicarla fielmente, aplicarla con discernimiento y llamar a las personas a responder delante de Dios.

Pablo le dijo a Timoteo:

“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina”.

2 Timoteo 4:2.

Predica la Palabra.

No predica tus ocurrencias.

No predica solamente tus experiencias.

No predica la última tendencia.

Predica la Palabra.

Eso no significa que no podamos usar testimonios, ilustraciones o aplicaciones contemporáneas.

Pero todo debe servir al mensaje del texto, no reemplazarlo.

15. Inspiración y guerra espiritual

En una institución como CLGTI, dedicada también a formar ministros en guerra espiritual y liberación, esta doctrina es vital.

¿Por qué?

Porque en el campo espiritual abundan afirmaciones, experiencias, manifestaciones, sueños, impresiones, revelaciones privadas y testimonios extraordinarios.

Algunas cosas pueden ser genuinas.

Otras pueden estar mezcladas.

Otras pueden ser confusión.

Otras pueden ser manipulación.

¿Cómo discernimos?

La Palabra inspirada debe ser el filtro.

Ninguna experiencia tiene derecho a contradecir la Escritura.

Ningún sueño tiene autoridad superior al texto bíblico.

Ningún ministro, por ungido que parezca, puede colocarse por encima de la Palabra.

Ninguna práctica de liberación debe sostenerse si no puede ser examinada bíblicamente.

La guerra espiritual sin doctrina bíblica se vuelve peligrosa.

La doctrina bíblica sin dependencia del Espíritu se vuelve fría.

Necesitamos ambas cosas: **Palabra y Espíritu**.

Pero el Espíritu Santo nunca contradice la Escritura que Él mismo inspiró.

16. Inspiración y consuelo

Hasta ahora hemos hablado mucho de autoridad, corrección y doctrina.

Pero la inspiración también trae consuelo.

Porque si la Biblia es Palabra de Dios, entonces sus promesas no son frases bonitas inventadas por hombres optimistas.

Cuando el salmista dice:

“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo”.

Salmo 23:4,

no estamos leyendo simplemente poesía emocional.

Estamos escuchando una verdad que ha sostenido a generaciones.

Cuando Jesús dice:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”.

Mateo 11:28,

no estamos ante un pensamiento inspirador sin fundamento.

Estamos ante la invitación del Hijo de Dios.

Cuando Pablo escribe:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”.

Romanos 8:28,

no está ofreciendo una frase superficial para momentos difíciles.

Está afirmando la soberanía bondadosa de Dios en medio de la vida de sus hijos.

La inspiración significa que podemos descansar en lo que Dios ha dicho.

Incluso cuando no entendemos todo lo que está pasando.

17. Inspiración y confrontación de errores

La Biblia inspirada también nos protege del error.

Pablo advirtió que vendrían tiempos peligrosos.

También habló de personas que tendrían apariencia de piedad, pero negarían la eficacia de ella.

En ese mismo contexto le recuerda a Timoteo la importancia de las Escrituras.

¿Por qué?

Porque la Palabra equipa al siervo para permanecer firme en medio de la confusión.

Una iglesia sin Escritura sólida se vuelve vulnerable.

Puede ser arrastrada por modas.

Por falsos maestros.

Por emociones colectivas.

Por líderes carismáticos sin carácter.

Por doctrinas que suenan espirituales pero no son bíblicas.

Por eso la inspiración no es una doctrina decorativa.

Es un muro de protección.

Cuando reconocemos que Dios ha hablado en las Escrituras, no quedamos abandonados a cada viento de enseñanza.

Tenemos una norma.

Una regla.

Una luz.

Un fundamento.

18. Una fe que no teme examinar

Algunos creyentes tienen miedo de estudiar temas como inspiración, canon, manuscritos o transmisión bíblica.

Piensan que hacer preguntas puede debilitar la fe.

Pero una fe bien fundamentada no debe temer a la verdad.

Dios no nos llama a una credulidad frágil.

Nos llama a amarle también con la mente.

Jesús dijo que debemos amar al Señor con todo el corazón, alma, mente y fuerzas.

La mente también debe rendirse a Dios.

Estudiar la inspiración no apaga la devoción.

Debe aumentarla.

Cuando comprendemos que Dios habló, que preservó su mensaje, que utilizó autores reales y que su Palabra ha atravesado generaciones, la Biblia se vuelve aún más preciosa.

No menos.

La ignorancia no es espiritualidad.

La profundidad no es enemiga de la fe.

El estudio humilde puede convertirse en adoración.

19. La pregunta decisiva

Ahora llegamos al corazón del capítulo.

Si la Escritura es inspirada por Dios, entonces la pregunta no es solamente:

¿Creo esta doctrina?

La pregunta es:

¿Estoy viviendo como alguien que cree esta doctrina?

Porque si digo que la Biblia es inspirada, pero nunca la leo, algo no está bien.

Si digo que es autoridad, pero solo la obedezco cuando me conviene, algo no está bien.

Si digo que es Palabra de Dios, pero pongo mis emociones por encima de ella, algo no está bien.

Si enseño la Biblia, pero no permito que primero me enseñe a mí, algo no está bien.

La inspiración exige una respuesta.

No basta declarar que Dios habló.

Debemos escuchar.

REFLEXIÓN FINAL

Imagine a Timoteo leyendo la carta de Pablo.

Su mentor espiritual está cerca del final de su carrera.

Ha sufrido.

Ha predicado.

Ha plantado iglesias.

Ha enfrentado oposición.

Ha visto apostasías.

Ha visto fidelidad.

Y ahora le escribe a un joven ministro que tendrá que enfrentar tiempos difíciles.

¿Qué le deja como fundamento?

No le dice simplemente:

“Confía en tu personalidad”.

No le dice:

“Depende de tu carisma”.

No le dice:

“Busca siempre lo que la gente quiera escuchar”.

Le recuerda las Escrituras.

Le dice que la Escritura es inspirada por Dios.

Le dice que es útil.

Le dice que puede preparar al hombre de Dios para toda buena obra.

Eso sigue siendo verdad.

El ministro pasará.

La generación pasará.

Las modas pasarán.

Las plataformas cambiarán.

Las culturas cambiarán.

Pero la Palabra de Dios permanece.

Por eso, antes de avanzar al próximo capítulo, debemos hacer una pausa y orar:

Señor, gracias porque no solamente hablaste, sino que hiciste que tu Palabra fuera escrita para nuestra enseñanza, corrección, consuelo y formación.
Perdóname si he tratado tu Palabra con ligereza.
Perdóname si he escogido solo las partes que me agradan.
Enséñame a recibir toda la Escritura con humildad.
Que no sea solamente un defensor de la Biblia, sino un discípulo obediente de tu Palabra.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el siguiente capítulo daremos otro paso.

Ya hemos visto que Dios habló.

Ya vimos que habló por medio de hombres.

Ahora veremos algo maravilloso:

Aunque la Biblia contiene muchos libros, autores, épocas y géneros diferentes, no es una colección desordenada.

Hay una gran historia que la atraviesa desde Génesis hasta Apocalipsis.

Esa historia tiene un centro.

Y ese centro es Jesucristo.

CAPÍTULO 4

UNA BIBLIOTECA QUE CUENTA UNA SOLA GRAN HISTORIA

Muchos libros, una sola dirección

Cuando una persona abre la Biblia por primera vez, puede sentirse abrumada.

No está frente a un libro común.

Encuentra Génesis, Éxodo, Levítico, Salmos, Proverbios, Isaías, Mateo, Romanos, Apocalipsis.

Encuentra historias.

Leyes.

Poemas.

Profecías.

Cartas.

Visiones.

Genealogías.

Promesas.

Advertencias.

Juicios.

Milagros.

Pactos.

A primera vista, alguien podría preguntar:

¿Cómo se conecta todo esto?

Esa pregunta es importante.

Porque la Biblia no es simplemente una colección de frases bonitas para escoger según la necesidad del momento.

Tampoco es una caja de versículos sueltos.

La Biblia es una biblioteca.

Pero no una biblioteca desordenada.

Es una colección de libros escritos en diferentes épocas, por diferentes autores, en diferentes contextos, pero unidos por una gran historia.

Esa historia comienza con Dios creando.

Continúa con el ser humano cayendo.

Avanza con Dios prometiendo redención.

Se desarrolla mediante pactos, pueblo, profetas y esperanza.

Alcanza su centro en Jesucristo.

Y termina con la restauración final de todas las cosas bajo el gobierno de Dios.

Por eso, para entender la Biblia correctamente, no basta con conocer versículos aislados.

Necesitamos comprender la historia completa.

1. La Biblia comienza con Dios, no con el hombre

La primera frase de la Biblia ya establece el fundamento:

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”.

Génesis 1:1.

La Biblia no comienza con el dolor humano.

No comienza con el pecado.

No comienza con Israel.

No comienza con la Iglesia.

No comienza con una religión.

Comienza con Dios.

Esto es decisivo.

Porque si comenzamos con el hombre, terminaremos construyendo una fe centrada en las necesidades humanas.

Pero si comenzamos con Dios, todo encuentra su lugar correcto.

Dios crea.

Dios gobierna.

Dios habla.

Dios establece propósito.

Dios define lo bueno.

Dios determina la identidad humana.

Antes de preguntar qué quiero yo de Dios, debo preguntar qué quiere Dios de mí.

Antes de interpretar mi vida según mis deseos, debo entender que fui creado por Él y para Él.

La Biblia es la historia de Dios y su propósito redentor.

El hombre aparece en la historia, pero no es el centro final.

Cristo es el centro.

2. Creación: el mundo no es accidente

Génesis presenta un mundo creado por la voluntad de Dios.

No estamos aquí por casualidad.

No somos un error.

No somos polvo sin propósito.

La creación tiene orden.

Tiene dirección.

Tiene bondad original.

Dios vio lo que había hecho y era bueno.

Después creó al ser humano a su imagen.

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”.

Génesis 1:27.

Esa verdad cambia la manera en que vemos la vida.

Cada persona tiene dignidad porque fue creada a imagen de Dios.

El valor humano no depende de productividad, edad, riqueza, fuerza, salud, educación o utilidad social.

Depende del Creador.

Pero esa imagen no fue dada para vivir en autonomía rebelde.

El ser humano fue creado para conocer a Dios, reflejar su carácter, administrar la creación bajo su autoridad y vivir en comunión con Él.

Aquí comienza la historia.

No con un ser humano perdido, sino con un Dios bueno creando un mundo bueno y dando propósito al hombre.

3. La caída: algo se rompió

Pero todos sabemos que el mundo no está como debería estar.

Hay belleza, sí.

Pero también hay muerte.

Hay amor, pero también traición.

Hay familia, pero también abandono.

Hay justicia, pero también corrupción.

Hay adoración, pero también idolatría.

¿Qué ocurrió?

Génesis 3 nos lleva al momento de la caída.

El ser humano escucha otra voz.

Duda de la bondad de Dios.

Desobedece.

Quiere autonomía.

El pecado entra.

La comunión se rompe.

La vergüenza aparece.

El miedo aparece.

La culpa aparece.

La muerte entra en la experiencia humana.

Pero en medio del juicio, Dios pronuncia una promesa.

Hablando a la serpiente, declara:

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

Génesis 3:15.

Allí, en el mismo capítulo donde aparece la caída, aparece también la esperanza.

Dios no abandona la historia.

Promete una victoria futura.

Una simiente vendrá.

La serpiente será herida.

La redención comienza a anunciarse.

4. La promesa empieza a caminar

Después de la caída, la humanidad continúa multiplicándose, pero también el pecado.

Violencia.

Orgullo.

Rebelión.

Confusión.

Entonces Dios llama a un hombre:

Abram.

Le dice:

“Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Génesis 12:3.

Observe la amplitud de la promesa.

No se trata solamente de Abram.

No se trata solamente de una familia.

No se trata solamente de una nación.

Dios está mirando a todas las familias de la tierra.

La historia bíblica comienza a enfocar un linaje, una promesa, un pueblo, pero el propósito final siempre apunta a las naciones.

Esto es importante para no leer la Biblia de manera estrecha.

Dios llama a Abraham, pero su propósito redentor tiene alcance mundial.

La promesa continúa.

Isaac.

Jacob.

José.

Israel en Egipto.

Esclavitud.

Clamor.

Liberación.

Dios no se olvida.

5. Éxodo: Dios libera para formar un pueblo

El éxodo no es solamente una historia de liberación política.

Es un acto redentor.

Dios escucha el clamor de su pueblo.

Levanta a Moisés.

Confronta a Faraón.

Juzga a Egipto.

Abre el mar.

Conduce a Israel.

La Pascua marca profundamente la memoria del pueblo.

Un cordero.

Sangre.

Juicio pasando por encima.

Liberación.

Más adelante, el Nuevo Testamento verá en Cristo el cumplimiento mayor.

Pablo dirá:

“Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”.

1 Corintios 5:7.

Esto nos muestra cómo la Biblia se conecta.

Un acontecimiento del Antiguo Testamento prepara la comprensión de una realidad mayor en Cristo.

Dios libera a Israel de Egipto, pero esa liberación apunta hacia la redención final del pecado y de la muerte.

El éxodo enseña que Dios no solamente perdona; también saca al pueblo de esclavitud para llevarlo a una nueva vida bajo su gobierno.

6. La Ley: un pueblo formado por la Palabra

En el Sinaí, Dios da la Ley.

Muchas personas leen la Ley solamente como una lista de reglas antiguas.

Pero en la historia bíblica, la Ley se da después de la liberación.

Dios no le dice a Israel:

“Obedece para que yo te libere de Egipto”.

Primero lo libera.

Después lo forma como pueblo del pacto.

La Ley revela el carácter santo de Dios.

Ordena la vida comunitaria.

Distingue a Israel de las naciones.

Expone el pecado.

Enseña la necesidad de mediación, sacrificio y santidad.

Pero también muestra que el corazón humano necesita algo más profundo que mandamientos externos.

Israel recibe la Ley, pero una y otra vez quebranta el pacto.

Esto prepara el camino para una promesa futura:

“Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón”.

Jeremías 31:33.

La historia bíblica avanza hacia un nuevo pacto.

No porque la Palabra de Dios haya fallado.

Sino porque el corazón humano necesita ser transformado.

7. Reyes, tronos y la esperanza de un Rey justo

Israel entra en la tierra.

Luego vienen jueces.

Después reyes.

Saúl.

David.

Salomón.

El reinado de David ocupa un lugar especial en la historia bíblica.

Dios hace una promesa:

“Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente”.

2 Samuel 7:16.

Esta promesa alimenta la esperanza mesiánica.

Vendrá un hijo de David.

Un Rey justo.

Un gobierno verdadero.

Pero la historia de los reyes también muestra el fracaso humano.

Muchos reyes se apartaron.

La idolatría creció.

La injusticia se extendió.

El reino se dividió.

El pueblo fue llevado al exilio.

Aun así, la promesa no murió.

Los profetas continuaron anunciando esperanza.

Isaías escribió:

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado... y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz”.

Isaías 9:6.

La Biblia sigue avanzando.

Un Rey viene.

8. Los profetas: juicio, llamado y esperanza

Los profetas no fueron simplemente adivinos del futuro.

Fueron mensajeros del pacto.

Llamaron al pueblo a volver a Dios.

Denunciaron pecado.

Confrontaron falsa religiosidad.

Anunciaron juicio.

Pero también proclamaron restauración.

Isaías habló del Siervo sufriente:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”.

Isaías 53:5.

Ezequiel habló de un nuevo corazón:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”.

Ezequiel 36:26.

Joel anunció el derramamiento del Espíritu:

“Derramaré mi Espíritu sobre toda carne”.

Joel 2:28.

Miqueas anunció el lugar de nacimiento del gobernante prometido:

“Pero tú, Belén Efrata... de ti me saldrá el que será Señor en Israel”.

Miqueas 5:2.

Los profetas mantenían viva la esperanza.

El pueblo había fallado.

Los reyes habían fallado.

Pero Dios no había terminado.

9. Silencio y cumplimiento

Después de los profetas del Antiguo Testamento, llega un tiempo de espera.

Generaciones pasan.

Imperios cambian.

El pueblo vive bajo tensiones políticas y espirituales.

Y entonces, en el cumplimiento del tiempo, Dios actúa.

Pablo lo resume así:

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo”.

Gálatas 4:4.

Esa frase es poderosa.

No fue accidente.

No fue improvisación.

No fue reacción tardía.

Fue cumplimiento.

Los Evangelios no aparecen desconectados del Antiguo Testamento.

Mateo comienza hablando de genealogía.

Jesús es presentado como hijo de David, hijo de Abraham.

Marcos anuncia el evangelio de Jesucristo y conecta su llegada con las profecías.

Lucas ubica los acontecimientos en la historia.

Juan nos lleva aún más atrás:

“En el principio era el Verbo”.

Juan 1:1.

La historia llega a su centro.

10. Jesucristo: el centro de la gran historia

Si leemos la Biblia y no llegamos a Cristo, estamos leyendo sin ver el centro.

Jesús mismo dijo:

“Escudriñad las Escrituras... ellas son las que dan testimonio de mí”.

Juan 5:39.

Después de resucitar, explicó a sus discípulos:

“Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”.

Lucas 24:44.

Cristo no es un añadido al final de la Biblia.

Es el centro hacia el cual la historia avanza.

Él es la simiente prometida.

El Cordero.

El verdadero Israel obediente.

El Hijo de David.

El Siervo sufriente.

El Mediador del Nuevo Pacto.

El Profeta mayor que Moisés.

El Sumo Sacerdote perfecto.

El Rey eterno.

El Verbo hecho carne.

La cruz no fue una derrota inesperada.

Fue el lugar donde la justicia, la misericordia, la santidad y el amor de Dios se encontraron en la obra redentora de Cristo.

Y la resurrección confirmó la victoria.

11. La Iglesia: un pueblo enviado

Después de la resurrección, Jesús envía a sus discípulos.

“Id, y haced discípulos a todas las naciones”.

Mateo 28:19.

El libro de Hechos muestra el evangelio avanzando.

Jerusalén.

Judea.

Samaria.

Hasta lo último de la tierra.

El Espíritu Santo desciende.

La Iglesia nace públicamente como comunidad del nuevo pacto.

Los apóstoles predican a Cristo.

Las naciones comienzan a ser alcanzadas.

Lo prometido a Abraham empieza a verse con mayor claridad:

Todas las familias de la tierra serían bendecidas.

La Iglesia no reemplaza el propósito de Dios como si Dios hubiera fallado en su plan.

La Iglesia participa del cumplimiento redentor en Cristo, donde judíos y gentiles son reconciliados con Dios por medio del evangelio.

Pablo habla del misterio revelado:

“Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo”.

Efesios 3:6.

La historia avanza hacia una familia redimida de todas las naciones.

12. Las cartas: Cristo aplicado a la vida de la Iglesia

Las cartas del Nuevo Testamento explican, corrigen y aplican el evangelio a comunidades reales.

Romanos expone la justicia de Dios revelada en el evangelio.

Corintios confronta desorden y carnalidad.

Gálatas defiende la gracia frente al legalismo.

Efesios muestra la riqueza de la Iglesia en Cristo.

Filipenses llama al gozo y la humildad.

Colosenses exalta la supremacía de Cristo.

Hebreos presenta a Cristo como superior y suficiente.

Santiago confronta una fe sin obras.

Pedro anima a creyentes en sufrimiento.

Juan llama a permanecer en la verdad y el amor.

Judas advierte contra falsos maestros.

Las cartas no son apéndices secundarios.

Nos muestran cómo la obra de Cristo debe formar doctrina, carácter, comunidad, misión, santidad y esperanza.

Allí aprendemos que el evangelio no es solamente una puerta de entrada.

Es el fundamento de toda la vida cristiana.

13. Apocalipsis: la historia no termina en confusión

Muchas personas se acercan a Apocalipsis con temor o curiosidad sensacionalista.

Pero Apocalipsis fue dado para revelar a Jesucristo, fortalecer a la Iglesia y mostrar que la historia no está fuera del control de Dios.

El mundo puede parecer dominado por poderes hostiles.

La Iglesia puede sufrir.

Los imperios pueden levantarse.

La maldad puede parecer fuerte.

Pero el Cordero vence.

La historia termina con juicio, restauración y nueva creación.

Juan escribe:

“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva”.

Apocalipsis 21:1.

Y escucha:

“He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres”.

Apocalipsis 21:3.

La Biblia comenzó con Dios creando los cielos y la tierra.

Termina con nueva creación.

Comenzó con comunión rota por el pecado.

Termina con Dios habitando con su pueblo.

Comenzó con un jardín.

Termina con una ciudad santa, restauración y vida.

La gran historia no termina en derrota.

Termina en Cristo reinando.

14. Por qué necesitamos leer la Biblia como una historia unida

Cuando no entendemos la gran historia bíblica, cometemos errores.

Podemos tomar textos fuera de contexto.

Podemos aplicar promesas sin entender a quién fueron dadas y cómo se cumplen en Cristo.

Podemos convertir historias descriptivas en mandamientos universales.

Podemos leer el Antiguo Testamento sin ver su dirección hacia Cristo.

Podemos leer el Nuevo Testamento desconectado de sus raíces.

Podemos predicar moralismo en vez de evangelio.

Por ejemplo, una persona puede predicar a David y Goliat solamente diciendo:

“Tú eres David y tus problemas son Goliat”.

Puede haber aplicaciones de valentía, sí.

Pero si nos quedamos allí, podemos perder algo mayor.

La historia bíblica nos muestra al ungido de Dios derrotando al enemigo que el pueblo no podía vencer.

Eso nos dirige finalmente hacia Cristo, el verdadero Rey que vence por su pueblo.

Leer bíblicamente no significa forzar a Cristo artificialmente en cada detalle.

Significa reconocer que toda la Escritura avanza dentro del plan redentor cuyo centro es Él.

15. Unidad no significa uniformidad

La Biblia tiene una gran unidad, pero no es plana.

No todos los libros hacen lo mismo.

Levítico no cumple la misma función que Romanos.

Proverbios no se lee igual que Apocalipsis.

Salmos no habla de la misma manera que Hechos.

La unidad de la Biblia no elimina su diversidad.

Dios usó distintos géneros para formar a su pueblo de manera completa.

La narrativa nos muestra cómo Dios actúa en la historia.

La Ley revela santidad, pacto y necesidad de mediación.

La poesía enseña a orar, adorar y lamentar.

La sabiduría forma el discernimiento práctico.

La profecía confronta y anuncia esperanza.

Los Evangelios presentan a Cristo.

Hechos muestra la expansión del evangelio.

Las cartas instruyen a la Iglesia.

Apocalipsis revela la victoria final.

Cada parte tiene su lugar.

Cuando entendemos eso, dejamos de leer la Biblia de manera fragmentada.

16. El peligro de usar la Biblia como frases sueltas

Vivimos en una época de frases rápidas.

Versículos en imágenes.

Mensajes cortos.

Publicaciones de segundos.

Eso puede ser útil si se hace bien.

Pero también puede crear un problema.

Podemos acostumbrarnos a recibir la Biblia en pedacitos desconectados.

Un versículo para motivación.

Otro para prosperidad.

Otro para sentirnos fuertes.

Otro para publicar.

Pero la Palabra no fue dada para ser tratada como colección de amuletos verbales.

Los versículos tienen contexto.

Los libros tienen propósito.

Las doctrinas tienen desarrollo.

La historia tiene dirección.

Cuando arrancamos frases de su contexto, podemos hacer que la Biblia parezca decir lo que realmente no dice.

Y cuando hacemos eso, aunque usemos palabras bíblicas, no estamos siendo fieles al mensaje bíblico.

17. La gran historia también nos ubica

Comprender la historia bíblica nos ayuda a saber dónde estamos nosotros.

No vivimos antes de la cruz.

Vivimos después de la muerte y resurrección de Cristo.

No esperamos que el Mesías venga por primera vez.

Proclamamos que ya vino y esperamos su regreso.

No vivimos bajo el antiguo pacto como Israel en el Sinaí.

Vivimos bajo el nuevo pacto establecido por Cristo.

No somos espectadores neutrales.

Somos llamados a participar en la misión de Dios.

La Iglesia vive entre la primera y la segunda venida de Cristo.

Ya hemos visto el cumplimiento central de la redención.

Pero todavía esperamos la consumación final.

Eso significa que vivimos con esperanza, misión, santidad y perseverancia.

Sabemos de dónde venimos.

Sabemos qué ha hecho Dios.

Sabemos hacia dónde va la historia.

Y por eso no vivimos como personas sin dirección.

18. La doctrina nace dentro de la historia

Este libro forma parte de una serie sobre fundamentos doctrinales.

Pero debemos entender que la doctrina bíblica no flota en el aire.

Nace dentro de la revelación histórica de Dios.

La doctrina de la creación nace porque Dios creó.

La doctrina del pecado nace porque el hombre cayó.

La doctrina de la salvación nace porque Dios redime.

La doctrina de Cristo nace porque el Hijo vino, murió y resucitó.

La doctrina de la Iglesia nace porque Cristo formó un pueblo por su Espíritu.

La doctrina de las últimas cosas nace porque Dios ha prometido consumar su plan.

Por eso, estudiar doctrina sin conocer la historia bíblica puede producir conceptos fríos.

Y leer historias bíblicas sin doctrina puede producir lecciones superficiales.

Necesitamos ambas cosas.

La historia nos muestra lo que Dios hizo.

La doctrina nos ayuda a entender lo que significa.

19. Una Biblia abierta, una historia viva

Imagine otra vez una Biblia abierta sobre la mesa.

Ahora ya no la ve como una colección de libros desconectados.

Ve una historia.

Ve una promesa en Génesis.

Ve un cordero en Éxodo.

Ve sacrificios que apuntan a una necesidad mayor.

Ve un rey prometido.

Ve profetas anunciando esperanza.

Ve un niño nacido en Belén.

Ve una cruz.

Ve una tumba vacía.

Ve una Iglesia enviada.

Ve cartas formando a comunidades.

Ve un Cordero reinando.

Ve una nueva creación.

Y entonces comprende algo:

La Biblia no solamente responde preguntas individuales.

Nos introduce en la historia de Dios.

Una historia que comenzó antes de nosotros y continuará hasta la consumación final.

Una historia en la que somos llamados a creer, obedecer y participar.

REFLEXIÓN FINAL

La Biblia es una biblioteca.

Pero no es una biblioteca perdida.

Tiene dirección.

Tiene unidad.

Tiene centro.

Y ese centro es Jesucristo.

Si queremos entender correctamente las Escrituras, debemos aprender a leer cada parte dentro de la gran historia de la redención.

No para forzar significados.

No para ignorar los contextos.

No para negar la diversidad de los libros bíblicos.

Sino para reconocer que el Dios que habló en diferentes épocas no estaba improvisando.

Desde el principio, su propósito redentor avanzaba.

Por eso, antes de continuar, oremos:

Señor, abre mis ojos para ver tu Palabra como una gran historia de redención.
Líbrame de usar versículos fuera de contexto.
Enséñame a ver a Cristo como el centro de las Escrituras.
Ayúdame a estudiar cada libro con respeto, humildad y reverencia.
Y permite que mi vida encuentre su lugar dentro de tu propósito eterno.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo entraremos en una pregunta que muchas personas hacen:

¿Quién decidió cuáles libros pertenecen a la Biblia?

No es una pregunta pequeña.

Tiene que ver con canon, reconocimiento, autoridad y confianza.

Ese será nuestro siguiente paso.

CAPÍTULO 5

¿QUIÉN DECIDIÓ QUÉ LIBROS PERTENECEN A LA BIBLIA?

La pregunta que muchos tienen miedo de hacer

Hay una pregunta que muchos creyentes han pensado alguna vez, pero no siempre se atreven a decirla en voz alta.

La pregunta es sencilla, pero profunda:

¿Quién decidió qué libros pertenecen a la Biblia?

Algunos han escuchado respuestas confusas.

Otros han visto documentales, videos o comentarios donde se afirma que la Biblia fue armada por intereses políticos, que ciertos libros fueron escondidos, que la Iglesia escogió arbitrariamente unos escritos y rechazó otros, o que en algún concilio un grupo de hombres decidió qué era Palabra de Dios y qué no lo era.

Estas afirmaciones pueden inquietar a quien nunca ha estudiado el tema.

Pero no debemos tener miedo.

La verdad no necesita esconderse.

La fe cristiana no se fortalece evitando preguntas serias, sino respondiéndolas con honestidad, humildad y fundamento.

Por eso en este capítulo vamos a hablar del **canon bíblico**.

La palabra *canon* significa regla, medida o norma.

Cuando hablamos del canon de la Biblia, hablamos del conjunto de libros reconocidos por el pueblo de Dios como Escritura inspirada y autoritativa.

Pero aquí debemos aclarar algo desde el comienzo:

La Iglesia no le dio autoridad a la Palabra de Dios. La Iglesia reconoció la autoridad de la Palabra que Dios ya había dado.

Esta diferencia es vital.

1. La autoridad no comenzó en un concilio

Imagine que un rey envía una carta oficial a una ciudad.

La carta llega con el sello real.

Los líderes de la ciudad se reúnen para leerla, preservarla y reconocer su autoridad.

Ahora pregunte:

¿La carta tiene autoridad porque los líderes decidieron dársela?

No.

La carta tiene autoridad porque viene del rey.

Los líderes pueden reconocerla.

Pueden recibirla.

Pueden leerla públicamente.

Pueden guardarla.

Pero no son ellos quienes convierten una carta común en palabra real.

La autoridad viene del origen.

Algo semejante ocurre con la Escritura.

Un libro bíblico no se volvió inspirado porque una comunidad lo votó.

Fue inspirado porque Dios lo dio.

El pueblo de Dios, guiado por la providencia divina, reconoció esos libros como Escritura.

Los concilios y listas históricas no crearon la autoridad bíblica.

Dieron testimonio del reconocimiento de la Iglesia.

Esto cambia completamente la conversación.

No preguntamos:

"¿Cuándo decidió la Iglesia hacer inspirado este libro?"

Preguntamos:

"¿Cómo reconoció el pueblo de Dios los escritos que Dios había dado?"

2. El canon del Antiguo Testamento

Antes de la Iglesia del Nuevo Testamento, ya existían Escrituras reconocidas por el pueblo judío.

Jesús y los apóstoles no trataron el Antiguo Testamento como una colección indefinida de escritos religiosos.

Lo citaron como Palabra de Dios.

Jesús dijo:

“Era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos”.

Lucas 24:44.

Esa expresión muestra una manera de referirse a las Escrituras hebreas.

La Ley.

Los Profetas.

Los Salmos o Escritos.

Jesús no actuó como si el pueblo no supiera cuáles eran sus Escrituras.

Él discutió interpretaciones.

Confrontó tradiciones humanas.

Pero nunca trató las Escrituras como algo incierto o sin autoridad.

Cuando fue tentado, respondió:

“Escrito está”.

Mateo 4:4.

No dijo:

“Según mi opinión”.

No dijo:

“Según una tradición interesante”.

Dijo:

Escrito está.

Para Jesús, la Escritura tenía autoridad.

Y eso debe importar profundamente a todo discípulo suyo.

3. Jesús confirmó las Escrituras

Una de las razones más importantes para confiar en el Antiguo Testamento es la manera en que Jesús lo trató.

Jesús citó Génesis.

Citó Deuteronomio.

Citó Salmos.

Citó Isaías.

Citó Daniel.

Habló de Moisés.

Habló de David.

Habló de Jonás.

Habló de los profetas.

Reconoció la autoridad de la Escritura.

Dijo:

“La Escritura no puede ser quebrantada”.

Juan 10:35.

También dijo:

“Ni una jota ni una tilde pasará de la ley”.

Mateo 5:18.

Si alguien dice amar a Jesús pero desprecia las Escrituras que Jesús honró, hay una contradicción.

No podemos separar a Cristo de la Palabra.

Jesús no vino a destruir las Escrituras, sino a cumplirlas.

4. El Nuevo Testamento nació de una obra apostólica

Ahora pasemos al Nuevo Testamento.

¿Cómo surgieron sus escritos?

No aparecieron siglos después inventando otra fe.

Nacieron dentro del testimonio apostólico acerca de Jesucristo.

Los apóstoles fueron testigos autorizados de la vida, muerte y resurrección del Señor.

Pedro dijo:

“No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad”.

2 Pedro 1:16.

Juan escribió:

“Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado... eso os anunciamos”.

1 Juan 1:1,3.

El Nuevo Testamento está conectado con testimonio apostólico.

Los Evangelios presentan a Cristo.

Hechos muestra la expansión del evangelio.

Las cartas aplican la verdad de Cristo a la vida de la Iglesia.

Apocalipsis revela la victoria final del Cordero.

La Iglesia no estaba buscando libros curiosos para llenar una colección.

Estaba recibiendo, leyendo y preservando escritos ligados a la autoridad apostólica y a la verdad del evangelio.

5. No todos los escritos antiguos tenían la misma autoridad

En los primeros siglos existieron muchos escritos cristianos.

Algunos fueron útiles.

Otros fueron devocionales.

Otros fueron enseñanzas pastorales.

Y otros fueron claramente falsos o doctrinalmente peligrosos.

Pero no todo escrito antiguo debía ser Escritura.

Esto es importante.

Que un documento sea antiguo no significa que sea inspirado.

Que mencione a Jesús no significa que sea apostólico.

Que tenga lenguaje espiritual no significa que tenga autoridad bíblica.

La Iglesia tenía que discernir.

Los escritos reconocidos como Nuevo Testamento no fueron aceptados simplemente porque existían.

Fueron recibidos porque tenían conexión apostólica, coherencia con la regla de la fe recibida, uso amplio en las iglesias y testimonio espiritual reconocido por el pueblo de Dios.

En otras palabras, la Iglesia no estaba inventando una Biblia.

Estaba reconociendo la voz del Pastor en los escritos que habían sido dados.

Jesús dijo:

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”.

Juan 10:27.

6. Criterios de reconocimiento

Podemos resumir varios criterios que ayudaron al reconocimiento del canon del Nuevo Testamento.

El primero fue la **apostolicidad**.

El escrito debía proceder de un apóstol o estar ligado al testimonio apostólico.

Por ejemplo, Marcos estuvo asociado con Pedro.

Lucas estuvo asociado con Pablo y realizó investigación cuidadosa.

El segundo criterio fue la **ortodoxia**.

El escrito debía estar en armonía con la verdad apostólica recibida.

No podía contradecir el evangelio.

El tercer criterio fue el **uso en las iglesias**.

Los escritos fueron leídos, copiados y usados en la adoración, enseñanza y vida de las comunidades cristianas.

El cuarto criterio fue el **testimonio espiritual y doctrinal**.

Las iglesias reconocieron en esos escritos una autoridad distinta.

No eran simplemente buenos libros.

Eran recibidos como norma para la fe y la práctica.

Estos criterios no fabricaron inspiración.

Ayudaron a reconocer lo que Dios había dado.

7. ¿Qué pasó con los llamados evangelios perdidos?

De vez en cuando se habla de “evangelios perdidos” o “libros prohibidos”.

El lenguaje suena misterioso.

Atrae curiosidad.

Pero debemos examinar con cuidado.

Muchos de esos escritos aparecieron más tarde, no proceden del testimonio apostólico directo y presentan ideas muy diferentes al mensaje bíblico.

Algunos están influenciados por corrientes gnósticas, donde la salvación se entiende como conocimiento secreto, y la creación material se ve de maneras incompatibles con la fe bíblica.

El problema no fue que la Iglesia eliminó libros peligrosos porque no le convenía.

El problema fue que esos escritos no tenían el mismo origen, autoridad ni coherencia apostólica que los libros reconocidos.

No todo lo que lleva un nombre bíblico pertenece a la Biblia.

Un documento puede llamarse “evangelio” y no ser Evangelio.

Puede usar el nombre de un apóstol y no venir de un apóstol.

Puede sonar espiritual y no ser verdad apostólica.

El discernimiento era necesario.

Y sigue siendo necesario hoy.

8. El canon no fue una conspiración política

Una idea popular afirma que el canon fue decidido por poder político.

Según esa versión, algunos líderes se reunieron, seleccionaron libros convenientes, eliminaron otros y produjeron la Biblia que conocemos por intereses de control.

El problema con esa teoría es que simplifica y distorsiona la historia.

Mucho antes de que hubiera reconocimiento imperial del cristianismo, las iglesias ya estaban leyendo, copiando y usando escritos apostólicos.

Las cartas de Pablo circulaban.

Los Evangelios eran leídos.

Los escritos apostólicos tenían autoridad en las comunidades cristianas.

El reconocimiento del canon fue un proceso, no una invención repentina.

Cuando posteriormente hubo concilios y listas, estos confirmaron una realidad que ya venía desarrollándose en la vida de la Iglesia.

La persecución incluso hizo más urgente saber cuáles libros eran Escritura.

Si las autoridades exigían entregar libros sagrados, los cristianos necesitaban saber qué escritos tenían esa autoridad.

No era un juego académico.

Era una cuestión de fidelidad.

9. El pueblo de Dios recibió, leyó y preservó

Piense en una iglesia antigua recibiendo una carta apostólica.

La carta se leía públicamente.

Luego se copiaba.

Se compartía con otras comunidades.

Pablo instruyó:

“Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses”.

Colosenses 4:16.

Esta circulación ayudó a que los escritos fueran conocidos más ampliamente.

También permitió comparar, preservar y reconocer cuáles documentos tenían autoridad apostólica.

El proceso no fue idéntico en todas las regiones al mismo tiempo.

Algunos libros fueron reconocidos ampliamente desde temprano.

Otros tardaron más en ser recibidos universalmente, no porque fueran falsos, sino porque había que confirmar su origen y autoridad.

Esto no debe asustarnos.

Más bien muestra seriedad.

La Iglesia no debía aceptar cualquier escrito sin discernimiento.

10. Los libros discutidos y la paciencia del reconocimiento

Algunos libros del Nuevo Testamento fueron discutidos en ciertos lugares durante un tiempo.

Entre ellos, Hebreos, Santiago, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

¿Por qué?

Por razones como autoría, circulación limitada o preguntas doctrinales.

Pero con el tiempo, fueron reconocidos ampliamente por su fidelidad apostólica y su uso en la Iglesia.

Esto demuestra que el proceso no fue irresponsable.

No se aceptó todo rápidamente.

Hubo examen.

Hubo comparación.

Hubo cuidado.

La fe cristiana no necesita fingir que no hubo preguntas.

Las preguntas existieron.

Pero fueron enfrentadas.

Y el resultado fue el reconocimiento del canon que la Iglesia ha recibido históricamente.

11. El canon está cerrado

Una pregunta importante es:

¿Puede añadirse otro libro a la Biblia?

La respuesta cristiana histórica es no.

¿Por qué?

Porque la revelación apostólica fundacional ya fue dada.

La Iglesia está edificada:

“Sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”.

Efesios 2:20.

El fundamento no se coloca una y otra vez.

La Iglesia continúa siendo iluminada, guiada y fortalecida por el Espíritu Santo, pero no recibe nuevas Escrituras que tengan la misma autoridad que los profetas y apóstoles.

Esto protege a la Iglesia.

Cada generación puede tener predicadores, maestros, profetas en sentido de proclamación, líderes y siervos usados por Dios.

Pero nadie puede agregar un capítulo a la Biblia.

Nadie puede colocar su revelación personal al mismo nivel que la Escritura.

Nadie puede decir:

“Dios me mostró algo que corrige lo que está escrito”.

El canon cerrado guarda a la Iglesia de la esclavitud espiritual ante voces que quieren reclamar autoridad absoluta.

12. La diferencia entre iluminación e inspiración

Aquí necesitamos aclarar otro punto.

El Espíritu Santo ilumina a los creyentes.

Nos ayuda a comprender, recibir y aplicar la Palabra.

Pero la iluminación no es lo mismo que inspiración bíblica.

Inspiración se refiere a la obra única de Dios mediante la cual las Escrituras fueron dadas.

Iluminación se refiere a la obra del Espíritu ayudándonos a entender y obedecer lo que ya fue dado.

Cuando un predicador enseña con claridad, no está escribiendo Escritura.

Cuando una persona recibe dirección de Dios, no está añadiendo al canon.

Cuando una iglesia discierne una situación, no está produciendo una nueva Biblia.

Esto debe quedar claro.

Muchos errores comienzan cuando alguien confunde su impresión espiritual con autoridad bíblica.

Podemos decir:

“Creo que Dios me está guiando”.

Pero debemos tener cuidado con usar frases que cierran todo examen, como si nadie pudiera evaluar nada.

El Nuevo Testamento nos llama a probar, discernir y examinar.

La Palabra escrita permanece como regla final.

13. ¿Y los libros deuterocanónicos?

En conversaciones sobre el canon también surge la pregunta acerca de los libros llamados deuterocanónicos por la tradición católica, y apócrifos por muchos protestantes.

Estos escritos forman parte de una discusión histórica importante.

Algunos fueron valorados como lectura útil o histórica en ciertos contextos, pero no fueron reconocidos por la tradición judía hebrea de la misma manera que la Ley, los Profetas y los Escritos.

La Reforma Protestante hizo una distinción clara entre estos libros y el canon del Antiguo Testamento recibido como Escritura normativa.

Aquí debemos ser respetuosos, pero firmes.

Pueden estudiarse históricamente.

Pueden ayudar a comprender ciertos períodos.

Pero no deben colocarse con la misma autoridad normativa que las Escrituras inspiradas reconocidas en el canon hebreo y apostólico.

La autoridad doctrinal de la Iglesia debe descansar sobre la Palabra de Dios inspirada.

14. ¿Por qué esto importa para el creyente común?

Alguien podría decir:

“Esto parece un tema para teólogos. ¿Por qué debería importarme?”

Importa mucho.

Porque cuando usted abre la Biblia, necesita saber que no está leyendo una colección improvisada.

Necesita confiar en que no faltan libros necesarios para su salvación.

Necesita saber que Dios no dejó a su Iglesia sin dirección.

Necesita entender que ninguna persona puede venir hoy con un libro nuevo reclamando autoridad superior.

Necesita distinguir entre la Palabra inspirada y enseñanzas humanas.

Necesita tener seguridad cuando enseña a sus hijos, predica, discipula, evangeliza o enfrenta confusión doctrinal.

El canon no es una curiosidad académica.

Es una protección espiritual.

Nos ayuda a saber dónde está la norma.

15. Una Biblia suficiente

Si Dios nos ha dado las Escrituras, entonces no estamos abandonados a la especulación.

La Biblia contiene todo lo necesario para conocer a Dios, comprender la salvación, vivir en obediencia y cumplir la misión.

Eso no significa que responde cada curiosidad que tenemos.

No nos dice todo lo que quisiéramos saber.

Pero nos da todo lo que necesitamos para la fe y la vida delante de Dios.

Judas escribió:

“Que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”.

Judas 1:3.

Una vez dada.

No reinventada en cada generación.

No reconstruida por cada líder nuevo.

No actualizada por cada moda espiritual.

La Iglesia debe avanzar, predicar, traducir, enseñar, aplicar y comunicar la verdad a nuevos contextos.

Pero no tiene autoridad para cambiar el fundamento.

16. Cuando la duda se convierte en oportunidad

Quizás alguien que lee este capítulo ha tenido dudas.

Tal vez escuchó que la Biblia fue manipulada.

Tal vez alguien le dijo que hubo libros escondidos.

Tal vez sintió temor de estudiar el tema.

Quiero decirle algo con claridad:

No tenga miedo de investigar con humildad.

La fe cristiana no depende de ignorancia.

Pero tampoco se alimente de videos superficiales diseñados para sembrar sospecha sin presentar la historia con responsabilidad.

Busque fuentes serias.

Estudie.

Pregunte.

Ore.

Y recuerde algo: Dios ha preservado a su pueblo mediante su Palabra a través de generaciones.

Si hoy tenemos la Biblia, no es porque la historia haya estado fuera del control de Dios.

El mismo Dios que inspiró las Escrituras también gobernó providencialmente su reconocimiento y preservación.

17. El peligro de querer añadir o quitar

La Biblia termina con una advertencia fuerte:

“Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro.
Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida”.

Apocalipsis 22:18-19.

Aunque estas palabras se refieren directamente al libro de Apocalipsis, expresan un principio serio:

No debemos tratar la revelación de Dios con ligereza.

Añadir es peligroso.

Quitar es peligroso.

Hoy muchos no añaden capítulos físicamente a la Biblia, pero añaden doctrinas que gobiernan como si fueran Escritura.

Otros no arrancan páginas, pero eliminan en la práctica los textos que los confrontan.

Ambas actitudes son peligrosas.

Debemos recibir la Palabra completa con humildad.

18. El canon y la misión

La Iglesia no recibió el canon para encerrarse en debates interminables.

Recibió la Palabra para proclamarla.

Si sabemos que Dios ha hablado, entonces debemos llevar ese mensaje.

La Biblia no fue preservada para decorar estanterías.

Fue dada para ser leída, predicada, traducida, enseñada, memorizada, obedecida y llevada a las naciones.

Cada Biblia abierta en un hogar es una oportunidad.

Cada sermón fiel es una responsabilidad.

Cada clase bíblica es un acto de mayordomía.

Cada traducción fiel es parte de la expansión de la Palabra.

Cada libro doctrinal serio puede ayudar a una generación a permanecer firme.

El canon nos da seguridad para la misión.

No predicamos nuestras ideas.

Proclamamos la Palabra dada por Dios.

REFLEXIÓN FINAL

Imagine una comunidad cristiana antigua reunida en secreto.

No tienen templos grandes.

No tienen sonido profesional.

No tienen pantallas.

No tienen redes sociales.

Quizás hay persecución.

Quizás hay miedo.

Pero alguien se levanta con un rollo o una carta.

La comunidad guarda silencio.

La Palabra es leída.

Los creyentes escuchan.

Son corregidos.

Son consolados.

Son fortalecidos.

Son enviados.

Aquellos escritos fueron preservados, copiados, compartidos y reconocidos por el pueblo de Dios.

Y hoy, siglos después, usted puede abrir la Biblia y escuchar el mismo testimonio inspirado.

Por eso no debemos tratar el canon como un simple dato histórico.

Debemos verlo con gratitud y reverencia.

Dios no dejó a su Iglesia sin Palabra.

No dejó la verdad perdida en la confusión.

No entregó su pueblo a una autoridad cambiante.

Nos dio las Escrituras.

Y ahora la pregunta vuelve a nosotros:

¿Estamos viviendo como personas que han recibido la Palabra de Dios?

Oremos:

**Señor, gracias porque no dejaste a tu pueblo sin dirección.
Gracias por las Escrituras que nos han sido transmitidas.
Danos discernimiento para reconocer la diferencia entre tu Palabra y las voces humanas.
Líbranos de añadir lo que tú no has dicho y de quitar lo que nos incomoda.
Forma en nosotros amor por la verdad, obediencia humilde y fidelidad para transmitir tu Palabra a otros.
En el nombre de Jesús. Amén.**

En el próximo capítulo seguiremos el camino de la Biblia a través del tiempo.

Ya hablamos del canon.

Ahora necesitamos preguntarnos:

¿Cómo llegó la Palabra desde los manuscritos antiguos hasta nuestras manos?

Ese será nuestro siguiente paso.

CAPÍTULO 6

EL LARGO VIAJE DE LA PALABRA HASTA NUESTRAS MANOS

Una Biblia sobre la mesa y siglos detrás de ella

Tome una Biblia en sus manos.

Mírela por un momento.

Quizás está impresa en papel delgado.

Quizás la tiene en su teléfono.

Quizás la escucha en audio.

Quizás la lee en una versión moderna, con capítulos, versículos, notas, mapas y referencias.

Pero esa Biblia que hoy parece tan accesible tiene una historia inmensa detrás.

No llegó a nosotros de manera simple.

Atravesó siglos.

Atravesó idiomas.

Atravesó persecuciones.

Atravesó copias manuales.

Atravesó traducciones.

Atravesó debates.

Atravesó intentos de destrucción.

Atravesó la fidelidad de generaciones que amaron la Palabra más que su propia comodidad.

Antes de que usted pudiera abrir una Biblia en segundos, hubo hombres y mujeres que no tenían una copia personal.

Antes de que existieran imprentas, hubo escribas copiando cuidadosamente.

Antes de que existieran aplicaciones bíblicas, hubo rollos, pergaminos y manuscritos.

Antes de que la Biblia llegara a tantos idiomas, hubo traductores que dedicaron su vida a que otros pudieran escuchar a Dios en su propia lengua.

Cuando entendemos ese viaje, dejamos de tratar la Biblia con ligereza.

1. La Palabra primero fue recibida en idiomas concretos

La Biblia no fue escrita originalmente en español, inglés, francés o portugués.

El Antiguo Testamento fue escrito principalmente en hebreo, con algunas porciones en arameo.

El Nuevo Testamento fue escrito en griego común del primer siglo.

Esto nos recuerda algo importante.

Dios habló en la historia.

Utilizó idiomas reales.

No habló en un lenguaje secreto reservado para una élite espiritual.

Habló de manera que personas reales pudieran escuchar, leer, memorizar y transmitir.

El hebreo fue la lengua principal del pueblo del pacto en el Antiguo Testamento.

El arameo aparece en algunas secciones y fue una lengua importante en ciertos períodos históricos.

El griego del Nuevo Testamento permitió que el mensaje de Cristo circulara ampliamente en el mundo mediterráneo.

Dios no eligió idiomas por accidente.

Su Palabra entró en los caminos reales de la comunicación humana.

2. Rollos, pergaminos y copias

Hoy estamos acostumbrados a libros encuadernados.

Pero en el mundo antiguo, los textos circulaban en formas distintas.

Se usaban rollos.

Se usaban pergaminos.

Se usaban materiales preparados cuidadosamente para escribir.

No existía una impresora.

No existía una fotocopiadora.

No existía copiar y pegar.

Si una comunidad necesitaba una copia de un texto, alguien debía copiarlo a mano.

Línea por línea.

Palabra por palabra.

Letra por letra.

Piense en la responsabilidad.

Copiar la Palabra no era un acto ligero.

Un error podía entrar si el copista se distraía.

Por eso el proceso debía hacerse con cuidado.

Esto no significa que nunca existieron variantes entre manuscritos.

Sí existieron.

Más adelante hablaremos de eso.

Pero la existencia de muchas copias también permitió comparar, estudiar y reconstruir con gran confianza el texto transmitido.

La abundancia de manuscritos no debilita nuestra confianza.

La fortalece, porque permite ver el testimonio textual desde diferentes lugares y épocas.

3. La Palabra fue leída en comunidad

Durante gran parte de la historia bíblica, muchas personas no tenían una copia personal de las Escrituras.

La Palabra era leída públicamente.

Moisés escribió la ley y esta debía ser leída al pueblo.

En tiempos de Nehemías, Esdras leyó la ley delante de la congregación.

La Escritura dice:

“Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura”.

Nehemías 8:8.

Esa escena es poderosa.

La Palabra se lee.

Se explica.

El pueblo entiende.

Y responde.

En el Nuevo Testamento, Pablo ordena que sus cartas sean leídas en la iglesia.

“Os conjuro por el Señor, que esta carta se lea a todos los santos hermanos”.

1 Tesalonicenses 5:27.

La Biblia no fue dada para permanecer encerrada.

Fue dada para formar al pueblo de Dios.

Por eso la lectura pública, la enseñanza y la explicación fiel son tan importantes.

4. La Septuaginta: cuando la Palabra cruzó fronteras lingüísticas

Con el tiempo, muchos judíos vivían fuera de Israel y hablaban griego.

Entonces surgió la necesidad de una traducción griega del Antiguo Testamento.

Esa traducción es conocida como la Septuaginta.

Su existencia nos recuerda algo fundamental:

Dios no está limitado a un solo idioma.

La traducción bíblica forma parte de la expansión de la Palabra.

Cuando el Nuevo Testamento cita el Antiguo Testamento, muchas veces lo hace usando formas cercanas a la traducción griega conocida en aquel mundo.

Esto muestra que la Palabra de Dios podía ser comunicada fielmente en otro idioma.

La traducción no es un obstáculo para la misión.

Es una herramienta de la misión.

Cada vez que la Biblia llega a una lengua, una comunidad recibe acceso más directo al testimonio de Dios.

5. El Nuevo Testamento comenzó a circular

Las cartas apostólicas no fueron escritas para guardarse en secreto.

Fueron enviadas.

Leídas.

Copiadas.

Compartidas.

Pablo escribió a los colosenses:

“Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses”.

Colosenses 4:16.

Esto muestra circulación.

Una carta dirigida a una iglesia podía ser leída en otra.

Los escritos apostólicos comenzaron a ser conocidos por diferentes comunidades.

Los Evangelios también fueron copiados y transmitidos.

Las iglesias necesitaban conservar el testimonio de Cristo y la enseñanza apostólica.

No debemos imaginar una transmisión caótica sin cuidado.

Tampoco debemos imaginar un proceso mecánico sin participación humana.

Hubo comunidades.

Hubo copistas.

Hubo lectores.

Hubo maestros.

Hubo preservación.

La Palabra caminó por la historia mediante personas que la recibieron como tesoro.

6. Persecución y preservación

Hubo épocas en que poseer las Escrituras podía ser peligroso.

En distintos momentos, autoridades hostiles intentaron destruir libros sagrados.

Algunos creyentes tuvieron que decidir si entregaban los textos o arriesgaban su vida.

Esto nos confronta.

Hoy muchos tienen Biblias en abundancia y no las leen.

Otros, en generaciones anteriores, arriesgaron mucho para preservarlas.

No digo esto para producir culpa superficial.

Lo digo para despertar reverencia.

Una Biblia olvidada en una mesa puede ser testimonio de una generación que tiene acceso, pero no hambre.

Y una Biblia escondida por creyentes perseguidos puede ser testimonio de una fe que reconocía el valor de la Palabra.

La pregunta no es solamente cómo llegó la Biblia hasta nosotros.

La pregunta también es:

¿Qué estamos haciendo nosotros con ella?

7. La Vulgata y la necesidad de traducción

Con el paso del tiempo, el latín se convirtió en una lengua muy importante en la Iglesia occidental.

Jerónimo realizó una traducción al latín conocida como la Vulgata.

Durante siglos, esta traducción tuvo enorme influencia.

Pero aquí aparece un principio que debemos recordar:

Cuando la lengua del pueblo cambia y la Biblia permanece inaccesible, se crea distancia.

La Palabra debe ser enseñada.

Debe ser traducida fielmente.

Debe llegar al corazón y al entendimiento de las personas.

No para rebajar su mensaje.

Sino para comunicarlo.

Una traducción fiel no es traición a la Palabra.

Es servicio a la Palabra.

Porque Dios habló para ser entendido.

8. La imprenta cambió la historia

Antes de la imprenta, cada copia requería un enorme trabajo manual.

Pero con la llegada de la imprenta, la distribución de la Biblia cambió radicalmente.

Las Escrituras pudieron reproducirse en cantidades mucho mayores.

Esto abrió una puerta extraordinaria.

Más personas podían tener acceso.

Más comunidades podían leer.

Más creyentes podían estudiar.

La Reforma Protestante estuvo profundamente conectada con la recuperación de la autoridad de la Escritura y con su disponibilidad en lenguas comprensibles para el pueblo.

Cuando la Biblia llega al idioma del pueblo, la Palabra comienza a confrontar no solamente a individuos, sino también sistemas religiosos enteros.

Por eso la traducción y difusión bíblica nunca han sido asuntos menores.

Son asuntos de reforma, discipulado y misión.

9. La Biblia en el idioma del pueblo

Uno de los grandes movimientos de la historia cristiana ha sido llevar la Biblia al idioma de las personas.

Porque cuando el pueblo no entiende, queda dependiente completamente de otros.

Y cuando quienes enseñan se desvían, el pueblo no tiene cómo examinar.

La Escritura en el idioma del pueblo fortalece la responsabilidad personal.

Permite leer.

Comparar.

Memorizar.

Meditar.

Enseñar en casa.

Discipular hijos.

Formar iglesias.

Evangelizar.

Pero también exige responsabilidad.

Tener acceso a la Biblia no significa interpretarla irresponsablemente.

El pueblo necesita la Palabra y maestros fieles que ayuden a entenderla correctamente.

Nehemías 8 nos recuerda el equilibrio:

Se leyó claramente.

Se explicó el sentido.

El pueblo entendió.

Ese es el modelo.

10. Capítulos y versículos: ayudas posteriores

Algo que muchos creyentes no saben es que los capítulos y versículos no formaban parte del texto original de la Biblia de la manera en que los conocemos hoy.

Fueron añadidos posteriormente como ayudas para ubicar pasajes.

Son muy útiles.

Nos permiten encontrar textos, enseñar, memorizar y estudiar.

Pero también pueden crear un problema si olvidamos que los libros bíblicos fueron escritos como unidades completas.

A veces leemos un versículo aislado y no consideramos el argumento completo.

Los números nos ayudan a ubicar.

Pero no deben reemplazar la lectura contextual.

Cuando Pablo escribió Romanos, no escribió primero “capítulo 8, versículo 28”.

Escribió una carta.

Cuando leemos la Biblia, debemos aprovechar las divisiones, pero no quedar prisioneros de una lectura fragmentada.

11. Las versiones modernas

Hoy existen muchas traducciones de la Biblia.

Algunas personas se confunden al ver tantas versiones.

Pero las traducciones buscan comunicar el texto bíblico desde los idiomas originales a lenguas actuales.

Algunas son más literales.

Otras buscan una equivalencia más dinámica.

Algunas son útiles para estudio detallado.

Otras ayudan a lectura fluida.

Lo importante es escoger traducciones responsables, realizadas por equipos competentes y basadas en los textos originales.

También es útil comparar versiones cuando se estudia un pasaje.

Pero debemos evitar dos extremos.

El primer extremo es pensar que una sola traducción moderna agota toda la riqueza del texto.

El segundo extremo es pensar que la existencia de varias traducciones significa que nadie sabe qué dice la Biblia.

No es así.

Las diferencias entre traducciones muchas veces reflejan decisiones legítimas sobre cómo expresar fielmente el sentido en otro idioma.

El estudiante serio aprende a comparar con humildad.

12. La Palabra y la tecnología

Vivimos en un tiempo extraordinario.

Podemos llevar la Biblia en un teléfono.

Podemos escucharla mientras manejamos.

Podemos buscar palabras en segundos.

Podemos consultar mapas, diccionarios, comentarios y recursos en línea.

Esto es una bendición.

Pero también puede convertirse en una distracción.

El acceso rápido no siempre produce meditación profunda.

Podemos leer muchos versículos y no detenernos en ninguno.

Podemos saltar de una versión a otra sin obedecer una sola verdad.

Podemos coleccionar información bíblica sin permitir que la Palabra forme nuestro carácter.

La tecnología debe servir a la Palabra.

No reemplazar la disciplina espiritual.

Una Biblia digital sigue siendo Biblia.

Pero un corazón distraído puede tener acceso a miles de recursos y seguir sin escuchar.

13. La preservación no significa ausencia de historia

Algunas personas piensan que para confiar en la Biblia tendríamos que tener una transmisión sin copias, sin variantes, sin traducciones y sin historia.

Pero Dios no preservó su Palabra evitando la historia.

La preservó a través de la historia.

A través de comunidades.

A través de manuscritos.

A través de copistas.

A través de traducciones.

A través de persecuciones.

A través de generaciones imperfectas, pero sostenidas por la providencia divina.

Esto nos enseña algo acerca de Dios.

Él no teme usar medios humanos.

Así como utilizó autores humanos para dar la Escritura, utilizó también procesos históricos para transmitirla.

Nuestra confianza no descansa en que cada copista fuera perfecto.

Descansa en la providencia de Dios y en la abundancia de testimonio textual que permite reconocer el mensaje recibido.

14. Una cadena de fidelidad

Piense por un momento en todas las manos por las que pasó la Palabra.

Profetas que escribieron.

Escribas que copiaron.

Comunidades que leyeron.

Creyentes que memorizaron.

Maestros que explicaron.

Traductores que trabajaron.

Impresores que arriesgaron.

Misioneros que llevaron Biblias a nuevos pueblos.

Padres y madres que enseñaron a sus hijos.

Pastores que predicaron.

Mártires que murieron creyendo.

Y ahora usted.

La Biblia llegó a sus manos.

No para que la cadena termine.

Sino para que continúe.

Cada generación debe recibir, obedecer y transmitir.

Pablo le dijo a Timoteo:

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

2 Timoteo 2:2.

Allí hay una cadena.

Pablo.

Timoteo.

Hombres fieles.

Otros.

La Palabra no debe detenerse en nosotros.

15. La responsabilidad de una editorial cristiana

Aquí quiero hacer una aplicación directa.

Si Dios preservó su Palabra y permitió que llegara a nosotros, entonces toda editorial cristiana tiene una responsabilidad sagrada.

No publicamos simplemente contenido religioso.

No producimos libros para llenar catálogos.

No escribimos para multiplicar títulos vacíos.

Cada libro cristiano debe servir a la verdad de Dios.

Debe ayudar a comprender, obedecer, enseñar, defender y vivir la Palabra.

Una editorial cristiana no puede tratar la Biblia como un accesorio.

Debe tratarla como fundamento.

Los libros pueden explicar, organizar, aplicar y enseñar.

Pero nunca deben reemplazar la Escritura.

El buen libro cristiano no busca desplazar la Biblia.

Busca llevar al lector de regreso a ella.

Esa debe ser nuestra medida.

Si un libro produce admiración por el autor, pero no hambre por la Palabra, algo está mal.

Si un libro emociona, pero no forma bíblicamente, algo está incompleto.

Si un libro informa, pero no conduce a obediencia, falta algo.

La Palabra debe gobernar la editorial, el instituto, el púlpito y la vida.

16. Una Biblia que costó demasiado para ser ignorada

Algunos creyentes tratan la Biblia como algo común porque siempre la han tenido cerca.

Pero no siempre fue así.

Hubo tiempos en que una copia era costosa.

Hubo tiempos en que muchos no podían leerla en su idioma.

Hubo tiempos en que traducirla podía traer persecución.

Hubo tiempos en que poseerla podía despertar sospecha.

Hoy podemos tenerla con facilidad.

Eso no debe volvernos indiferentes.

La abundancia puede producir descuido.

Pero el acceso debe producir gratitud.

No debemos esperar perder la libertad de leer la Biblia para valorar el privilegio de tenerla.

17. De nuestras manos al corazón

El viaje de la Biblia hasta nosotros no termina cuando llega a nuestras manos.

Debe continuar hasta el corazón.

Una Biblia comprada, pero no leída, no forma.

Una Biblia leída, pero no entendida, necesita enseñanza.

Una Biblia entendida, pero no obedecida, produce responsabilidad.

Jesús habló de quienes oyen sus palabras y las hacen.

Los comparó con un hombre prudente que edificó sobre la roca.

También habló de quienes oyen y no hacen.

Los comparó con un hombre que edificó sobre la arena.

La diferencia no era haber escuchado o no.

Ambos oyeron.

La diferencia fue obedecer.

La Palabra llegó a sus oídos.

Pero en uno descendió a la obediencia.

En el otro quedó sin práctica.

Mateo 7:24-27 nos confronta.

No basta que la Biblia haya llegado a nuestra generación.

Debe gobernar nuestra vida.

REFLEXIÓN FINAL

La Biblia que hoy tenemos no llegó a nosotros por casualidad.

Viene de una historia de revelación, inspiración, reconocimiento, preservación, copia, traducción, lectura, enseñanza y transmisión.

Dios habló.

Sus siervos escribieron.

Su pueblo recibió.

Los textos fueron conservados.

Las Escrituras cruzaron idiomas.

La Palabra llegó a naciones.

Y ahora está delante de nosotros.

La pregunta es inevitable:

¿Valoramos lo que hemos recibido?

No tratemos la Biblia como algo común.

No permitamos que la facilidad de acceso produzca indiferencia.

No dejemos que una generación con miles de recursos bíblicos viva con hambre espiritual por falta de obediencia.

Oremos:

Señor, gracias porque tu Palabra llegó hasta nosotros.
Gracias por quienes la escribieron, copiaron, preservaron, tradujeron y enseñaron.
Perdóname por las veces que he tenido acceso a la Biblia, pero no hambre por ella.
Haz que tu Palabra pase de mis manos a mi corazón, de mi corazón a mi obediencia y de mi obediencia a la enseñanza de otros.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo daremos un paso más delicado.

Si la Biblia fue copiada y transmitida a través de generaciones, algunos preguntan:

¿Podemos confiar en el texto que tenemos hoy?

Responderemos con honestidad y sin temor.

CAPÍTULO 7

¿PODEMOS CONFIAR EN LA BIBLIA QUE TENEMOS HOY?

La pregunta detrás de la sospecha

Hay una pregunta que aparece una y otra vez:

¿Cómo sabemos que la Biblia que tenemos hoy no fue cambiada con el paso del tiempo?

La pregunta es válida.

No debemos burlarnos de quien la hace.

Muchos la hacen porque han escuchado afirmaciones fuertes.

“La Biblia fue manipulada”.

“La Biblia fue cambiada por la Iglesia”.

“Los textos originales se perdieron”.

“Cada traducción dice algo diferente”.

“Después de tantos siglos, nadie puede saber qué decía realmente”.

Esas frases pueden sonar convincentes para quien nunca ha estudiado el tema.

Pero una afirmación repetida muchas veces no se convierte automáticamente en verdad.

Debemos examinar.

Y al examinar, encontramos algo importante:

La transmisión bíblica tiene historia, sí.

Tiene copias, sí.

Tiene variantes textuales, sí.

Pero nada de eso destruye nuestra confianza en el mensaje de las Escrituras.

Al contrario, cuando estudiamos con seriedad cómo llegó la Biblia hasta nosotros, descubrimos que nuestra fe no necesita apoyarse en ignorancia.

Podemos tener confianza.

No una confianza ingenua.

Una confianza informada.

1. No tenemos los manuscritos originales, pero eso no significa que no tengamos el texto

Comencemos con honestidad.

No poseemos físicamente los manuscritos originales escritos por Moisés, Isaías, Pablo, Juan o los demás autores bíblicos.

Esos escritos originales son llamados a veces **autógrafos**.

Pero no tener el documento original no significa que no podamos conocer su contenido.

Piense en una carta antigua.

El original se pierde.

Pero existen muchas copias hechas en diferentes lugares y épocas.

Si esas copias coinciden de manera amplia, y donde hay diferencias pueden compararse cuidadosamente, es posible reconstruir con mucha confianza el texto original.

Eso es parte del trabajo de la crítica textual.

La palabra “crítica” aquí no significa atacar la Biblia.

Significa examinar, comparar, evaluar.

La crítica textual busca estudiar los manuscritos disponibles para identificar la lectura más cercana al texto original.

Esto no debe asustarnos.

Dios no nos llamó a una fe que teme examinar los datos.

La verdad puede ser estudiada.

2. La abundancia de manuscritos es una fortaleza

Algunos escuchan que existen variantes entre manuscritos y se alarman.

Pero primero debemos entender algo:

Tenemos una gran cantidad de manuscritos y testigos textuales.

Eso permite comparar.

Si solo existiera una copia antigua, no podríamos comparar con otras.

Pero al existir muchas copias, de diferentes lugares y momentos, los estudiosos pueden analizar patrones, detectar errores de copia y confirmar el texto con alta confianza.

La existencia de variantes no significa que el texto se perdió.

Significa que tenemos suficiente evidencia para estudiar su transmisión.

Piense en un maestro que recibe cien copias manuscritas de un mismo documento.

En algunas copias, un estudiante omitió una palabra.

En otra, alguien repitió una línea.

En otra, una palabra fue escrita con una variación.

Pero si el maestro compara las cien copias, puede identificar con bastante claridad qué decía el documento original.

La multiplicidad ayuda.

No perjudica.

3. ¿Qué son las variantes textuales?

Una variante textual es una diferencia entre manuscritos.

Puede ser una letra.

Una palabra.

Un orden de palabras.

Una frase.

A veces puede tratarse de una omisión o adición accidental.

Algunas variantes son tan pequeñas que no afectan la traducción.

Otras pueden notarse en notas al pie de las Biblias modernas.

Pero es importante decir algo con claridad:

La gran mayoría de las variantes no cambia ninguna doctrina cristiana fundamental.

Ninguna doctrina central de la fe depende de un texto dudoso.

La divinidad de Cristo.

La resurrección.

La salvación por gracia.

La realidad del pecado.

El juicio.

La obra del Espíritu Santo.

La autoridad de Dios.

La misión de la Iglesia.

Estas verdades no descansan en un solo versículo cuestionado.

Están enseñadas a lo largo de las Escrituras.

Esto debe darnos tranquilidad.

4. Errores de copia no son lo mismo que corrupción doctrinal

Cuando un copista trabajaba a mano, podían ocurrir errores.

Una palabra omitida.

Una línea repetida.

Una letra confundida.

Un cambio de orden.

Eso no debe sorprendernos.

Lo sorprendente es la notable preservación del texto a través de tantos siglos.

Pero debemos distinguir entre errores de copia y corrupción doctrinal intencional.

Decir que hay variantes no es lo mismo que decir que la Biblia fue doctrinalmente destruida.

A veces se usa el lenguaje de “cambios” para dar la impresión de que nadie sabe nada.

Pero esa no es una conclusión justa.

Los estudiosos pueden identificar la mayoría de las variantes con claridad.

Las Biblias serias no esconden estos asuntos.

Muchas colocan notas indicando cuando un pasaje tiene variantes importantes.

Eso no debilita la confianza.

Muestra transparencia.

5. Dios preservó su Palabra a través de medios históricos

Algunas personas imaginan que preservación significa que Dios tendría que haber impedido todo error de copia en cada manuscrito.

Pero Dios no prometió que cada copista sería infalible.

La inspiración pertenece a los escritos originales dados por Dios.

La transmisión fue realizada mediante procesos humanos bajo la providencia divina.

Dios preservó su Palabra no evitando todo proceso histórico, sino gobernando la historia de tal manera que su mensaje no se perdiera.

Esto es consistente con la manera en que Dios obra.

Dios usó autores humanos para dar la Escritura.

Usó comunidades para recibirla.

Usó copistas para transmitirla.

Usó traductores para llevarla a idiomas.

Usó predicadores para proclamarla.

Usó maestros para explicarla.

La participación humana no significa ausencia de providencia divina.

6. El Antiguo Testamento y la transmisión cuidadosa

El Antiguo Testamento fue transmitido dentro de una cultura que tenía enorme reverencia por el texto sagrado.

Los escribas judíos desarrollaron prácticas cuidadosas de copia.

Más adelante, los manuscritos del mar Muerto mostraron algo importante: al comparar textos antiguos con manuscritos posteriores, se pudo observar una transmisión notablemente cuidadosa en muchas secciones.

Esto no significa que no hubiera diferencias textuales.

Significa que el texto fue tratado con gran seriedad.

La comunidad que recibió las Escrituras entendía que no estaba copiando literatura común.

Estaba preservando la Palabra del Dios del pacto.

7. El Nuevo Testamento y la expansión rápida

El Nuevo Testamento fue escrito en un contexto de misión.

Las iglesias crecían.

Las cartas circulaban.

Los Evangelios eran copiados.

El mensaje avanzaba hacia diferentes regiones.

Eso produjo abundancia de testigos textuales.

A diferencia de un documento oculto y controlado por un solo centro, los escritos cristianos se difundieron ampliamente.

Eso hizo imposible que una sola persona o grupo cambiara todo el texto en todas partes sin dejar evidencia.

Si alguien alteraba un manuscrito en una región, otros manuscritos en otras regiones podían conservar una lectura diferente.

La difusión temprana de los escritos apostólicos ayuda a nuestra confianza.

La Palabra no quedó encerrada en una bóveda bajo el control de unos pocos.

Caminó con la misión.

8. Las traducciones antiguas también dan testimonio

Además de manuscritos en los idiomas originales, existen traducciones antiguas.

Cuando la Biblia fue traducida a otros idiomas, esas versiones también se convirtieron en testigos de cómo era conocido el texto en determinadas épocas y lugares.

Esto ayuda a comparar.

Las citas de los padres de la Iglesia también ofrecen testimonio.

Ellos citaron extensamente las Escrituras en sermones, comentarios y escritos.

Todo esto forma una red de evidencia.

Manuscritos griegos.

Manuscritos hebreos.

Traducciones antiguas.

Citas patrísticas.

Leccionarios.

No dependemos de una sola línea frágil.

Hay un conjunto amplio de testimonio.

9. ¿Y las traducciones modernas?

Algunas personas se confunden al ver diferencias entre traducciones.

Una versión dice una frase de una manera.

Otra la expresa de forma distinta.

Eso no significa automáticamente contradicción.

Traducir es comunicar significado de un idioma a otro.

A veces una expresión del hebreo o del griego puede traducirse de varias maneras fieles según el contexto.

Algunas traducciones buscan conservar más literalmente la estructura del idioma original.

Otras buscan comunicar el sentido en un lenguaje más natural.

Ambos enfoques pueden tener valor si se hacen con fidelidad.

Por eso, para estudio serio, es útil comparar varias traducciones confiables.

Pero no debemos pensar que la existencia de distintas versiones significa que la Biblia es incierta.

La mayoría de las diferencias de traducción no alteran el mensaje central.

Más bien nos recuerdan que debemos estudiar con humildad.

10. La Biblia no depende de una traducción perfecta

Dios inspiró las Escrituras en los idiomas originales.

Las traducciones no son inspiradas en el mismo sentido técnico que los autógrafos.

Pero una traducción fiel comunica verdaderamente la Palabra de Dios.

Cuando Jesús y los apóstoles usaron las Escrituras, muchas veces el pueblo escuchaba el texto en formas traducidas o explicadas.

La Palabra podía cruzar idiomas.

Esto es una gran esperanza para la misión.

No todos necesitan aprender hebreo y griego para recibir la Palabra.

Aunque estudiar los idiomas originales puede ser muy valioso para maestros y pastores, Dios ha usado poderosamente traducciones fieles para salvar, discipular, corregir y enviar a millones de personas.

La traducción es un acto de misericordia misionera.

11. Textos difíciles: honestidad y confianza

Hay algunos pasajes conocidos que aparecen con notas en muchas Biblias.

Por ejemplo, el final largo de Marcos o el relato de la mujer sorprendida en adulterio en Juan.

Algunas Biblias señalan que ciertos manuscritos antiguos no contienen esos pasajes o los ubican de manera diferente.

¿Qué hacemos con eso?

Primero, no entrar en pánico.

Segundo, agradecer la honestidad de las ediciones bíblicas serias.

Tercero, reconocer que ninguna doctrina fundamental depende exclusivamente de esos pasajes.

Cuarto, estudiar el tema con responsabilidad.

La transparencia no destruye la fe.

La fortalece.

Una Biblia que incluye notas textuales no está escondiendo problemas.

Está mostrando al lector que la transmisión ha sido estudiada cuidadosamente.

El creyente maduro no necesita negar la existencia de preguntas.

Necesita aprender a responderlas con humildad.

12. La confiabilidad no significa que todo sea fácil

Confiar en la Biblia no significa que nunca encontraremos pasajes difíciles.

Existen textos complejos.

Hay diferencias entre relatos paralelos que requieren estudio.

Hay contextos culturales distantes.

Hay géneros literarios que debemos aprender a leer.

Hay detalles históricos que exigen paciencia.

Pero dificultad no es lo mismo que contradicción fatal.

Hay cosas que no entendemos de inmediato porque nos falta contexto.

Otras requieren comparar pasajes.

Otras nos confrontan porque nuestra cultura piensa diferente.

Otras simplemente nos recuerdan que la Biblia no fue escrita originalmente a nosotros, aunque sí fue escrita para nuestra enseñanza.

El estudiante humilde no abandona la confianza ante la primera dificultad.

Investiga.

Ora.

Consulta.

Estudia.

Espera.

13. La sospecha permanente también es una postura de fe

Algunas personas dicen:

“Yo no tengo fe, yo solo dudo”.

Pero la duda constante también se apoya en presuposiciones.

Quien siempre sospecha de la Biblia muchas veces confía en otras voces sin examinarlas con la misma dureza.

Confía en un documental.

En un video.

En un profesor.

En una teoría.

En una tradición crítica.

En su propia capacidad de juzgarlo todo.

Todos confiamos en algo.

La pregunta no es si tendremos fe.

La pregunta es en qué o en quién colocaremos nuestra confianza.

La fe cristiana no pide cerrar los ojos.

Pero tampoco acepta que la sospecha sea automáticamente más inteligente que la confianza.

Hay una confianza razonable.

Una confianza examinada.

Una confianza que puede mirar las preguntas y seguir diciendo:

Dios ha preservado su Palabra.

14. La Biblia ha resistido más ataques que cualquier otro libro

A través de la historia, la Biblia ha sido atacada, prohibida, quemada, ridiculizada y cuestionada.

Imperios pasaron.

Críticos pasaron.

Regímenes pasaron.

Modas intelectuales pasaron.

Pero la Palabra permanece.

Jesús dijo:

“El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”.

Mateo 24:35.

Esto no debe llevarnos a arrogancia.

Debe llevarnos a gratitud.

No somos guardianes de una palabra frágil que depende de nuestra fuerza.

Servimos al Dios que sostiene su verdad.

La Iglesia debe defender la Palabra, sí.

Debe estudiarla, traducirla, predicarla y vivirla.

Pero también debe recordar que Dios ha guardado su testimonio a través de generaciones.

15. Confianza no significa descuido

Confiar en la Biblia no significa tratar el texto de cualquier manera.

Precisamente porque confiamos en ella, debemos estudiarla bien.

Debemos evitar interpretaciones irresponsables.

Debemos cuidar las traducciones.

Debemos formar maestros.

Debemos enseñar hermenéutica.

Debemos corregir abusos.

Debemos evitar tomar pasajes fuera de contexto.

Debemos distinguir entre el texto inspirado y nuestras conclusiones apresuradas.

La confianza verdadera produce reverencia.

Y la reverencia produce cuidado.

Una persona que ama la Biblia no la usa como pretexto para decir lo que quiera.

La escucha.

La estudia.

La obedece.

16. La pregunta más profunda

Después de responder muchas inquietudes sobre manuscritos, copias, variantes y traducciones, debemos volver al corazón.

A veces la pregunta "¿puedo confiar en la Biblia?" es intelectual.

Pero otras veces es una pregunta espiritual.

Porque si puedo confiar en ella, entonces debo responderle.

Si la Biblia es confiable, entonces no puedo tratarla como una opinión más.

Si Dios ha preservado su Palabra, entonces soy responsable delante de ella.

Por eso algunas personas no quieren que la Biblia sea confiable.

No porque hayan estudiado todos los datos.

Sino porque una Biblia confiable exige rendición.

La pregunta académica puede esconder una resistencia del corazón.

No siempre.

Pero puede ocurrir.

Entonces debemos ser honestos:

¿Estoy buscando la verdad?

¿O estoy buscando una excusa para no obedecer?

17. Una Palabra confiable para un mundo confundido

Vivimos en un tiempo donde muchas cosas parecen inestables.

Las ideas cambian rápidamente.

Los valores públicos se redefinen.

Lo que ayer era celebrado mañana puede ser rechazado.

Las personas están saturadas de información y hambrientas de verdad.

En medio de ese ruido, la Iglesia necesita algo más que creatividad.

Necesita una Palabra confiable.

No podemos discipular naciones con opiniones inseguras.

No podemos formar ministros sobre dudas permanentes.

No podemos sostener familias, capellanes, pastores, evangelistas y misioneros si no hay fundamento.

La Biblia confiable es parte de la misericordia de Dios para una generación confundida.

REFLEXIÓN FINAL

Podemos confiar en la Biblia que tenemos hoy.

No porque ignoremos su historia.

Sino porque la conocemos mejor.

Sabemos que fue transmitida mediante manuscritos.

Sabemos que existieron copias.

Sabemos que hay variantes.

Sabemos que hubo traducciones.

Pero también sabemos que Dios no dejó su Palabra perderse en la oscuridad.

El mensaje central ha sido preservado.

La verdad de Cristo permanece clara.

La salvación es anunciada.

La santidad de Dios es revelada.

El pecado es confrontado.

La gracia es proclamada.

La esperanza eterna sigue brillando.

Por eso, cuando abrimos la Biblia, no debemos acercarnos con miedo.

Debemos acercarnos con reverencia.

Oremos:

Señor, gracias porque tu Palabra ha llegado hasta nosotros.
Gracias porque no nos dejaste en confusión.
Danos una confianza humilde, no arrogante; una fe informada, no ingenua; una reverencia profunda, no superficial.
Ayúdanos a estudiar con seriedad, obedecer con prontitud y enseñar con fidelidad.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo trataremos otro asunto importante.

¿Qué hacemos cuando encontramos pasajes difíciles?

¿Cómo respondemos ante aparentes contradicciones?

¿Cómo evitar respuestas superficiales sin caer en incredulidad?

Ese será nuestro siguiente paso.

CAPÍTULO 8

PREGUNTAS DIFÍCILES Y APARENTES CONTRADICCIONES

Cuando la fe se encuentra con preguntas que no puede ignorar

Hay creyentes que aman la Biblia, pero un día se encuentran con un pasaje que los detiene.

Leen algo y se preguntan:

¿Cómo entiendo esto?

Tal vez encuentran dos relatos que parecen contar el mismo acontecimiento con detalles diferentes.

Quizás leen una ley del Antiguo Testamento y no comprenden cómo se relaciona con el carácter de Dios.

Tal vez comparan los Evangelios y notan que un autor menciona ciertos detalles y otro no.

O quizá alguien les hace una pregunta difícil, y por primera vez se dan cuenta de que nunca habían pensado en ese asunto.

En ese momento algunos sienten miedo.

Piensan que tener preguntas es falta de fe.

Pero no siempre es así.

Una pregunta sincera puede convertirse en una puerta hacia mayor profundidad.

El problema no es preguntar.

El problema es preguntar con orgullo, sin humildad, sin deseo de aprender, o usando la pregunta como excusa para no obedecer.

Dios no nos pide una fe superficial.

Nos llama a amarle con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y también con toda la mente.

1. No todas las dificultades son contradicciones

Lo primero que debemos aprender es esto:

Una dificultad no es automáticamente una contradicción.

Hay cosas que parecen problemáticas simplemente porque no tenemos suficiente información.

Otras se aclaran cuando entendemos el contexto histórico.

Otras requieren estudiar el género literario.

Otras se resuelven al comparar pasajes.

Otras quizá no tengan una respuesta completa con la información disponible, pero eso no significa que la Biblia haya fallado.

Imagine que dos personas describen el mismo accidente.

Una dice:

“Vi un carro rojo golpear al otro vehículo”.

Otra dice:

“El conductor venía demasiado rápido”.

¿Hay contradicción?

No necesariamente.

Una persona enfocó un detalle.

La otra enfatizó otro.

Ambas pueden estar diciendo la verdad desde perspectivas distintas.

Algo parecido puede ocurrir en los relatos bíblicos.

Diferencia de detalle no es lo mismo que contradicción.

2. Los Evangelios no son copias idénticas

Algunas personas se inquietan al comparar Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

¿Por qué uno incluye una enseñanza y otro no?

¿Por qué un relato tiene más detalles?

¿Por qué Juan organiza ciertos acontecimientos de manera diferente?

Pero debemos recordar algo: los Evangelios no fueron escritos como grabaciones mecánicas idénticas.

Son testimonios inspirados acerca de Jesucristo, escritos con propósito teológico, pastoral y evangelístico.

Juan dice claramente:

“Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”.

Juan 20:31.

Eso significa que seleccionó material con propósito.

No escribió todo lo que Jesús hizo.

De hecho, Juan mismo declara:

“Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús”.

Juan 21:25.

La selección no es engaño.

Es comunicación con propósito.

Cada Evangelio presenta fielmente a Cristo, pero con énfasis particulares.

Mateo muestra con fuerza el cumplimiento de las Escrituras y el Reino.

Marcos presenta una narración viva, directa, centrada en la acción del Siervo poderoso.

Lucas escribe con orden, sensibilidad histórica y énfasis en la salvación extendida.

Juan profundiza en la identidad divina del Verbo hecho carne.

No son contradicciones.

Son testimonios complementarios.

3. Contexto, contexto, contexto

Muchos errores nacen por leer versículos aislados.

Un texto sin contexto puede convertirse en pretexto.

Antes de concluir que hay una contradicción, debemos preguntar:

¿Quién escribió?

¿A quién?

¿En qué situación?

¿Qué está ocurriendo antes y después?

¿Qué género literario estoy leyendo?

¿Es narrativa, poesía, proverbio, profecía, ley, carta o visión apocalíptica?

¿El pasaje describe algo que ocurrió o prescribe algo que debemos hacer?

Esa última pregunta es muy importante.

No todo lo que la Biblia describe, la Biblia lo aprueba.

La Biblia relata pecados de personas.

Describe violencia, engaño, adulterio, idolatría y fracaso.

Pero describir no significa aprobar.

Cuando David comete adulterio, la Biblia lo relata.

No lo justifica.

Cuando Pedro niega a Cristo, la Biblia lo registra.

No lo presenta como modelo.

Cuando la Iglesia de Corinto vive desorden, Pablo escribe para corregir.

No para que copiemos su error.

4. El Antiguo Testamento exige lectura cuidadosa

Muchos pasajes difíciles aparecen en el Antiguo Testamento.

Leyes civiles.

Sacrificios.

Juicios.

Guerras.

Pureza ceremonial.

Castigos.

Promesas dadas a Israel.

Si no entendemos los pactos y la historia redentora, podemos confundirnos.

El Antiguo Testamento es Palabra de Dios.

Pero debe leerse a la luz del desarrollo de la revelación y del cumplimiento en Cristo.

No vivimos bajo el antiguo pacto como vivía Israel en el Sinaí.

Vivimos bajo el nuevo pacto establecido por Jesucristo.

Eso no significa que el Antiguo Testamento ya no importa.

Significa que debemos interpretarlo correctamente.

Nos revela el carácter de Dios, la gravedad del pecado, la necesidad de redención, la santidad, la justicia, la misericordia, la promesa y la preparación para Cristo.

Una lectura superficial puede producir legalismo.

Una lectura despreciativa puede producir ignorancia.

Necesitamos una lectura cristocéntrica, reverente y responsable.

5. Cuando los números o detalles parecen variar

A veces las personas encuentran diferencias en números, genealogías o detalles históricos.

Algunos casos pueden deberse a formas antiguas de contar, resumir o agrupar.

Otros pueden estar relacionados con transmisión textual.

Otros requieren estudiar costumbres literarias de la época.

Los autores bíblicos no siempre escribieron con las mismas convenciones modernas que nosotros esperamos.

Eso no significa que mintieran.

Significa que debemos leerlos dentro de su mundo.

Por ejemplo, una genealogía puede ser selectiva.

Puede saltar generaciones para destacar una línea teológica o legal.

Un relato puede resumir un discurso.

Un autor puede ordenar material temáticamente sin negar la verdad histórica.

Debemos tener cuidado de imponer al mundo antiguo expectativas literarias modernas que no siempre corresponden.

6. Las aparentes contradicciones nos obligan a estudiar mejor

Cuando encontramos una dificultad, no debemos huir.

Debemos estudiar mejor.

Una dificultad puede revelar que hemos leído demasiado rápido.

Que nunca examinamos el contexto.

Que repetimos frases sin entenderlas.

Que confundimos doctrina bíblica con tradición personal.

Que no conocemos la historia del texto.

Que necesitamos ayuda de maestros fieles.

Dios puede usar una pregunta difícil para sacarnos de la superficialidad.

A veces una crisis intelectual se convierte en una invitación a madurar.

El problema es cuando alguien encuentra una pregunta, no busca respuesta con seriedad, y decide abandonar la confianza.

Eso no es honestidad plena.

Eso es rendirse demasiado pronto.

7. No respondamos con ligereza

También debemos evitar el extremo opuesto.

Algunos creyentes, cuando escuchan una pregunta difícil, responden rápidamente con frases vacías:

“Eso no se pregunta”.

“Solo cree”.

“No pienses tanto”.

“Eso es del diablo”.

Pero no toda pregunta es rebelión.

Tomás tuvo preguntas.

Habacuc hizo preguntas.

Job hizo preguntas.

Los salmistas hicieron preguntas.

La diferencia está en la actitud del corazón.

El maestro bíblico no debe humillar a quien pregunta con sinceridad.

Debe acompañarlo hacia la verdad.

Pedro escribió:

“Estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia”.

1 Pedro 3:15.

Defensa.

Pero con mansedumbre.

Con reverencia.

No con arrogancia.

No con burla.

No con miedo.

8. La humildad también reconoce límites

Hay preguntas para las cuales podemos ofrecer respuestas sólidas.

Otras tienen respuestas probables.

Otras no pueden resolverse completamente con la información disponible.

La humildad cristiana permite decir:

“No lo sé todo”.

Eso no debilita la fe.

La fe no exige omnisciencia.

Solo Dios lo sabe todo.

Hay una diferencia entre no tener respuesta a una pregunta específica y concluir que toda la Biblia es falsa.

Imagine un médico que comprende profundamente el cuerpo humano, pero encuentra un caso difícil.

¿Significa eso que toda la medicina es falsa?

No.

Significa que hay algo que requiere más estudio.

De la misma manera, una dificultad bíblica no destruye automáticamente toda la revelación.

9. La claridad de lo central

Aunque existen pasajes difíciles, el mensaje central de la Biblia es claro.

Dios creó.

El ser humano pecó.

El pecado trae muerte y separación.

Dios prometió redención.

Cristo vino.

Murió por nuestros pecados.

Resucitó.

Llama al arrepentimiento y a la fe.

Salva por gracia.

Forma un pueblo.

Volverá.

Juzgará.

Restaurará todas las cosas.

Ninguna dificultad textual o interpretativa borra ese mensaje.

A veces algunas personas se concentran en los pasajes más difíciles para evitar responder a las verdades más claras.

No entienden todo acerca de un texto complicado, pero sí entienden que deben arrepentirse.

No entienden cada detalle de una genealogía, pero sí saben que Cristo llama a obedecer.

No entienden todas las profecías, pero sí comprenden que deben perdonar, abandonar el pecado y buscar a Dios.

El problema no siempre está en lo oscuro.

A veces está en lo claro que no queremos obedecer.

10. La Biblia no necesita ser protegida con mentiras

Nunca debemos defender la Biblia usando argumentos falsos.

No debemos inventar datos.

No debemos exagerar evidencias.

No debemos repetir historias no verificadas solo porque suenan bien.

La verdad no necesita ser defendida con mentira.

Si no sabemos algo, digamos:

“Necesito estudiarlo”.

Si una dificultad es real, reconozcámosla.

Si hay varias posibles respuestas, expliquémoslas con honestidad.

La confianza cristiana no es propaganda.

Es fidelidad a la verdad.

Y la verdad incluye tener integridad cuando hablamos de la Palabra.

11. Las preguntas difíciles también forman pastores y maestros

Un pastor, maestro, evangelista o capellán que nunca ha enfrentado preguntas difíciles puede quedar desarmado cuando alguien sufre una crisis de fe.

La gente no solamente necesita frases.

Necesita acompañamiento.

Un joven puede llegar diciendo:

“Ya no sé si creo en la Biblia”.

Una persona herida puede preguntar:

“¿Dónde estaba Dios cuando ocurrió esto?”

Un estudiante puede decir:

“Mi profesor afirma que la Biblia está llena de contradicciones”.

Un nuevo creyente puede preguntar:

“¿Por qué Dios mandó juicios en el Antiguo Testamento?”

Si no formamos líderes capaces de responder con Biblia, historia, doctrina, humildad y compasión, dejaremos a muchos expuestos.

Por eso este tema pertenece al fundamento doctrinal.

No es opcional.

12. Cristo y las Escrituras

Una de las razones más fuertes para mantener confianza en las Escrituras es la manera en que Jesús las trató.

Jesús no fue ingenuo.

No fue superficial.

No fue manipulado por tradiciones humanas.

Él confrontó interpretaciones equivocadas.

Corrigió abusos religiosos.

Pero honró la Escritura.

Dijo:

“Escrito está”.

Dijo:

“La Escritura no puede ser quebrantada”.

Dijo que las Escrituras daban testimonio de Él.

Después de resucitar, abrió las Escrituras a sus discípulos.

Si somos discípulos de Jesús, debemos aprender de su relación con la Palabra.

No podemos decir que seguimos a Cristo mientras despreciamos la Escritura que Él cumplió, citó y enseñó.

13. Cuando una aparente contradicción se convierte en adoración

A veces, al estudiar una dificultad, descubrimos una riqueza que no habíamos visto.

Un detalle que parecía problema se convierte en ventana.

Una diferencia entre Evangelios muestra énfasis teológico.

Una ley antigua revela la santidad de Dios.

Un pasaje oscuro nos obliga a ver la unidad de la historia bíblica.

Un texto difícil nos humilla y nos enseña dependencia.

La profundidad muchas veces está detrás de una pregunta que al principio nos incomodó.

Por eso no debemos temer al estudio.

Debemos acercarnos con reverencia.

14. Cómo enfrentar una dificultad bíblica

Cuando encuentre una pregunta difícil, le recomiendo caminar así:

Primero, lea el pasaje completo.

No solo el versículo.

Segundo, identifique el género literario.

Tercero, revise el contexto histórico y bíblico.

Cuarto, compare con otros pasajes claros.

Quinto, consulte traducciones responsables.

Sexto, busque ayuda de maestros y recursos confiables.

Séptimo, distinga entre lo que el texto dice y lo que usted asumió.

Octavo, mantenga humildad si la respuesta no es inmediata.

Noveno, no construya una doctrina sobre un texto oscuro contra muchos textos claros.

Décimo, ore.

La comprensión bíblica no es solo ejercicio intelectual.

Es búsqueda humilde delante de Dios.

15. No toda respuesta que calma es verdadera

A veces queremos respuestas rápidas porque la incertidumbre incomoda.

Pero una respuesta rápida no siempre es una respuesta fiel.

Hay explicaciones que suenan bonitas, pero no respetan el texto.

Hay frases que emocionan, pero no son correctas.

Hay respuestas que evitan el problema en vez de enfrentarlo.

El maestro fiel debe preferir una respuesta honesta aunque sea más lenta.

La verdad merece paciencia.

16. La diferencia entre misterio y contradicción

No todo lo que no entendemos es contradicción.

Algunas verdades bíblicas contienen misterio.

La Trinidad.

La encarnación.

La soberanía de Dios y la responsabilidad humana.

La unión entre la obra divina y la respuesta humana.

Podemos afirmar lo que la Biblia enseña, aunque no podamos explicar exhaustivamente cada dimensión.

Misterio no significa absurdo.

Significa que nuestra mente finita no agota la realidad infinita de Dios.

La humildad reconoce límites sin abandonar la verdad revelada.

17. Una generación preparada para responder

La Iglesia de hoy necesita creyentes que no se derrumben ante la primera pregunta difícil.

Necesita discípulos capaces de decir:

“No tengo miedo de examinar esto”.

Necesita pastores que no reaccionen con inseguridad.

Necesita maestros que no improvisen.

Necesita padres que puedan hablar con sus hijos.

Necesita jóvenes que sepan que la fe cristiana puede enfrentar preguntas serias.

Necesita capellanes que acompañen el dolor sin dar respuestas superficiales.

Necesita evangelistas que prediquen con convicción y mansedumbre.

Por eso estamos estudiando estas cosas.

No para presumir conocimiento.

Sino para servir mejor.

18. La Palabra permanece aunque yo no lo entienda todo

Habrá momentos en que usted no entienda completamente un pasaje.

Eso no significa que debe soltar la confianza.

Hay muchas cosas en la vida que aceptamos sin comprender totalmente.

No entiendo todos los procesos del cuerpo humano, pero sigo respirando.

No entiendo toda la física detrás de un vuelo, pero puedo subir a un avión.

No entiendo todos los misterios de la providencia, pero puedo confiar en el carácter de Dios revelado en Cristo.

La fe cristiana no es ignorancia.

Pero tampoco exige que yo tenga todas las respuestas antes de obedecer lo que Dios ya dijo claramente.

REFLEXIÓN FINAL

Las preguntas difíciles no son enemigas de la fe cuando se enfrentan con humildad.

Pueden convertirse en instrumentos de madurez.

Nos obligan a estudiar mejor.

A interpretar con cuidado.

A distinguir entre lo que la Biblia dice y lo que nosotros asumimos.

A depender más de Dios.

A formar una fe menos superficial.

No huyamos de las preguntas.

Pero tampoco dejemos que la duda gobierne como si fuera más sabia que la verdad.

La Biblia ha resistido siglos de examen.

La Palabra permanece.

Y el Dios que habló sigue formando a quienes se acercan con humildad.

Oremos:

Señor, dame una fe humilde y firme.
No permitas que mis preguntas me alejen de ti.
Enséñame a estudiar con honestidad, a reconocer mis límites y a confiar en tu Palabra.

Líbrame de respuestas superficiales, pero también de una duda orgullosa.
Hazme un discípulo que ama la verdad, la obedece y sabe compartirla con mansedumbre.
En el nombre de Jesús. Amén.

En el próximo capítulo enfrentaremos otra realidad muy actual:

¿Qué ocurre cuando otras voces quieren ocupar el lugar de la Palabra?

La tradición, la cultura, las emociones, las experiencias y las supuestas revelaciones pueden intentar tomar autoridad sobre el creyente.

Pero si Dios ha hablado, debemos preguntarnos:

¿Quién tiene la última palabra?

CAPÍTULO 9

CUANDO OTRAS VOCES QUIEREN OCUPAR EL LUGAR DE LA PALABRA

La batalla por la última palabra

Toda vida tiene una autoridad final.

Aunque una persona diga que no se somete a nadie, siempre hay algo que termina gobernando sus decisiones.

Puede ser la cultura.

Puede ser la tradición familiar.

Puede ser una emoción.

Puede ser una herida.

Puede ser una experiencia espiritual.

Puede ser un líder.

Puede ser una ideología.

Puede ser el deseo de agradar a otros.

Puede ser el miedo.

Puede ser el orgullo.

La pregunta no es si tendremos una autoridad.

La pregunta es:

¿Quién tendrá la última palabra?

Para el creyente, la respuesta debe ser clara:

Dios tiene la última palabra, y su Palabra escrita es la norma final para la fe, la conducta, la doctrina y el ministerio.

Pero esa convicción será probada.

Porque siempre habrá otras voces intentando sentarse en el trono.

1. La tradición

La tradición puede ser útil cuando transmite fielmente la verdad.

Pero se vuelve peligrosa cuando ocupa el lugar de la Escritura.

Jesús confrontó a líderes religiosos porque invalidaban el mandamiento de Dios por causa de sus tradiciones.

“Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición”.

Marcos 7:9.

No toda tradición es mala.

El problema aparece cuando una costumbre humana se vuelve incuestionable.

Cuando se enseña como si fuera mandamiento divino.

Cuando se defiende más una práctica heredada que la verdad bíblica.

La pregunta correcta no es: "¿Siempre lo hemos hecho así?"

La pregunta correcta es:

¿Está esto sometido a la Palabra de Dios?

2. La cultura

La cultura cambia.

Lo que una generación celebra, otra lo rechaza.

Lo que hoy parece moderno, mañana puede parecer antiguo.

La cultura puede enseñarnos lenguaje, formas de comunicación y sensibilidad hacia ciertas realidades.

Pero no puede definir la verdad final.

Pablo escribió:

"No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento".

Romanos 12:2.

La Iglesia debe amar a las personas de su generación, pero no puede arrodillarse ante el espíritu de su generación.

Predicamos a la cultura.

Servimos dentro de la cultura.

Pero no recibimos nuestra doctrina de la cultura.

3. Las emociones

Las emociones son reales.

Dios nos creó con capacidad de sentir.

El dolor existe.

La alegría existe.

La tristeza existe.

La compasión existe.

Pero las emociones no son autoridad final.

Una persona puede sentirse profundamente convencida y estar equivocada.

Puede sentir paz porque ya se acostumbró al pecado.

Puede sentir miedo ante la obediencia.

Puede sentir atracción hacia algo que la destruye.

Por eso necesitamos la Palabra.

“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”.

Salmo 119:105.

La lámpara no elimina todos los sentimientos, pero nos muestra por dónde caminar.

4. Las experiencias espirituales

En la vida cristiana hay experiencias reales con Dios.

Dios consuela.

Dios guía.

Dios responde.

Dios obra poderosamente.

Pero ninguna experiencia tiene autoridad para contradecir la Escritura.

Pablo escribió:

“Examinadlo todo; retened lo bueno”.

1 Tesalonicenses 5:21.

No dijo: “Acepten todo porque suena espiritual”.

Dijo: examinen.

Toda experiencia debe ser probada por la Palabra.

Un sueño.

Una visión.

Una impresión.

Una profecía.

Una manifestación.

Un testimonio.

Todo debe rendirse ante la Escritura.

El Espíritu Santo no contradice la Palabra que Él mismo inspiró.

5. Los líderes

Dios usa líderes.

Pastores, maestros, evangelistas, profetas, apóstoles en sentido ministerial, consejeros y capellanes pueden ser instrumentos de bendición.

Pero ningún líder está por encima de la Palabra.

Los bereanos fueron elogiados porque recibieron el mensaje con solicitud, pero examinaban cada día las Escrituras para ver si las cosas eran así.

Hechos 17:11.

Eso es madurez.

No rebelión.

El buen líder no teme que la gente revise la Biblia.

El líder sano conduce a la Escritura.

El líder peligroso exige obediencia ciega.

6. Las nuevas revelaciones

Hay personas que usan la frase “Dios me dijo” para cerrar toda conversación.

Pero esa frase debe manejarse con temor de Dios.

Dios puede guiar.

Dios puede traer convicción.

Dios puede dar dirección.

Pero nadie debe usar una supuesta revelación para controlar, manipular o anular la Escritura.

Si alguien dice que Dios le reveló algo que contradice la Biblia, esa revelación no viene de Dios.

La Palabra escrita es la norma.

7. Cuando la Palabra incomoda

La prueba real de autoridad llega cuando la Biblia contradice lo que queremos.

Mientras la Palabra nos consuela, todos decimos amén.

Pero ¿qué ocurre cuando corrige nuestra actitud?

¿Nuestro carácter?

¿Nuestra doctrina?

¿Nuestra relación?

¿Nuestro ministerio?

¿Nuestro uso del dinero?

¿Nuestra manera de hablar?

Ahí se revela si la Biblia es adorno o autoridad.

Jesús dijo:

"¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?"

Lucas 6:46.

REFLEXIÓN FINAL

El creyente no puede vivir gobernado por muchas voces al mismo tiempo.

Debe amar, escuchar, aprender y discernir.

Pero solo Dios tiene la última palabra.

La tradición debe rendirse.

La cultura debe rendirse.

La emoción debe rendirse.

La experiencia debe rendirse.

El líder debe rendirse.

Toda voz debe ser examinada por la Palabra.

Oremos:

Señor, limpia mi corazón de toda autoridad falsa.
Perdóname por las veces que puse emociones, costumbres, experiencias o personas por encima de tu Palabra.
Enséñame a escuchar tu voz en las Escrituras y a obedecerte aunque me confrontes.
Que tu Palabra tenga la última palabra en mi vida.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 10

LA PALABRA QUE NO SOLAMENTE INFORMA, SINO QUE TRANSFORMA

El peligro de saber mucho y permanecer igual

Una persona puede estudiar la Biblia durante años y continuar siendo orgullosa.

Puede memorizar versículos y tratar mal a su familia.

Puede conocer doctrina y no saber perdonar.

Puede enseñar acerca de la oración y casi nunca orar.

Puede predicar sobre la santidad mientras protege pecados secretos.

Puede explicar la gracia y ser incapaz de mostrar misericordia.

Puede hablar del amor de Cristo y vivir lleno de resentimiento.

Puede tener títulos, certificados, diplomados y años de formación teológica, pero continuar sin parecerse a Jesús.

Esta realidad debe confrontarnos.

Porque el propósito de la Palabra de Dios no es solamente llenar nuestra mente de información.

Dios quiere transformarnos.

Pablo escribió:

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”.

Romanos 12:2.

Observe la relación.

Hay transformación.

Hay renovación de la mente.

Hay una nueva manera de pensar que produce una nueva manera de vivir.

La verdadera formación bíblica no termina cuando el estudiante responde correctamente un examen.

Termina cuando la verdad desciende de la mente al corazón y del corazón a la conducta.

Ese es el desafío de este capítulo.

Y también es el desafío de todo instituto bíblico, iglesia, seminario, centro de formación y ministerio cristiano.

No queremos solamente personas que sepan más.

Queremos discípulos que se parezcan más a Cristo.

1. El escriba que conocía la respuesta

Un día, un intérprete de la Ley se acercó a Jesús.

La Biblia dice que quería probarlo.

Le preguntó:

“Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?”

Lucas 10:25.

Jesús respondió con otra pregunta:

“¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?”

Lucas 10:26.

El hombre respondió correctamente.

Habló de amar a Dios con todo el corazón, alma, fuerzas y mente, y amar al prójimo como a uno mismo.

Jesús le dijo:

“Bien has respondido; haz esto, y vivirás”.

Lucas 10:28.

Deténgase allí.

El hombre sabía la respuesta.

Su problema no era falta de información.

Conocía el texto.

Podía responder.

Probablemente podía discutir teología.

Pero entonces quiso justificarse y preguntó:

“¿Y quién es mi prójimo?”

Lucas 10:29.

Y Jesús contó la historia del buen samaritano.

El conocimiento tuvo que encontrarse con la práctica.

El experto conocía la respuesta.

Jesús lo llevó a la obediencia.

Al final le dijo:

“Ve, y haz tú lo mismo”.

Lucas 10:37.

Esa frase debería acompañar todo estudio bíblico:

Ve, y haz tú lo mismo.

2. El conocimiento puede producir orgullo

Pablo escribió:

“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”.

1 Corintios 8:1.

Pablo no estaba atacando el conocimiento.

Él mismo fue un hombre profundamente formado.

El problema no es saber.

El problema es saber sin amar.

Conocer sin obedecer.

Estudiar sin humillarse.

Una persona puede comenzar a aprender y, poco a poco, sentirse superior a quienes saben menos.

Puede utilizar la doctrina para ganar discusiones.

Puede corregir a todos, pero no aceptar corrección.

Puede conocer palabras en hebreo y griego, pero no controlar su lengua en casa.

Puede enseñar sobre el fruto del Espíritu y ser insoportable con quienes trabajan a su lado.

Entonces el conocimiento que debía formar terminó alimentando el ego.

Eso es una tragedia.

La verdadera teología debe llevarnos a la adoración.

Mientras más conocemos a Dios, más conscientes debemos ser de nuestra pequeñez.

Mientras más comprendemos su santidad, menos espacio queda para la arrogancia.

Mientras más entendemos la gracia, menos razones tenemos para sentirnos superiores.

3. El espejo que revela nuestro rostro

Santiago utiliza una imagen poderosa.

Dice:

“Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural”.

Santiago 1:23.

Imagine la escena.

Un hombre se levanta por la mañana.

Se mira en el espejo.

Ve que necesita arreglarse.

Pero se aleja.

No hace nada.

¿Para qué sirvió el espejo?

Le mostró la verdad.

Pero él no respondió.

Así puede ocurrir con la Biblia.

Leemos.

Nos vemos.

Reconocemos una actitud.

El Espíritu Santo nos confronta.

Sabemos lo que debemos cambiar.

Pero cerramos la Biblia y seguimos igual.

Santiago continúa:

“Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella... éste será bienaventurado en lo que hace”.

Santiago 1:25.

Observe las palabras:

Mira atentamente.

Persevera.

Hace.

No se trata de una mirada rápida.

Se trata de permanecer delante de la verdad hasta que la verdad transforme nuestra manera de vivir.

4. La Palabra penetra donde nadie más puede entrar

Hay lugares del corazón a los que ningún predicador puede llegar por su propia capacidad.

Podemos hablar.

Podemos aconsejar.

Podemos enseñar.

Pero solamente Dios conoce completamente el interior humano.

Por eso Hebreos dice:

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos”.

Hebreos 4:12.

Luego añade que discierne:

“Los pensamientos y las intenciones del corazón”.

Allí está el problema más profundo.

No solamente lo que hacemos.

También por qué lo hacemos.

Dos personas pueden realizar la misma acción con motivaciones diferentes.

Alguien puede predicar por amor a las almas.

Otro puede predicar para ser admirado.

Alguien puede dar para ayudar.

Otro puede dar para ser reconocido.

Alguien puede servir por amor a Cristo.

Otro puede servir para obtener posición.

Exteriormente puede parecer lo mismo.

Pero la Palabra entra más profundo.

Pregunta:

¿Por qué?

¿Qué estás buscando?

¿Quién recibe la gloria?

¿A quién quieres agradar?

La transformación comienza cuando dejamos que Dios examine no solamente nuestras acciones, sino nuestras motivaciones.

5. La semilla y los diferentes terrenos

Jesús contó una parábola acerca de un sembrador.

La misma semilla cayó en diferentes terrenos.

Parte cayó junto al camino.

Parte entre piedras.

Parte entre espinos.

Parte en buena tierra.

La semilla era la Palabra.

El problema no estaba en la semilla.

Estaba en la manera en que era recibida.

Marcos 4 presenta esta enseñanza.

Esto nos confronta.

Dos personas pueden escuchar la misma prédica.

Una sale transformada.

La otra sale igual.

Dos estudiantes pueden recibir la misma clase.

Uno se humilla.

El otro solamente acumula información.

Dos líderes pueden leer el mismo pasaje.

Uno se arrepiente.

El otro piensa en todas las personas a quienes debería enviárselo.

¿Ha ocurrido eso alguna vez?

Leemos un texto sobre orgullo e inmediatamente pensamos:

“Esto debería leerlo tal persona”.

Leemos sobre perdón y pensamos:

“Esto es para mi hermano”.

Leemos sobre humildad y recordamos a un líder.

Pero la primera pregunta debería ser:

Señor, ¿qué quieres tratar en mí?

La Palabra debe entrar primero en el terreno de nuestro propio corazón.

6. El error de estudiar solamente para enseñar

Quienes predicamos o enseñamos enfrentamos un peligro especial.

Podemos comenzar a leer la Biblia solamente buscando sermones.

Abrimos un pasaje y pensamos:

“Esto sirve para predicar”.

Leemos una frase y pensamos:

“Esto sirve para una clase”.

Encontramos una enseñanza y pensamos:

“Esto sirve para mi próximo libro”.

Todo se convierte en material.

Y poco a poco podemos dejar de sentarnos ante la Palabra simplemente como discípulos.

Antes de ser predicador, soy discípulo.

Antes de ser maestro, soy discípulo.

Antes de ser escritor, soy discípulo.

Antes de ser presidente de una organización, soy discípulo.

Antes de tener un cargo, soy discípulo.

Y el día que un líder deja de aprender, comienza a deteriorarse aunque todavía continúe hablando.

La Palabra debe ministrarme antes de que yo la ministre a otros.

Debe confrontarme antes de que yo la use para confrontar.

Debe quebrantarme antes de que yo la predique.

7. Josías escuchó y respondió

Hubo un momento en la historia de Judá cuando el libro de la Ley fue encontrado durante una reparación del templo.

El rey Josías escuchó las palabras.

¿Qué hizo?

La Escritura dice:

“Luego que el rey hubo oído las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos”.

2 Reyes 22:11.

¿Por qué reaccionó así?

Porque comprendió la distancia entre la Palabra de Dios y la condición del pueblo.

No organizó primero una conferencia sobre el manuscrito encontrado.

No dijo:

“Qué descubrimiento histórico tan interesante”.

La Palabra lo confrontó.

Y la confrontación produjo respuesta.

Josías inició reformas.

Quitó idolatría.

Restauró prácticas olvidadas.

Llamó al pueblo a volver a Dios.

Eso ocurre cuando la Palabra recupera su lugar.

La verdadera reforma comienza cuando alguien escucha y responde.

8. Esdras: estudiar, practicar y enseñar

Uno de los versículos más importantes para todo maestro bíblico se encuentra en Esdras.

“Porque Esdras había preparado su corazón para inquirir la ley de Jehová y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos”.

Esdras 7:10.

Observe el orden.

Primero: estudiar.

Segundo: cumplir.

Tercero: enseñar.

Ese orden es precioso.

Estudiar.

Practicar.

Enseñar.

Nuestro problema es que muchas veces queremos pasar del estudio directamente a la enseñanza.

Aprendimos algo esta mañana y ya queremos enseñarlo por la tarde.

Pero entre estudiar y enseñar existe una palabra:

cumplir.

Vivir.

Obedecer.

Permitir que la verdad pase por nuestra propia experiencia de rendición.

Eso da peso espiritual a la enseñanza.

No porque el maestro sea perfecto.

Ninguno lo es.

Sino porque no está llamando a otros a caminar por un camino que él mismo se niega a transitar.

9. La Palabra transforma nuestra manera de pensar

Pablo escribió:

“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”.

Romanos 12:2.

Muchas batallas comienzan en la mente.

Ideas equivocadas acerca de Dios.

Ideas equivocadas acerca de nosotros mismos.

Mentiras aprendidas durante años.

Patrones culturales.

Heridas interpretadas incorrectamente.

Temores.

Orgullo.

Amargura.

La Palabra comienza a renovar nuestra manera de pensar.

Nos enseña quién es Dios.

Quiénes somos en Cristo.

Qué es el pecado.

Qué es la gracia.

Qué es el perdón.

Qué significa servir.

Qué significa sufrir.

Qué significa tener esperanza.

Una mente renovada comienza a producir decisiones diferentes.

No de manera mágica e instantánea en todos los casos.

Hay procesos.

Hay hábitos que deben ser reemplazados.

Hay pensamientos que deben ser llevados cautivos a la obediencia a Cristo.

Pero la transformación empieza cuando la mentira pierde autoridad y la verdad ocupa su lugar.

10. La Palabra y el carácter

El propósito de la formación cristiana no es producir personas que solamente hablan como cristianos.

Es formar el carácter de Cristo.

Pablo escribió:

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros”.

Gálatas 4:19.

Qué expresión.

Hasta que Cristo sea formado en vosotros.

Ese debe ser el objetivo del discipulado.

No solamente completar clases.

No solamente recibir certificados.

No solamente terminar libros.

Cristo formado en nosotros.

Eso significa que el fruto del Espíritu debe comenzar a hacerse visible:

Amor.

Gozo.

Paz.

Paciencia.

Benignidad.

Bondad.

Fe.

Mansedumbre.

Templanza.

Gálatas 5:22-23.

Podemos hablar mucho de dones.

Pero los dones sin carácter pueden destruir.

Podemos hablar mucho de autoridad.

Pero autoridad sin carácter puede convertirse en abuso.

Podemos hablar de guerra espiritual.

Pero un guerrero sin dominio propio puede herir a su propia familia.

Podemos hablar de liberación.

Pero un ministro dominado por orgullo, ira o ambición necesita primero permitir que Cristo gobierne su interior.

La Palabra forma carácter.

11. La Palabra y la libertad verdadera

Jesús dijo:

“Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”.

Juan 8:31-32.

Observe el comienzo:

Si permaneciereis en mi palabra.

La libertad bíblica no se construye sobre frases aisladas.

Se construye permaneciendo en la verdad de Cristo.

Hay personas que quieren liberación sin discipulado.

Quieren una oración rápida, pero no quieren cambiar hábitos.

Quieren romper cadenas, pero continúan alimentando aquello que las fortalece.

Quieren libertad, pero no permanencia en la Palabra.

Jesús une ambas cosas.

Permanecer.

Conocer.

Ser libre.

Por eso todo ministerio serio de liberación debe estar unido al discipulado.

Una persona puede experimentar un momento poderoso de oración.

Pero después necesita aprender a caminar.

Necesita llenar su mente de verdad.

Necesita congregarse.

Necesita desarrollar hábitos espirituales.

Necesita cerrar puertas al pecado.

Necesita crecer.

La libertad debe ser sostenida por una vida formada en Cristo.

12. La Palabra y la guerra espiritual

Jesús enfrentó la tentación en el desierto.

Satanás habló.

Jesús respondió:

“Escrito está”.

Mateo 4.

Esto no significa que repetir versículos mecánicamente sea una fórmula mágica.

Jesús conocía la Palabra.

Entendía su significado.

Vivía en obediencia al Padre.

La utilizó correctamente frente a la tentación.

La guerra espiritual incluye una batalla por la verdad.

El enemigo mintió desde Génesis.

Jesús dijo de él:

“Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”.

Juan 8:44.

Por eso la verdad tiene una función fundamental en la vida espiritual.

Pablo comienza la descripción de la armadura de Dios diciendo:

“Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad”.

Efesios 6:14.

Y también habla de:

“La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios”.

Efesios 6:17.

La guerra espiritual bíblica no puede separarse de la Palabra.

Una Iglesia ignorante de la Escritura es vulnerable, aunque haga mucho ruido espiritual.

13. La Palabra en el hogar

La transformación no debe verse solamente en el templo.

Debe llegar a la casa.

Deuteronomio enseñaba al pueblo a hablar de las palabras de Dios:

“Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes”.

Deuteronomio 6:7.

La fe debía entrar en la vida diaria.

La mesa.

El camino.

La noche.

La mañana.

Una familia cristiana no se construye solamente llevando a los hijos a una reunión.

Se construye cuando la Palabra entra en las conversaciones.

Cuando los padres piden perdón.

Cuando los hijos ven coherencia.

Cuando las decisiones familiares se someten a Dios.

Cuando la Biblia no es solamente un objeto religioso, sino una guía viva.

Un padre puede predicar a miles y perder su casa.

Una madre puede servir a muchos y no escuchar a sus hijos.

Un líder puede hablar de amor y ser duro con quienes viven con él.

La transformación verdadera comienza a notarse donde nadie aplaude.

En casa.

14. La Palabra y el sufrimiento

No toda transformación ocurre en momentos agradables.

Hay verdades bíblicas que comprendemos de una manera diferente cuando atravesamos dolor.

El salmista dijo:

“Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos”.

Salmo 119:71.

No dijo que todo sufrimiento fuera agradable.

Dijo que, en medio de su aflicción, aprendió.

Hay temporadas donde un versículo que conocíamos desde hace años adquiere una profundidad nueva.

“Jehová es mi pastor” significa algo diferente cuando no sabemos qué ocurrirá mañana.

“No temas, porque yo estoy contigo” adquiere peso cuando realmente sentimos temor.

“Bástate mi gracia” se vuelve profundo cuando nuestras fuerzas no alcanzan.

La Palabra no nos promete una vida sin sufrimiento.

Nos forma para permanecer fieles en medio de él.

15. La Palabra produce perseverancia

Jesús habló de personas que reciben la Palabra con gozo, pero no tienen raíz.

Cuando llega la aflicción o persecución, tropiezan.

Marcos 4:16-17.

Eso significa que una reacción emocional inicial no es suficiente.

Necesitamos raíces.

La formación bíblica profunda produce estabilidad.

Cuando llega una crisis, la persona no depende solamente de cómo se siente ese día.

Tiene convicciones.

Tiene fundamento.

Ha aprendido quién es Dios.

Ha visto su fidelidad en la Escritura.

Ha desarrollado hábitos.

Ha aprendido a orar.

Ha aprendido a esperar.

Ha aprendido a obedecer incluso cuando no comprende.

Eso es permanecer.

Y una de las necesidades más grandes de la Iglesia actual es formar creyentes que permanezcan.

16. El fruto tarda tiempo

Vivimos en una cultura de resultados rápidos.

Queremos cambios inmediatos.

Queremos soluciones instantáneas.

Pero la formación espiritual muchas veces se parece más a un árbol que a un botón.

El Salmo 1 describe al hombre que medita en la ley de Dios:

“Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo”.

Salmo 1:3.

Observe:

En su tiempo.

Hay raíces que nadie ve.

Hay temporadas.

Hay crecimiento silencioso.

Hay poda.

Hay espera.

Hay fruto.

No debemos despreciar los procesos de Dios.

Una persona puede leer la Palabra hoy y esa verdad acompañarla durante años.

Puede recordar un texto en medio de una crisis futura.

Puede tomar una decisión diferente porque su mente fue formada lentamente.

La transformación profunda necesita permanencia.

17. De lectores a hacedores

Santiago escribió:

“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos”.

Santiago 1:22.

Hay un engaño religioso peligroso.

Pensar que porque escuché, ya obedecí.

Porque asistí a la clase, ya fui transformado.

Porque subrayé el libro, ya cambié.

Porque dije “amén”, ya lo viví.

No.

Escuchar es el comienzo.

La pregunta es:

¿Qué voy a hacer con lo que escuché?

Si estudiamos sobre perdón, ¿a quién debemos perdonar?

Si estudiamos sobre generosidad, ¿qué debemos hacer?

Si estudiamos sobre oración, ¿cuándo vamos a orar?

Si estudiamos sobre evangelismo, ¿a quién vamos a compartir el evangelio?

Si estudiamos sobre humildad, ¿dónde debemos bajar el orgullo?

La verdad debe convertirse en práctica.

18. El instituto que forma vidas, no solamente estudiantes

Todo instituto teológico debe preguntarse:

¿Qué tipo de personas estamos formando?

Podemos graduar estudiantes.

Pero ¿estamos formando discípulos?

Podemos entregar diplomas.

Pero ¿estamos formando carácter?

Podemos producir maestros.

Pero ¿estamos formando siervos?

Podemos enseñar guerra espiritual.

Pero ¿estamos formando ministros equilibrados, responsables y bíblicos?

Podemos preparar capellanes.

Pero ¿estamos formando personas capaces de escuchar el dolor humano con compasión y verdad?

Podemos enseñar evangelismo.

Pero ¿estamos formando personas que realmente aman a los perdidos?

La educación cristiana no puede medirse solamente por información acumulada.

Debe mirar fruto.

Carácter.

Servicio.

Fidelidad.

Obediencia.

Misión.

Cristo formado en el estudiante.

Ese debe ser el corazón de toda formación verdaderamente cristiana.

19. La transformación no termina

Nadie llega a un punto donde puede decir:

“Ya terminé de ser transformado”.

Mientras vivamos, Dios continuará trabajando.

Pablo, después de años de ministerio, escribió:

“No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo”.

Filipenses 3:12.

Prosigo.

Esa es la actitud.

No vivir condenado por no haber llegado.

Pero tampoco conformarse.

Seguir.

Aprender.

Arrepentirse.

Crecer.

Madurar.

La Palabra continúa formando.

Hay áreas que Dios trató hace veinte años.

Hay otras que está tratando hoy.

Y habrá otras que mostrará mañana.

El discípulo permanece enseñable.

20. El propósito final: parecernos a Cristo

Podemos resumir todo el capítulo en una sola verdad:

Dios no nos dio su Palabra solamente para que conozcamos más información acerca de Él. Nos la dio para que, conociéndolo, seamos transformados a la imagen de Cristo.

Pablo escribió:

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen”.

2 Corintios 3:18.

Ese es el destino del discípulo.

Parecerse a Cristo.

En la verdad.

En el amor.

En la santidad.

En la obediencia.

En la compasión.

En la humildad.

En la firmeza.

En el servicio.

En la fidelidad hasta el final.

REFLEXIÓN FINAL

A lo largo de este libro hemos recorrido un camino.

Comenzamos preguntando:

¿Dios realmente ha hablado?

Vimos que Dios se reveló.

Vimos que habló por medio de hombres.

Estudiamos la inspiración.

Descubrimos la gran historia que une las Escrituras.

Examinamos el canon.

Seguimos el viaje de la Palabra hasta nuestras manos.

Hablamos de la confiabilidad del texto.

Enfrentamos preguntas difíciles.

Examinamos las voces que intentan ocupar el lugar de la Escritura.

Y ahora llegamos aquí.

A la vida.

Porque después de todo el estudio, queda una pregunta:

¿Qué hará usted con la Palabra que ha recibido?

Puede admirarla.

Puede defenderla.

Puede estudiarla.

Puede enseñarla.

Puede predicarla.

Puede escribir acerca de ella.

Pero si no la obedece, habrá perdido el propósito.

Jesús dijo:

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca”.

Mateo 7:24.

La tormenta llegó.

La lluvia cayó.

Los ríos crecieron.

Los vientos golpearon.

Pero la casa permaneció.

No porque nunca hubo tormenta.

Sino porque tenía fundamento.

Eso necesitamos.

Creyentes con fundamento.

Familias con fundamento.

Pastores con fundamento.

Maestros con fundamento.

Evangelistas con fundamento.

Misioneros con fundamento.

Capellanes con fundamento.

Ministros de liberación con fundamento.

Iglesias con fundamento.

Una generación formada por la Palabra y llena del Espíritu Santo.

Una generación que no solamente diga:

“Yo creo en la Biblia”.

Sino que pueda demostrar con su vida:

La Palabra de Dios gobierna mi camino.

Oremos:

Señor, gracias porque has hablado.
Gracias por tu Palabra.
No permitas que sea solamente un estudiante que acumula información.
Hazme un discípulo que escucha, obedece y permanece.
Renueva mi mente.
Examina mis motivaciones.
Corrige mis caminos.
Forma el carácter de Cristo en mí.
Haz que tu Palabra transforme mi hogar, mi servicio, mi ministerio y cada área de mi vida.
Y permite que, después de recibirla, pueda transmitirla fielmente a otros.
En el nombre de Jesús. Amén.

CONCLUSIÓN GENERAL

DIOS HA HABLADO: AHORA NOS CORRESPONDE ESCUCHAR

La gran pregunta de este libro no era simplemente si la Biblia es antigua.

Ni si es importante para la historia.

Ni si ha influido en la cultura.

La pregunta era mucho más profunda:

¿Ha hablado Dios?

Y la respuesta que hemos encontrado a lo largo de estas páginas es:

Sí. Dios ha hablado.

Habló en la creación.

Habló en la historia.

Habló por medio de profetas.

Habló mediante las Escrituras.

Y de manera suprema habló en su Hijo Jesucristo.

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”.

Hebreos 1:1-2.

La Biblia no es el final de una búsqueda humana por encontrar a Dios.

Es el testimonio de un Dios que tomó la iniciativa de revelarse.

Y ahora que hemos recibido su Palabra, nuestra responsabilidad es clara:

Leerla.

Estudiarla.

Interpretarla fielmente.

Obedecerla.

Enseñarla.

Defenderla.

Traducirla.

Predicarla. Llevarla a las naciones.

Y vivir de tal manera que otros puedan ver que la verdad de Dios no solamente llena páginas.

Transforma vidas.

Este libro termina. Pero el camino apenas comienza.

Porque conocer que Dios ha hablado nos lleva a la siguiente gran pregunta:

¿Quién es el Dios que ha hablado?

Ese será el próximo paso de nuestra formación doctrinal.

EPÍLOGO

LA VOZ QUE SIGUE HABLANDO

La Biblia está cerrada.

El lector ha terminado la última página de este libro.

Pero la voz de Dios no ha perdido su poder.

La misma Palabra que llamó a Abraham.

La misma Palabra que confrontó a Faraón.

La misma Palabra que sostuvo a David en las cuevas.

La misma Palabra que ardía en los huesos de Jeremías.

La misma Palabra que los profetas anunciaron.

La misma Palabra que Cristo explicó en el camino a Emaús.

La misma Palabra que los apóstoles predicaron.

La misma Palabra que atravesó persecuciones, fronteras, idiomas y generaciones.

Está ahora delante de nosotros.

Y la pregunta ya no es solamente:

¿Dios ha hablado?

La pregunta ahora es:

¿Estamos escuchando?

Porque existe una gran diferencia entre tener una Biblia y vivir bajo su autoridad.

Una cosa es llevarla en la mano.

Otra es guardarla en el corazón.

Una cosa es citarla.

Otra es obedecerla.

Una cosa es predicarla a otros.

Otra es permitir que primero nos confronte a nosotros.

Una cosa es defender públicamente su autoridad.

Otra es rendirle nuestras decisiones privadas.

La historia de la Iglesia demuestra que las grandes transformaciones espirituales han estado acompañadas por un regreso a la Palabra de Dios.

Cuando la Palabra vuelve al centro, la mentira comienza a ser expuesta.

La doctrina se ordena.

El pecado es confrontado.

Cristo es exaltado.

La Iglesia es formada.

Los creyentes maduran.

Los obreros son enviados.

Las naciones reciben el evangelio.

Pero cuando la Palabra es desplazada, algo más ocupa su lugar.

Siempre.

Puede ser la tradición.

Puede ser la personalidad de un líder.

Puede ser el espectáculo.

Puede ser la emoción.

Puede ser la política.

Puede ser el dinero.

Puede ser una supuesta revelación.

Puede ser la cultura.

Puede ser la experiencia.

El trono nunca permanece vacío.

Por eso cada generación debe decidir nuevamente quién tendrá la última palabra.

UNA GENERACIÓN CON MUCHA INFORMACIÓN Y POCA PROFUNDIDAD

Vivimos en una época extraordinaria.

Nunca tantas personas habían tenido acceso tan rápido a tanta información.

En segundos podemos encontrar cientos de predicaciones.

Miles de estudios.

Bibliotecas enteras.

Cursos.

Videos.

Podcasts.

Aplicaciones.

Traducciones bíblicas.

Diccionarios.

Comentarios.

La información está en todas partes.

Pero la abundancia de información no garantiza profundidad espiritual.

Podemos escuchar diez prédicas en una semana y no obedecer ninguna.

Podemos guardar cientos de videos cristianos y no desarrollar una vida de oración.

Podemos compartir versículos todos los días y mantener el corazón lleno de resentimiento.

Podemos discutir doctrina en las redes sociales y tratar mal a nuestra familia.

Podemos tener una biblioteca llena de libros y una vida vacía de obediencia.

El problema de nuestra generación no siempre es falta de información.

Muchas veces es falta de formación.

Necesitamos volver a la Palabra.

No solamente para producir contenido.

No solamente para preparar sermones.

No solamente para responder preguntas.

Necesitamos volver como discípulos.

Sentarnos.

Escuchar.

Meditar.

Obedecer.

Permanecer.

EL DÍA EN QUE LA BIBLIA DEJÓ DE SER SOLAMENTE UN LIBRO

Para muchos creyentes existe un momento en su vida en que la Biblia cambia de lugar.

Siempre estuvo allí.

Quizás crecieron viéndola.

Escucharon predicaciones.

Conocían algunos versículos.

Sabían historias bíblicas.

Pero un día ocurre algo.

Una palabra los confronta.

Una promesa los sostiene.

Un pasaje les muestra su pecado.

Una verdad acerca de Cristo abre sus ojos.

Una enseñanza cambia la dirección de su vida.

La Biblia que estaba fuera comienza a entrar dentro.

Entonces entendemos las palabras del salmista:

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti”.

Salmo 119:11.

La Palabra guardada en el corazón comienza a acompañarnos.

Habla cuando somos tentados.

Nos recuerda la verdad cuando el miedo quiere gobernarnos.

Nos confronta cuando el orgullo aparece.

Nos llama a perdonar cuando queremos guardar resentimiento.

Nos levanta cuando pensamos que no podemos continuar.

Nos devuelve a Cristo cuando otras cosas intentan ocupar el centro.

Ese es el lugar de la Palabra.

No solamente en una biblioteca.

En el corazón.

EL FUTURO DE LA IGLESIA NECESITA FUNDAMENTO

Las próximas generaciones enfrentarán desafíos que quizá todavía no podemos imaginar completamente.

La tecnología continuará avanzando.

La inteligencia artificial cambiará muchas formas de trabajar, aprender y comunicar.

Las culturas seguirán transformándose.

Nuevas ideologías aparecerán.

Viejos errores regresarán con nombres nuevos.

La confusión doctrinal encontrará nuevas plataformas.

Las falsedades podrán viajar a velocidades extraordinarias.

Una voz desconocida podrá alcanzar millones de personas en pocas horas.

En ese mundo, la Iglesia no necesitará menos Biblia.

Necesitará más profundidad bíblica.

Necesitará creyentes capaces de discernir.

Pastores que conozcan la Palabra.

Maestros que sepan interpretarla.

Evangelistas que anuncien claramente el evangelio.

Misioneros que entiendan el mensaje que llevan.

Capellanes que puedan entrar en el dolor humano con compasión y fundamento.

Ministros de liberación que sepan distinguir entre verdad bíblica, superstición, manipulación y experiencia.

Familias que enseñen la Palabra a sus hijos.

Jóvenes que puedan enfrentar preguntas difíciles sin abandonar la fe.

La Iglesia del futuro necesitará raíces.

Porque los vientos serán fuertes.

NO BASTA PRODUCIR LIBROS

Quiero terminar este libro con una convicción personal.

Los libros son importantes.

La enseñanza es importante.

La formación teológica es importante.

Los institutos son importantes.

Las escuelas bíblicas son importantes.

Los diplomados son importantes.

Pero ninguno de ellos es el fin.

Son herramientas.

El propósito es formar discípulos de Jesucristo.

Podemos producir cientos de libros.

Podemos traducirlos a muchos idiomas.

Podemos llevarlos a diferentes naciones.

Podemos abrir centros de formación.

Podemos preparar miles de estudiantes.

Pero siempre debemos hacernos una pregunta:

¿Estamos ayudando a las personas a conocer, amar, obedecer y anunciar a Jesucristo?

Si perdemos eso, habremos construido mucho y logrado poco.

La meta no es llenar estanterías.

Es llenar vidas con la verdad de Dios.

La meta no es producir lectores admirados por cuánto saben.

Es formar discípulos que permanezcan fieles hasta el final.

La meta no es construir una institución alrededor de un nombre humano.

Es servir al Reino de Dios y levantar una generación que anuncie el nombre de Jesucristo.

DE UNA GENERACIÓN A OTRA

Moisés habló al pueblo.

Los padres debían enseñar a los hijos.

Los profetas escribieron.

Los escribas copiaron.

Los apóstoles anunciaron.

Las iglesias recibieron las cartas.

Los creyentes preservaron los escritos.

Los traductores cruzaron fronteras lingüísticas.

Los misioneros llevaron la Biblia a nuevos pueblos.

Los pastores la predicaron.

Los maestros la explicaron.

Y ahora nos toca a nosotros.

No somos el final de la historia.

Somos un eslabón.

Pablo dijo a Timoteo:

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

2 Timoteo 2:2.

Observe las generaciones en un solo versículo.

Pablo.

Timoteo.

Hombres fieles.

Otros.

Esa es la visión.

Recibir.

Ser formado.

Vivir.

Enseñar.

Multiplicar.

El conocimiento bíblico que termina en nosotros no ha completado su misión.

Debemos transmitirlo.

ABRA LA BIBLIA OTRA VEZ

Quizás usted llegó al final de este libro esperando una última gran idea.

Aquí está:

Abra la Biblia otra vez.

Léala.

Pero esta vez, hágalo recordando lo que ha aprendido.

Recuerde que Dios ha hablado.

Recuerde que utilizó autores humanos reales.

Recuerde que la Escritura es inspirada por Dios.

Recuerde que los libros forman una gran historia.

Recuerde que Cristo es el centro.

Recuerde que el canon fue reconocido, no inventado arbitrariamente.

Recuerde que la Palabra atravesó siglos para llegar hasta usted.

Recuerde que puede confiar en ella.

Recuerde que las preguntas difíciles no deben producir miedo, sino estudio humilde.

Recuerde que ninguna tradición, experiencia, emoción o líder puede ocupar el lugar de la Palabra.

Y recuerde que la Biblia no fue dada solamente para informar su mente.

Fue dada para conducirlo a Cristo y formar su vida en obediencia.

Abra la Biblia otra vez.

Tal vez ha leído Génesis muchas veces.

Vuelva.

Tal vez conoce los Evangelios.

Vuelva.

Tal vez ha predicado Romanos.

Vuelva.

Tal vez ha enseñado Salmos.

Vuelva.

Nunca llegamos a un punto donde podemos decir:

“Ya no necesito escuchar”.

El discípulo permanece a los pies del Maestro.

UNA ÚLTIMA ESCENA

Quiero que imagine una última escena.

Un niño abre una Biblia por primera vez.

No sabe hebreo.

No sabe griego.

No conoce la historia del canon.

No sabe qué es crítica textual.

No entiende todavía la diferencia entre revelación, inspiración e iluminación.

Simplemente comienza a leer.

Años después, ese niño puede convertirse en pastor.

En misionero.

En maestro.

En evangelista.

En capellán.

En escritor.

O puede convertirse simplemente en un creyente fiel que enseña a sus hijos y sirve a Cristo donde Dios lo coloque.

Pero todo pudo comenzar con una Biblia abierta.

No sabemos hasta dónde puede llegar una Palabra sembrada.

Felipe encontró al etíope leyendo al profeta Isaías.

Le preguntó:

"¿Entiendes lo que lees?"

Hechos 8:30.

El hombre respondió:

"¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?"

Hechos 8:31.

Felipe se acercó.

Comenzó desde aquella Escritura.

Y le anunció el evangelio de Jesús.

Hechos 8:35.

Eso es lo que necesitamos hacer.

Acercarnos.

Abrir la Escritura.

Explicarla.

Anunciar a Cristo.

Formar discípulos.

Y enviarlos a hacer lo mismo con otros.

Hasta que la Palabra corra.

Hasta que las naciones escuchen.

Hasta que los perdidos conozcan a Cristo.

Hasta que una generación enseñe a la siguiente.

Hasta el regreso del Señor.

ORACIÓN FINAL

Padre eterno, gracias porque has hablado.

Gracias porque no nos dejaste caminando en oscuridad sin dirección.

Gracias por tu Palabra.

Gracias por los profetas.

Gracias por los apóstoles.

Gracias por quienes preservaron, copiaron, tradujeron, predicaron y enseñaron las Escrituras a través de las generaciones.

Gracias, sobre todo, por Jesucristo, tu Hijo, el Verbo hecho carne, nuestro Salvador, Señor y Rey.

Danos hambre por tu Palabra.

Danos humildad para aprender.

Discernimiento para interpretar.

Valor para predicar.

Fidelidad para obedecer.

Sabiduría para enseñar.

Pasión para llevar el evangelio a las naciones.

Guarda a tu Iglesia del error.

Guarda a los pastores.

Guarda a los maestros.

Guarda a los evangelistas.

Guarda a los misioneros.

Guarda a los capellanes.

Guarda a quienes ministran en guerra espiritual y liberación.

Que nunca sustituyamos tu Palabra por superstición, emoción, tradición humana o ambición personal.

Forma una generación bíblica.

Una generación llena del Espíritu Santo.

Una generación que conozca la verdad.

Una generación que ame a Cristo.

Una generación que permanezca firme.

Una generación que anuncie el evangelio hasta lo último de la tierra.

Y cuando nuestra generación haya terminado su carrera, permite que hayamos entregado fielmente a otros lo que recibimos.

Que tu Palabra corra.

Que Cristo sea anunciado.

Que los cautivos conozcan la verdad.

Que los perdidos sean salvos.

Que la Iglesia sea edificada.

Y que toda la gloria sea para ti.

En el nombre de Jesucristo. Amén.

FIN DEL LIBRO 1

DIOS HA HABLADO

Revelación, inspiración y autoridad de la Biblia

Serie: Fundamentos de la Doctrina Cristiana

Próximo libro de la serie:

LIBRO 2

EL DIOS QUE NADIE INVENTÓ

Su naturaleza, sus atributos y su gobierno soberano



Contacto:

www.cristolibera.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR

Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, Estados Unidos**.

Su labor ministerial está enfocada en la formación **doctrinal sólida**, la **capacitación en liderazgo espiritual** y el establecimiento **de ministros** con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en màs de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El **CLGTI nace** como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enscñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar lideres preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y pon en práctica lo aprendido.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos: www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz · Director Fundador · Editorial Cristo Libera